Rp.

Lazarina

COLECCIÓN SELECTA INTERNACIONAL

MCM XIX

BARCELONA

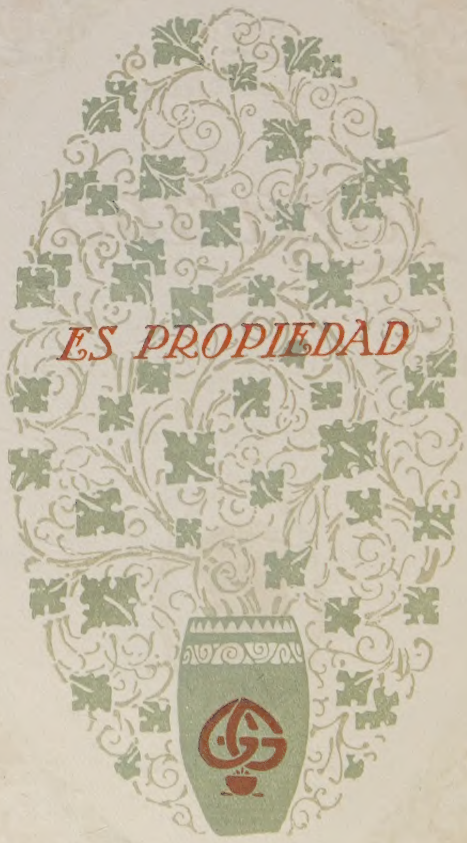
PABLO
BOURGET
DE LA ACADEMIA FRANCESA

Lazarina

TRADUCCIÓN
POR ENRIQUE TOMASICH

2.ª EDICIÓN

GUSTAVO GILI
EDITOR


ES PROPIEDAD

I

LOS PERSONAJES

I

Lazarina Emery a Magdalena Journiac

«*Costebelle, por Hyeres, martes a 4 de abril de 1916.*

»Nada ocurre de nuevo en la *Casa Verde* desde que nos faltas, querida Magdalena. *El* sigue sin hablar, pero no te asustes, austera hermanita mayor. No digas a tu pequeña Lazarina que tenga miedo. Aparte de que para las hijas del coronel Emery, la palabra miedo no tiene sentido. Y, además, recuerda el Evangelio y la frase que tanto amaba nuestra pobre madre. Cierra los ojos. Contempla a mamá en la terraza, tan pálida sobre los muelles cojines de su *chaise-longue*, y mira cómo su mano descarnada se alza para mostrarnos los pájaros que anidan en las ramas del cedro. Oye cómo repite: «Dos pajarillos no valen un óbolo, pero ni uno de ellos cae al suelo sin el consentimiento de nuestro Padre.» ¿Cómo quieres que pensando así, no vea yo otra cosa que una mera casualidad en la serie de inesperadas circunstancias que han mezclado la vida del capitán Graffeteau con la nuestra y que no experimente tanta certidumbre y confianza como amor? Razona un poco: hace dos años, en el mes de abril de 1914, ¿dónde estábamos el señor Roberto

Graffeteau y yo? El, en París, ocupado en una profesión del todo extraña a cuanto siempre conocí. Aun hoy, cuando le ocurre decirme: «Mis quehaceres en Bolsa... El agente de cambio en cuya casa estoy empleado...», tales frases no representan para mí, nada, absolutamente nada. Contemplo los tres galones de oro que brillan sobre la manga de su uniforme azul, y experimento el deseo de contestarle: «¿Será posible?» No tenemos relaciones sociales que nos sean comunes; ni una. No había, pues, una sola probabilidad contra un millón de que el joven en cuestión se tropezara con la provenzal recalcitrante en que me he convertido, como mi patrón, San Lázaro. Medita. Desde la muerte de mamá sólo una vez, y por escaso tiempo, salí de la *Casa Verde*, y fué con ocasión de mi viaje a Aviñón cuando se efectuó tu boda. Sí. Otra vez, en la época en que el general Brissonnet tenía mando en Niza y cuando padre determinó recomendarle a nuestro buen Santiago. Dime: ¿no reputas como extraordinaria, estupefaciente, milagrosa, la aventura de que los dos caminos por los que andábamos el señor Graffeteau y yo, tan lejos uno de otro, se hayan entrecruzado repentinamente? Porque, después de todo, él no era militar profesional. Pudo, como tantos otros, no haber hecho, en tiempo de paz, lo necesario para adquirir un grado al empezar la guerra, y en ese caso, al caer herido, no hubiera sido enviado al *Monte de los Pájaros*, hospital de oficiales, como tampoco si la herida no hubiese consistido en un balazo en el hombro, que le atravesó un pulmón. Herido de otra suerte, le hubieran mandado a un hospital del Centro o del Oeste, en lugar de enviarle al Mediodía. En el *Monte de los Pájaros*, el comandante Saint-Hilaire, que nos le presentó, debía de marcharse la víspera de la llegada del señor Graffeteau. Pero,

ocurre que coge un enfriamiento y se queda allí una semana más. Pudo el comandante no haber contraído ese enfriamiento. Pudo no haber servido a las órdenes de padre en el Tonkin, y pudo, a su vez, no haber tenido a sus órdenes en Champagne al señor Graffeteau. Que uno solo de estos acontecimientos hubiese dejado de efectuarse, y resultaría que el apellido «Graffeteau» no hubiera sido para mí otra cosa que el conjunto de diez letras del alfabeto, ni más ni menos; en tanto que... Lo sé, lo sé. No hay que parecerse a las buenas mujeres de por aquí, que suben al santuario de Nuestra Señora del Consuelo a pedir a la Virgen Santísima que se vendan bien sus guisantes. Sin embargo, continúa recordando: «Nuestros cabellos están contados..» Y, además, Magdalena, aun cuando me engañara sobre la significación de tales acontecimientos, no me engaño al juzgar su corazón ni el mío. Le amo, y *sé que me ama*. ¿Cuándo me lo dirá? Lo ignoro. *Pero me lo dirá*, y he aquí por qué me juzgo discreta al no escuchar tu prudente consejo y por qué toda yo me entrego a mi sentir. ¿Cómo quieres que ame sin tener fe en el héroe a quien amo tanto como admiro? No experimento temor alguno. No me inquieta nada. Soy inmensamente feliz; ¡y cuán sabroso es tener una hermana — aunque sea una hermana gruñona — a quien decirlo a boca llena! ¡Cuánto te agradezco el haberme adivinado y haberme hablado, el sábado, antes de tu marcha! Sin ello, no te escribiría estas tontunas, ¡y es tan grato contarse estas cosas!

»Ayer vino *él* a comer a la *Casa Verde* con tres compañeros suyos. Quiero darte a entender con esto —por aquí hubiera debido empezar —, que padre está totalmente repuesto y que, a pesar del mistral de la semana anterior, sus terribles neuralgias ya no le torturan. La fiel Elisa, la perezosa Miette y yo habíamos

cubierto la mesa con claveles, anémonas y azafranes. ¡Oh! ¡Cuán íntimo contento he sentido durante esa comida, rodeada de aquellos valientes, que, como él, han derramado su sangre por Francia! Miraba yo a nuestro padre y contemplaba la larga cicatriz que surca su frente, y me repetía con orgullo que si los años y los achaques le postran hoy, también supo en su tiempo atacar a los alemanes con no menos intrepidez que estos bizarros jóvenes que visten uniforme azul celeste. Pensaba yo también en nuestro hermano, actualmente en las ciénagas del Norte, y en tu marido que se encamina hacia Salónica, y me decía, refiriéndome a nuestros convidados: «Son los hermanos de mi hermano y entre ellos está mi amado. Pronto volverán a marchar y a sufrir los padecimientos sagrados de la guerra...» Y ya no experimentaba remordimientos al gozar de la admirable tarde de primavera. Me parecía que nuestra patria, para recompensarles por defenderla, les ofrendaba el encanto de aquella noche meridional, de aquellas espléndidas estrellas, de aquellos macizos de sensitivas. Las ventanas estaban abiertas de par en par sobre el jardín, y unas veces nos envolvía el perfume de las sensitivas, y otras el del largo cuadro de violetas, ya sabes cuál digo, el del ángulo a mano derecha. A intervalos el ruiseñor cantaba. Estaba yo sentada al lado de un recién llegado al *Monte de los Pájaros* y a quien tú conoces. Se encuentra aquí desde anteayer. Se llama Duchatel. Servía como teniente en la Compañía del señor Graffeteau, que fué quien nos le trajo. En la época normal de su vida era arquitecto en Lyon. El también se ha comportado como un héroe medioeval. No volverá a irse. Está ciego. Su rostro demacrado mostrábase tranquilo y bondadoso, a pesar de las dos horribles cicatrices que formaban los bordes de sus párpados cerrados. El es-

tallido de una bomba le abrasó los ojos. Ha brindado, lo mismo que los demás, por nuestra victoria, alzando su copa llena de nuestro vino fermentado, cuyo ardiente color de topacio no podía contemplar. Y, como si adivinara la compasion que me inspiraba, me refirió con entonación levemente misteriosa su satisfacción por pasar en la Provenza su primera primavera de ciego.

» — Sí, — dijo el capitán Graffeteau que nos escuchaba —: Duchatel siempre conoce entre qué flores se halla. Cada cambio de aire le varía su paisaje.

» — Verdad es — respondió Duchatel —. Cuando tenía vista, no sospechaba yo cuánta vida y cuán extraordinaria variedad se encierran en el aire que respiramos —. E inclinándose hacia el balcón, añadió: — Mirad. Las lilas empiezan a abrirse esta tarde.

»¡Oh, Magdalena! Hubiera besado sus manos con gratitud por esta exhibición que ante mí hacía de la serenidad de su alma. Era la absolución otorgada por una víctima de la guerra a la íntima alegría que frecuentemente me reprocho de sentir en tanto que la humanidad combate. Y también agradecía yo al señor Graffeteau habernos dado a conocer a su amigo desde el momento de su llegada. Si, como yo, le hubieras visto, antes de la comida, guiar al inválido cogido a su brazo por el sendero que serpea por entre nuestros pinares y nuestros brezos, estoy segura de que nunca hubieras dudado de su corazón.

»Cuando llegó para los comensales la hora de la retirada, estaba la noche tan hermosa, que padre me propuso que les acompañáramos hasta su hospital. Yo fuí quien se ofreció, como lazarillo, al señor Duchatel, y acto seguido rompimos la marcha por el sendero tortuoso. Nuestros dos perrillos zarceros, ladraban a la luna, como bobos. Caminábamos lentamente a causa

del ciego, cuya mano sentía yo pesar sobre mi brazo con levísimo contacto, en demanda, no de apoyo, sino sólo de orientación, y procuraba acomodar mi andar al ritmo de su paso, como lo hacía el señor Graffeteau momentos antes. A poco nos detuvimos para mirar el vasto paisaje nocturno. Instintivamente guardábamos silencio, cuando él, comprendiendo la razón de nuestro mutismo, dijo:

» — No teman ustedes darme a conocer lo que ven. Con ello no me lastiman ustedes. Al contrario...

»Durante mucho tiempo oiré la voz del señor Graffeteau al contestarle y al evocar ante la imaginación del ciego aquella noche maravillosa: el boscaje rumoroso del valle de Vertaubanne y sus olivares plateados a la luz de la luna; Silvabelle y sus pinares de Alepo; el mar, más allá, bullidor y claro; la línea sombría de la península de Giens, más lejos aún, con su faro de fuegos giratorios, móvil estrella refulgiendo sobre el hormigueo de los luceros fijos en el firmamento. Siempre también oiré cómo respondió el ciego:

«¡Qué bello es el mundo!» ¡Cuánta emoción en esta frase! Era como si él hubiera mirado con nuestros ojos y como si nosotros sintiéramos por medio de su corazón. Ese recuerdo me arranca lágrimas al escribírtelo. Aquí me detengo para no manchar el papel y, además, porque quiero que el cartero, que va a pasar de un momento a otro, se lleve estas líneas. No tengo tiempo ya más que para besarte y pedirte noticias de mi futura sobrinita — porque será una niña lo que venga, señora mía —. Desde luego deseo para ella menos desequilibrio que el de tu romántica hermana, a quien, sin embargo, no debes reñir demasiado.

Lazarina.»

II

Magdalena Journiac a Lazarina Emery

«*En la alquería Journiac, cerca de Aviñon. Viernes 7 de abril de 1916.*

»No me ha sido posible contestarte ayer, queridita mía, porque la alquería no ha dejado de estar invadida un solo momento. Durante todo el día ha estado viniendo gente de Aviñón, de Villeneuve, de Roquemaure, de Remoulins... Hazte cargo: por la localidad ha corrido la noticia — ¿quién la inventó y la echó a volar? — pero el hecho es que ha corrido como el hurón del bosque — de que el barco que conducía a Salónica a mi pobre Pedro, el *Montcalm*, había sido torpedeado, y que se había ahogado toda la tripulación, con las tropas que iban a bordo. Si no hubiera llegado a mis manos el telegrama que me anunciaba su feliz arribo, la precisión de los detalles me hubiera consternado. La hora, el lugar, el número del submarino alemán... ¡nada faltaba!: el siniestro había ocurrido por la mañana, ante las costas de Córcega, entre el golfo de Santa Malza y la isla de Cavallo. Muy culpables son los charlatanes que divulgan tales noticias por la estúpida vanidad de estar enterados de todo, a riesgo de destrozar corazones harto oprimidos de antemano. ¿Creerás que mi pobre suegra ha sufrido tal impresión que ha tenido que guardar cama?

» — La noticia, sin embargo, pudo haber sido cierta — repetía.

»Mi suegro, en cambio, se echó a reír en las barbas del primer visitante. El segundo le impacientó. Ante el tercero se puso hecho una fiera. Con este motivo se le ha malogrado una venta importante de su cosecha de vino. Ambos, suegro y suegra, me han conmovido porque han pensado en tu futuro sobrinito — porque será niño, ¿lo oye usted, señorita? — Mi suegra ha dicho una encantadora frase, muy femenina, que no quiero dejar de referirte. Era de noche: estaba ella acostada haciendo labor para los heridos, y yo, sentada a su lado, dando fin al lindo gorrito de encaje de Irlanda que tú me empezaste.

» — Quisiera verme a seis semanas de ahora — dijo de improviso —, cuando ya tengamos aquí el niño —. Y contemplando tiernamente mi talle deformado, añadió: — ¡Qué hermosa criatura va a ser! Trata de no inquietarte mucho, Magdalena, para que no nazca triste.

» — No estoy intranquila por Pedro, mamá, — contesté. No añadí que estoy un tanto inquieta por otra persona, que es ni más ni menos que tú, Lazarina. Mucho me asustaba el dejarte tan perturbada cuando me separé de ti, y más aún el enigma que el señor Roberto Graffeteau me está resultando. Porque, en resumidas cuentas, hace cerca de tres meses que reside en el *Monte de los Pájaros* y cerca de otros tres que visita la *Casa Verde*. Me temo que no pueda dudar de la simpatía que hacia él experimentas. Conoce que es dueño de toda la estimación de nuestro padre. Sus heridas, su cruz de guerra y su magnífico comportamiento en la ofensiva de Champagne, constituyen para él una garantía de que el coronel Emery, apasionado por todo lo que con el ejército se relaciona, no pondría obstáculos a una boda. El, por su parte, no tiene padre ni madre. Es completamente libre. Un futuro agente de

cambio, hijo de un ex-subdirector de un Banco de la importancia del *Grand Comptoir*, es dueño, seguramente, si no de una gran fortuna, de lo suficiente, por lo menos, para asegurar a su hogar una holgada independencia. ¡Y no se declara! Luego para ello tiene algún motivo. ¿Cuál? Perdona a tu prosaica Magdalena — la cajera de la alquería Journiac — que te recuerde que la vida no se compone tan sólo de fulgores lunares, de lilas en flor y de emociones refinadas. No te diré tampoco, como he leído no sé dónde, que la vida es un problema de brutalidad; pero harto la conozco ya para ignorar que a menudo oculta crueles y tristes interioridades. No pretendo, entiéndelo bien, que sea ese el caso presente. Posible es que el señor Roberto Graffeteau quiera sencillamente estudiarte con mayor detenimiento. Posible es también que entre él y el matrimonio exista uno de los obstáculos de que te hablé el día de mi marcha, o sea un pasado... no del todo pasado. Recuerda a nuestro hermano, y acuérdate de las inquietudes que a causa de él han corroído y atormentado a nuestros padres. Los hombres más delicados pueden haber incurrido en flaquezas en su primera juventud, y esas debilidades de los veintidós años, pueden a los treinta hacerles inasequible una nueva vida. Unas veces es una amante que amenaza con un escándalo. Otras es una criatura. Veo que vas a volver a protestar como en el andén de la estación de Hyeres:

» — De él jamás creeré nada vergonzoso.

» — ¿Y la Paula de nuestro pobre Santiago? — te respondí. Entonces leí claramente en tu mirada que me creías intransigente. ¡Ah, querida hermanita; ocurre lo contrario! ¡Te quiero tanto y siento tal temor de que un desengaño pueda herir tu adorable corazón, que yo sé que es tan tierno, tan sincero, tan apasionado! Mira; me asalta otro recuerdo. Este te arrancará

una sonrisa. ¿Te acuerdas de cuando galopábamos bajo los pinos parasoles de *Ceinturon* por la ribera del mar, y cuando lanzabas a rienda suelta tu linda yegua *Verdad*? El excelente comandante Garfield trataba de alcanzarte y te decía a voces: «*Never let your horse get the best of you, Miss Lazarine.*» Lo que nuestro antiguo amigo te decía de tu caballo, te digo yo de tus sentimientos: no les permitas que te ganen la mano hasta el punto de que no los domines. Y si, por ventura, prefieres una comparación menos trivial, recuerda la antigua costumbre medioeval de la Provenza, de reservar en los banquetes un lugar vacante para el mendigo. Nosotras, créeme, al forjar nuestros ensueños sobre el porvenir, debemos dejar siempre un hueco para la desventura.

»Me creo con derecho a darte este melancólico consejo. Esta es la severa disciplina que trato de imponerme. Desde el mes de agosto de 1914 en que vi marchar hacia lo desconocido a nuestro Santiago y a mi Pedro, no pasa día en que no me esfuerce en considerar como posible la más siniestra eventualidad... Pero ¿qué iba a decirte? También a mis ojos acuden las lágrimas y dejo de escribir, no por temor a manchar el papel, sino para que tu ahijado no nazca demasiado triste. Sé prudente, dulce niña mía... Esto es lo que te repite en voz baja, al abrazarte con el mismo fervor con que te quiere, tu fastidiosa y desapacible hermana mayor, que harta tendencia tiene a asemejarse a ti,

Magdalena.»

III

Lazarina Emery a Magdalena Journiac

«*Costebelle, por Hyeres, lunes a 10 de abril de 1916.*

»¿Qué quieres decir, Magdalena querida, cuando me hablas de reservar al pobre un lugar en el festín? Si la desgracia que te imaginas debe de entrar en mi vida, ¿crees que el festín pueda continuar? Dite, más bien, que cuando ese mendigo comparezca, ocurrirá como en Salon, en casa de nuestro tío Arene, cuando el terremoto: el edificio entero se vendrá abajo. No habrá ya ni flores sobre el mantel, ni vino en las copas, ni comensales en torno de la mesa. No habrá más que ruina y muerte.

»No sé lo que sería de tu pobre Lazarina si sobreviviera al desastre. No puedo saberlo. No voy a prevenirme para ello. Me convertiría en otra criatura diferente. ¿Cómo quieres que me anticipe a las metamorfosis del dolor?

»¿Deseas que te diga cuál es mi única prudencia? La de rezar, por la mañana, todas las mañanas, en nuestra modesta capillita. En ninguna parte como bajo la bóveda del pequeño santuario construído para mamá y con arreglo a sus planos, la tengo más presente. Siempre, al arrodillarme, la veo allí, inmóvil en su butaca, inclinada sobre su *Imitación*, a mi lado. La puerta está abierta. Entra el sol, tamizado por los pinos, y aureola su triste semblante demacrado por el prolongado padecimiento. Nuestra dulce ausente, allí

continúa. Y rezo para que Dios me conserve un corazón puro y fiel, ocurra lo que ocurra. Rezo para que ese amor que ha entrado en mí como un huésped sacrosanto, jamás me arrastre al pecado. No rezo para que me quede aún alguna felicidad en este mundo, si mi amor se hubiese engañado.

»Y no se ha engañado, amiga mía. No pido a Dios que me libre de esa desgracia, que no es posible. Otra hay que lo es y cuya imagen y amenaza encuentro cuando, a la hora del *Angelus*, se me ocurre subir hasta *Nuestra Señora del Consuelo*. Los pobres exvotos que tapizan los muros de la vieja iglesia, jamás me parecieron tan vivos. ¡Cuántas veces nos sonreímos ante aquel retablo del siglo diez y ocho en que se ve un cazador cuya escopeta se dispara contra la espalda de un transeúnte! Nos parecían cómicas aquellas innumerables y groseras pinturas: aquellos caballos desbocados, aquellos niños que caen de lo alto, aquellos albañiles que se desploman desde un tejado, aquellos barcos hendidos sobre un arrecife, todas aquellas candorosas evocaciones de peligros conjurados por la Buena Madre. Hoy, cuando voy a rezar allí arriba, apenas me atrevo a mirar esos cuadros. Representan el *accidente*, la sorpresa de la muerte, incesantemente suspendida sobre la vida humana, y ahora en estos tiempos de guerra, incesantemente multiplicada. Allí, ante las plantas de esa Madona en la cual los humildes creyentes donadores de esas sencillas ofrendas han venerado a su salvadora, con cuánto fervor imploro que esa suprema prueba, que coloca un crespón enlutado sobre tantas cabezas humilladas en torno mío, nos sea evitada, a ti por lo que hace a tu marido, a ambas por lo que se refiere a nuestro hermano, y a mí por aquel que apasionadamente deseo pueda un día llamarte: «¡hermana mía!» ¿El secreto de su silencio? Sí, en eso

consiste, Magdalena; en un temor parecido a la angustia que me oprime el corazón, entre esos monumentos piadosos, ante el altar de la Virgen. ¡Ah! Que jamás vuelva yo a implorar de ella el consuelo de una desgracia que el señor Graffeteau y yo consideramos como posible. Oyeme y me comprenderás.

»Iba yo esta tarde a bajar al jardín para hacer mi recolección de rosas, que ahora es cotidiana. Llegó padre con el señor Graffeteau, con quien se encontrara al paso y al cual acompañaba. Habían conversado acerca de uno de esos abominables librotes militares alemanes, que a ti y a mí nos horrorizan porque desprestigian la noble profesión militar.

» — Voy a buscar en mi biblioteca la obra de Bernhardi — dijo padre.

» — Y entretanto me llevo al jardín al señor Graffeteau — exclamé impulsivamente —. El llevará mi cestillo.

»Padre pareció vacilar un instante. Después, alejándose de nosotros, dijo:

» — Antes de dos minutos estoy de vuelta.

»Por vez primera desde que nos visita el señor Graffeteau, creí sorprender un asomo de desagrado en su mirada y en su acento. Sin duda me equivoqué, pues transcurrió la entrevista sin que me dirigiera la menor alusión a lo que mi hermana mayor llamaría mi coquetería. Y en ello no tendría razón. Emprendimos el capitán y yo nuestro paseo por las alamedas bordeadas de lirios. Las retamas blancas sacudían en torno nuestro sus gráciles racimos floridos. El oro de las naranjas lucía por entre la umbría hojarasca. El cielo sin una nube mostrábase azul pálido. En el horizonte, hacia el cabo de Porquerolles, las rocas de las Medas y la isla de Port-Cros brillaban como piedras preciosas incrustadas en el mar. Eran las cuatro, o sea el

momento de encanto y de fresca claridad que precede al atardecer. Empecé mi tarea, rebuscando, entre los macizos a orilla del camino, las rosas a medio abrir. Ambos callábamos y no se oía más que el tenue ruido de mi podadera al cortar los tallos, acompañando al gorjeo de los pájaros en medio del silencio del jardín. De improviso y a la vez que me tendía el cestillo para que en él cayera la primera brazada de flores, me dijo sin previa preparación:

» — El médico va a firmar mi alta, señorita; me marcho dentro de ocho días.

» — ¿Lo cual quiere decir — pregunté — que estará usted en el frente?...

» — Dentro de dos semanas, quizá.

»Experimenté algo así como un vértigo. Reanudé la tala de rosas para ocultarle mi turbación, y como de nuevo guardara silencio, llegó a tal extremo mi desconcierto, que al colocar en el cestillo la segunda brazada, dije esta tontería:

» — No olvidará usted esta tierra, ¿verdad?

» En voz baja, y sin alzar la vista, me contestó:

» — ¿Es usted quien me lo pregunta?

»Me volví hacia los macizos. Notaba yo que me ruborizaba tanto como las peonias en que forrajeaban mis guantes. Me eché a reír un tanto nerviosamente — me lo figuro y me lo temo — y con fingida jovialidad exclamé:

» — De modo que usted volverá...

» Él entonces con profunda gravedad, dijo:

» — Un oficial de infantería ¿puede acaso hablar del porvenir?

»No tuve tiempo para contestar a esta frase. Padre regresaba con el libro de Bernhardi. Y ahora, apelo a tu instinto de mujer, Magdalena. La frase en cuestión ¿es o no la clave del enigma? ¿Podía expresarme con

mayor claridad el escrúpulo que le impide solicitar mi mano? Porque no cabe nada más terminante: opina que un hombre que puede morir dentro de quince días no tiene derecho a contraer esponsales. Si ha llegado a adivinar mi «simpatía», para hablar como tú lo haces, por lo menos no sabe cuánto le amo. Abriga la creencia de que una declaración y unas relaciones formales me ligarían a él con nuevos vínculos y que mi corazón quedaría expuesto a más crueles riesgos, al compás de su vida. Y éste es el motivo de que se prohiba a sí mismo declararse. Teme despertar en este corazón un sentimiento que, sin él saberlo, me tiene ya invadida. No adivina la profunda verdad. Si ahora muriese, no podría yo ostentar el orgullo de las viudas; sólo me sería lícito sufrir todos sus dolores.

»¿Qué me queda que hacer? Es muy sencillo. Hablarle yo. Sí, Magdalena; yo, la primera. Soy yo quien debe tener el valor de nuestro cariño. Porque me ama. Una vez más, en el instante en que me anunciaba su partida, he leído hasta el fondo de su alma. Me ama. Querría decírmelo. Entre la declaración y yo está su honor.

»Pero ¿y el mío? ¿No faltaré a él tomando la iniciativa? Esta es la pregunta que ahora me formulo a mí misma, a la vez que todo mi ser se estremece. Esta tarde, y a impulsos de la emoción, quizá hubiese quemado mis naves si padre no hubiera interr umpido nuestro diálogo. Ahora, no sé... No me atrevo... ¿Hablar la primera? Sí. Las conveniencias me lo prohiben. Pero, si me ama — y de ello estoy segura, lo sabes —, si me ama, ¿puedo dejarle volver al peligro sin que saboree el júbilo de sentirse amado? ¿Puedo aventurarme a que la eternidad caiga sobre nuestro silencio? El mutismo impuesto a las jóvenes respecto a su sentir, cuando este sentir es lo mejor, lo más sincero, lo más

puro de ellas mismas, ¿qué otra cosa es que un prejuicio? ¿Hay algo más *honroso*, para mí, en la verdadera acepción de la palabra, toda vez que el que me ama es un soldado que va a luchar por Francia, que llenar de felicidad su corazón, que entregarle mi vida entera para que la exponga al peligro en unión de la suya?...

»Y sin embargo, una idea me contiene. Me digo que el día en que haya hablado al que amo, no me toleraré dejar de hacerlo a padre, y sin demora. Y entonces, ¿por qué no empezar por hacerlo así? Y me contesto: «Le hablaremos juntos, y padre no podrá censurarme por ofrecerle un hijo digno de él.»

«*Martes 11.*

»Dejé en suspenso ayer noche mi carta, al preguntarme si debía o no rasgarla. No la he roto y te la remito. Conociéndote como te conozco, me sorprendería mucho que ahora no opinaras como yo acerca de la reserva del capitán Graffeteau y de sus motivos. ¿Y entonces?...

»Te abrazo tan fuertemente como te quiero, querida, queridita mía,

Lazarina.»

IV

El coronel Emery al general Brissonnet

«*Casa Verde, a 5 abril 1916.*

»Mi general: Perdóneme usted que le moleste en medio de los graves asuntos de servicio que le ocupan, para hablarle de uno de orden estrictamente particular. No se trata, por otra parte, más que de un infor-

me que necesito y que puede reducirse a unos cuantos renglones. Pero, desde luego, quiero expresar a usted cuán orgulloso se siente su antiguo jefe en el Tonkin, dado de lado por sus achaques, de la gloria alcanzada en Alsacia, en el Marne, en el Iser, en Champagne, por doquiera, en fin, que se han aventurado los destinos de Francia, por aquel que fué su joven compañero de armas y fatigas. Escríbame usted de su puño y letra. El ver la escritura de usted me quitará un gran peso del alma, pues, me demostrará que los periódicos no mienten y que su herida está totalmente curada.

»Hace tres años, cuando mandaba usted en Niza, me dispensó el honor de visitarme en este rincón de Provenza en donde vivo retirado. Recordará usted que habito en las inmediaciones del *Monte de los Pájaros*, sanatorio de oficiales convalecientes, adscripto hoy a la Cruz Roja. La guerra lo ha llenado de heridos. Mis dos buenas hijas no han desperdiciado esta ocasión de ser útiles. La mayor, la señora Journiac, se inscribió desde luego como enfermera. La marcha de su marido a Salónica, al obligarla a frecuentar más el trato con la familia de aquél, fué la circunstancia que interrumpió su trabajo. Lazarina, la menor de las dos, quería también hacerse enfermera. No se lo permití. Veterano como soy de buena cepa no acabo de acostumbrarme a ciertas libertades modernas concedidas a las muchachas. Que salgan y entren sin compañía, a la inglesa o a la americana, pase. Pero las brutalidades y las desnudeces de una sala de operaciones, son otra cosa. El ser viudo me impone como una obligación estos escrúpulos, quizá exagerados. Tengo el deber de reemplazar a mi mujer cerca de mis hijas. Lazarina, en consecuencia, hubo de dedicarse a humildes menesteres de lencería. Ha aprendido también la escritura sistema Braille y de casa ha salido ya una bi-

blioteca entera para ciegos. Digo todo esto, para explicar a usted cómo y por qué en esta última temporada ha permanecido la *Casa Verde* en íntimo y constante contacto con el *Monte de los Pájaros*. De esta suerte hemos conocido, y naturalmente recibido en casa, a una porción de oficiales, a quienes, con íntimo regocijo mío, he tratado de proporcionar la ilusión de un poco de intimidad familiar. ¿Por qué he de ocultar a usted que en todo ello he visto una probabilidad de domeñar las esquiveces de Lazarina, cuya devoción harto exaltada inquietaba ya a mi pobre mujer, y hasta quizás de casarla bien? Esta solución no ha encontrado facilidades, durante nuestro luto, por la vida solitaria que hace a mi lado, estando como está su hermano Santiago alejado de nosotros en su guarnición, y su hermana Magdalena, casada, y residiendo a un día de distancia de casa.

»Pero los minutos de usted están contados y voy a lo que iba, sin más rodeos. Entre dichos visitantes de paso, hay uno a quien sé que usted conoce mucho, así como a su familia, y a quien usted tutea. Conozco este detalle por otro oficial, y al hablarle de ello a la persona en cuestión, se me ha antojado que la sola mención del nombre de usted, le desconcertaba, casi le molestaba. Y éste es el motivo que me decide a escribir a usted. El mozo de que le hablo se llama Roberto Graffeteau. Tengo el más vivo interés en saber con exactitud a qué atenerme acerca de su carácter, de su pasado y de su familia. Y diré a usted, sin vana fraseología y con toda claridad, por qué. Hace aproximadamente tres meses que viene a la *Casa Verde*. Sólo desde hace pocos días he observado que Lazarina le interesa mucho. Pero ahora, y por indicios retrospectivos de todo género, me doy cuenta de que ese interés comenzó con sus primeras visitas. Antes, mucho

antes, debí de percibirlo y cortar en seco ciertas asiduidades que me inquietan, porque hoy también caigo en la cuenta de que Lazarina, contra su costumbre, no las ha rehuído. Su nerviosidad en estos últimos días, a medida que se acerca el momento en que el capitán Graffeteau debe marcharse, hasta me hace temer, y esto se lo digo a usted en confianza, que su simpatía hacia él sea demasiado viva. Harta confianza tengo en ella para pensar que haya permitido a ese joven decirle una sola palabra que no debiese ella escuchar, como seguro estoy también de que me confesará toda la verdad de lo ocurrido, cuando yo se lo pregunte. No lo haré, por de contado, más que en el caso de que el señor Graffeteau solicite su mano; pero dada su actitud considero posible este paso. Hasta temo que sea inminente, precisamente con motivo de la próxima ausencia. Las dos honrosas citaciones de l capitán Graffeteau en la orden del día, sus galones y la cruz de honor que va a recibir, me predispondrían en su favor, aun cuando no hubiera comprobado sus cualidades personales, su perfecta educación, la rectitud de sus ideas y la agudeza de su entendimiento. La profesión que ejercía antes de la guerra y todas sus exterioridades, permiten suponer que es rico. Si diera ese paso, tendría yo, pues, multitud de motivos para tomar en consideración la demanda. Y más motivos aún tendría para ello si recibiese de mi hija la confesión del sentimiento que sospecho en ella. En tales condiciones, parece natural que perteneciendo el señor Graffeteau y nosotros a tan distintos medios sociales — ni uno ni otro nos conocíamos ni de oídas antes de la guerra —, el hecho de contar él y nosotros con un amigo común, un Brissonnet, nada menos, hubiera debido ser para él una satisfacción. Nada de eso. Por el contrario, he observado en él una impresión,

un encogimiento tan extraños cuando le hablé de la intimidad de usted con su familia, que no pude menos de preguntarme: «En sus antecedentes, en los de sus deudos, ¿existirá algún obstáculo para este matrimonio, y temerá él que Brissonnet me lo revele?» Hace un momento, hablaba a usted de su pasado. Pero no es su pasado lo que me inspira temor. O no tengo yo la menor experiencia de los hombres, o el que nos ocupa nunca fué tahur ni vividor. Pero su padre era hombre de negocios, y aunque jamás conocí ese mundo sino por fuera, harto sé que en él no siempre son los escrúpulos norma de conducta. ¿Existirá alguna sombra en la honorabilidad de esa fortuna? No lo creo, toda vez que la amistad de usted con el señor Graffeteau se basa, según me ha indicado el compañero de éste, en relaciones de familia. Por eso también, debo excusarme de hablar a usted con tan brutal franqueza. Pero, precisamente, esa amistad hace aún más extraña su actitud al pronunciar yo el nombre de usted. Entonces cavilo. Investigo. Suponga usted que no he formulado hipótesis alguna y que sencillamente planteo al probado cariño de usted hacia su antiguo coronel, esta pregunta: ¿Puedo yo, con plena confianza, en el caso de que el señor Graffeteau me pida la mano de mi hija, transmitirla esa demanda y dejarla en libertad de orientar su vida en esa dirección?

»No añado comentario de ninguna clase, y al estrechar la mano de usted — espero que sin lastimarle — le doy gracias anticipadas. Que Dios guarde a usted, valiente amigo mío, para el ejército y para la patria.

Emery.»

V

El general Brissonnet
al capitan Roberto Graffeteau

«En el frente, a 9 abril 1916.

»Adjunta te remito, Roberto, una carta de mi antiguo jefe en el Tonkin, el coronel Emery. Mi primer impulso al leerla fué de indignación. Tomé la pluma para denunciarle en el acto tu deslealtad. Porque deslealtad es y abominable, penetrar en una familia católica y practicante, como esa; encontrar en ella una joven y cortejarla, ocultando a ella y a los suyos que es uno un divorciado, cuya mujer vive actualmente. Después, no escribí al coronel. Me dije: Esto no es posible. Aquí hay una equivocación que Roberto me explicará. No lo ha hecho. *No me lo ha hecho.*

»He subrayado esas palabras y tú ya me has comprendido. En presencia de la acción villana que me ha sido revelada, tengo el derecho de interrogarte y tú la obligación de contestarme. Recuerda la visita desesperada que me hiciste hace cuatro años; recuerda tu súplica; recuerda tu promesa. Deudas son esas que jamás prescriben. Sí. Recuerda. Acababas de tener con tu padre un terrible altercado. Advertido por el escándalo de los desarreglos de tu mujer, te aportó la prueba de ellos. Te había requerido para que la ejecutaras, para separarte de una mujerzuela que manchaba vuestro apellido. Hizo que ella compareciera. Entre vosotros tres hubo una explicación, en cuyo curso la desgra-

ciada se befó de vosotros con espantable cinismo y con palabras de prostituta. «Separarle de mí — gritó ella a tu padre señalándote —; inténtelo usted, inténtelo. Volverá a mí. Me tiene en la masa de la sangre. ¡Que se atreva delante de mí a decir que *no lo sabía!*» Y entonces, al salir ella después de haber ultrajado tu dignidad de hombre con tal afrenta, hubiste de confesar que, en efecto, lo habías sospechado todo, que todo lo habías adivinado, comprendido todo y todo soportado. «Estás deshonrado — gimió tu padre». Te arrojó de sí, como a la otra, y acudías a mí, a mí, el amigo de la infancia de aquel juez irritado, para que ante él tomara tu defensa. Enloquecido, vacilante, reconociendo que la vida común con tu mujer ahora que ya no podías fingir ignorancia, era la abyección definitiva, maldecido por tu padre e incapaz de arrostrar su desprecio, sollozabas. Veo tus lágrimas. Oigo tus lamentos. Que te dictara sus condiciones: de antemano las aceptabas. Te separarías de tu mujer. Jamás volverías a verla. Te divorciarías de ella. Le arrancarías tu apellido. Lo jurabas por la memoria de tu madre. Que tan sólo te perdonara; ni eso siquiera; que consintiese en ponerte a prueba, en mirarte vivir, una vez disuelto aquel matrimonio de esclavitud y sortilegio. Conociendo la extensión del cariño de tu padre hacia mí, me suplicabas que fuera tu fiador. Lo fuí.

»Impuse para ello una condición. Sigue recordando. Tu relato me había consternado. El hecho de que un marido al verse traicionado no arroje de su hogar a la traidora, puede ser un sacrificio al deber paternal, si existen hijos, y en otro caso, un alarde de generosidad. En uno y otro supuesto, lo indispensable es que cese la traición. De no ser así, la tolerancia degenera en degradante complicidad, que implica móviles innobles o una tristísima carencia de dignidad íntima.

¡Y a este extremo habías llegado tú, el hijo de una madre para mí tan respetable y respetada y de un padre acreedor a toda mi estimación! Eras muy joven aún cuando perdiste a tu madre, pero no tanto que no puedas conservar de ella un recuerdo vivaz y delicado. A él, tú le has visto vivir. Desde que alientas te has movido bajo el fulgor inmaculado de una altiva probidad, que a él, nacido tan abajo, tan alto le colocó en el mundo de los negocios en que trabajaba. ¿Sería posible que nada de su ser moral te hubiese sido transmitido? Quise confesarte a fondo y comprobé que tu corazón no estaba realmente corrompido. Pero ¡qué desgracia! Conocí la triste novela de tus esponsales, que hasta entonces ignoraba; lo que te habían referido de la señorita Teresa Alidiere; la horrenda lucha que contigo mismo mantuviste, unas veces dominado por la desconfianza y decidido a la ruptura, otras, arrastrado, subyugado por su hermosura, y, finalmente, la fiebre embriagadora y dolorosa de tu matrimonio. Conocí la supremacía que desde el primer momento ejerció tu mujer sobre ti; cómo, también simultáneamente, había abusado de su predominio despótico y qué clase de hogar te fabricó con su arrebatada insania mundana y su sed insaciable de placeres. Ausente de París largo tiempo, estaba yo ignorante de esto y de todo lo demás. Por tu confidencia supe sus primeras coqueterías, tus sospechas, sus audacias, y cómo te esforzaste para no confirmar, mediante signos inequívocos, el suplicio de tus celos y la cobardía de tu amor. Tu padre no comprendió nada. Los hombres de su temple y que han vivido tan recta, tan rígidamente como él, tienen estas intransigencias.¡Yo, en cambio, he visto entre mis compañeros tantos casos de esta clase de pasiones, que imploraban la mentira para tener el derecho de saciarse! ¡He conocido tantos seres impresio-

nables como tú, en quienes el deseo paralizaba la voluntad, a quienes la proximidad de una mujer enloquecía hasta hacerles reos de acciones infamantes y reñidas con su idiosincrasia! Y las tuyas, tampoco te son propias; porque no lo son esos retrocesos ante la evidencia del deber, esas complicidades — no retiro la palabra — por obstinarse en no *saber* cuando tan por entero *se sabe*, esas aceptaciones de la abominable compartición antes que renunciar a la más bestial lujuria. El horror ante vileza tanta, que en aquel momento manifestaste, demostraba que aun era tiempo de salvarte.

» — Hablaré a tu padre — te dije —. Pero medita detenidamente en que al salir fiador tuyo, comprometo mi honor, y que si alguna vez te reconciliases con tu mujer...

» — Jamás llegará ese caso — interrumpiste —. Añadiendo a continuación: — Si suplico a usted que me garantice cerca de mi padre, no es sólo para hoy. Es para lo porvenir, para siempre. — Y con un ímpetu que me obligó a abrazarte, por lo que tenía de honor recobrado y de viril gratitud, agregaste: — Soy joven aún. Mi vida sentimental no ha terminado. Esta debilidad será para mí una enseñanza y un escarmiento. No reincidiré en ella. Y ahí va la garantía de mi promesa: Mi general; doy a usted mi palabra de acudir a usted si alguna vez me encuentro de nuevo en un conflicto entre mis pasiones y mi deber. Usted será mi conciencia viviente.

»Me he empeñado, Roberto, en poner de manifiesto ante tus ojos, bien detalladamente, ese pasado, al mismo tiempo que la carta de Emery. Ahora es preciso que me digas el significado de ella. ¿Tendría razón tu padre al dudar de ti a pesar de tu arrepentimiento, y al contestar a mis protestas, estando en su lecho de

muerte: «Fué muy débil: reincidirá»? ¿Has reincidido, realmente? ¿Será posible que, admitido en el trato de esa familia, hayas recatado tu matrimonio y tu divorcio con deliberado designio de seducción? ¿Cómo, si no, explicar esa omisión, y el hecho de que una sola vez me hayas escrito desde tu llegada al *Monte de los Pájaros*, y esa, sin hablarme del coronel, sabiendo con certeza que nos conocíamos? Trato de investigar la verdad y se me ofrece una hipótesis que todo lo explica: eres admitido en casa del coronel Emery. Te enamoras de su hija. Te das cuenta de que una vez conocedora de tu situación, la piadosa muchacha se impondrá la prohibición de pensar en casarse contigo. Su mismo padre te recibirá en este caso con menos espontaneidad. Esa buena gente vive lejos de París, lejos de la sociedad que frecuentas. Existen, por lo tanto, pocas probabilidades de que conozcan tu divorcio, que, además, ha sido poco sonado. Brissonnet es quien podría revelárselo, pero está en campaña y tiene otras cosas en qué pensar. Omites cuidadosamente hablarle de tus tratos con los Emery. Experimentas, sin embargo, algunos remordimientos. Constituye un abuso de confianza — de ello te das cuenta — eso de cortejar a una joven en tales circunstancias. Pero hablar, equivaldría a renunciar al encanto de una convivencia que cada dia es más preciada para ti, y te callas con la esperanza de que el día en que necesariamente todo se descubra, ese corazón te estará totalmente sometido. ¿Podrá ocurrir, llegado ese momento, que la joven en cuestión te ame lo bastante para casarse contigo a pesar de su padre y de las prohibiciones de la Iglesia? Sí. En ese razonamiento en que, con repugnancia, vuelvo a encontrar al degradado esposo de Teresa Alidiere, está la clave del enigma de tu conducta presente. Ahí, repito, vuelvo a tropezarme con

el hombre desmoralizado por la complacencia de sus emociones, y que se disculpa de los más graves delitos con el hecho de que siente un deseo, y ese deseo le es más caro que todo, el honor inclusive. Y ahora al recordar de nuevo la escena de hace cuatro años, tus lágrimas y la palabra que otorgaste, entreveo, quiero entrever mejor dicho, otra hipótesis: la de que no hayas sido más que un mentecato que no ha pensado en la responsabilidad que contraía al exponerse a alterar la paz espiritual de una joven con quien no puede casarse. También de esta suerte se explica tu reserva conmigo respecto de los Emery y la que con ellos has guardado en lo que a tu divorcio se refiere. Has sentido el pudor de un pasado que, en efecto, tenías el derecho de ocultar a las gentes indiferentes y a las amistades de paso a quienes no has de volver a ver. Esto es no más que ligereza y atolondramiento.

»Te hago el honor, Roberto, de creer en esta segunda hipótesis y por ello te envío la carta de Emery, intimándote, si no has sido más que casquivano, que tú mismo repares la falta que cometiste. No se juega con el corazón de una muchacha. Vergonzoso es corromperlo, criminal perturbarlo voluntariamente, culpable no preservarlo del menor peligro. En nombre del derecho que me da el ser tu fiador y apoyado en tus palabras: «Usted será mi conciencia», te digo sencillamente: tan pronto como recibas la presente, *exijo* que visites a los Emery y que esclarezcas todo equívoco revelándoles tu situación conyugal. Tú encontrarás medio para justificar esta confidencia. Excusado es decir que ignoras en absoluto lo que el señor Emery me ha escrito. La pequeña lesión de amor propio que implica este paso, será la expiación de tu error de conducta. Es preciso, además, que solicites tu *alta* y que salgas del *Monte de los Pájaros* lo antes posible. Hoy es

domingo, día 9. Recibirás estas líneas el martes 11. Cuento con recibir de ti el sábado 15, *a más tardar*, una carta anunciándome que has llevado a cabo lo que exige la probidad más elemental. Si esto no ocurre, me veré obligado a creer que la hipótesis severa es la cierta, y en ese caso, nada en el mundo, ¿me entiendes? nada me impediría intervenir y denunciarte. Por nada en el mundo, tampoco, volvería a verte. No se falta por dos veces al honor.

»La herida de mi mano no está aún lo bastante aliviada para que fácilmente prolongue esta carta, ya bastante extensa. Debo añadir, sin embargo, una noticia que te hará estremecer, al demostrarte que el día menos pensado, Emery puede y debe saberlo todo ¡y por qué conducto! Oye lo que sigue y convéncete de que lo más seguro es vivir en plena luz, siendo como es el mundo tan pequeño. En realidad, no hay en él, como dice el vulgo, más que una docena de habitantes. Por pura casualidad llegas a la *Casa Verde* y ocurre que su propietario es el antiguo jefe del mejor amigo de tu padre. Del Gran Cuartel General me envían días pasados al teniente Faverolles. El apellido excita mi atención. Uno de mis ayudantes me hace saber que ese oficial es el hermano menor del conde Guido de Faverolles, con quien tu ex esposa vivía maritalmente antes de la guerra. Hago hablar a mi ayudante. Me refiere a continuación que el teniente está reñido con su hermano; que éste compromete su apellido exhibiéndose con una mujer descalificada; que ha dilapidado las tres cuartas partes de su caudal; que ha logrado *emboscarse* en el servicio de automóviles, en Tolón, y que allí ha instalado a su querida. «El tal no es responsable de sus actos — acabó diciendo —; ella le ha hecho opiómano: era un muchacho muy inteligente y muy culto; se ha convertido en un dege-

nerado, en un andrajo.» «¿Y cómo se llama esa pécora?» — pregunté. La respuesta no era dudosa. Sin embargo, me estremecí cuando me contestó: «Una tal señora Alidiere.» Saber que esa mujer reside a media hora del *Monte de los Pájaros*, si vive en Tolón; a menos distancia, quizá, si ha alquilado algún hotelito en los alrededores, me produjo una impresión penosa, por causa tuya. Hace quince días que supe todo esto. Estuve a punto de prevenirte. A la sazón mi herida me impedía manejar la pluma y no quise dictar noticias de carácter tan íntimo. Además, me dije: «¿Para qué? La guerra ha completado su curación. Cuando se observa un comportamiento como el suyo, se está definitivamente garantizado contra ciertas recaídas.» No podía sospechar yo que semejante vecindad implicaba para ti otra amenaza. Los dos amantes no viven solos. Conocen y tratan a oficiales y soldados. Que alguien pronuncie tu apellido, que esa mujer diga que ha sido tu esposa, que ese dicho llegue a noticia de Emery, y ¿no te estás viendo llegar a casa de éste, y que ese padre que, con fundamento o sin él, cree que interesas a su hija, te recibe con una pregunta sobre ese pasado lamentable? Por respeto a tus galones y a las citaciones con que has sido honrado, y por decoro de la cruz que vas a recibir, importa mucho que no te encuentres en tal postura ante ese veterano jefe, no siempre dueño de sus palabras. Adiós. Te he dicho lo suficiente, para estar seguro de que el retorno del correo me traerá una contestación que mitigue mis inquietudes y mis anhelos respecto a tu persona. De mi afecto hacia ella juzgarás por el simple hecho de que en tu obsequio he distraído una hora entera del servicio. Este me reclama. Estamos preparando labor fructífera. Trata de acudir pronto para participar de ella y hasta entonces condúcete con los Emery como

hombre honrado. El serlo es la primera condición para ser de veras un buen oficial.

»Tu viejo amigo,

Brissonnet.»

VI

Magdalena Journiac a Lazarina Emery

«*En la alquería Journiac, miércoles 12 abril 1916.*

»Hermanita mía: Tengo mi espíritu tan fuertemente orientado hacia ti, que no puedo ver tu letra amplia y elegante sobre una carta sin que palpite mi corazón violentamente. Hace un momento me hallaba con mi suegra en el jardín, y ambas mondábamos unas naranjas agrias con las que quiero hacer dulce al estilo de la *Casa Verde* para obsequiarla. Durante esa faena, pensaba yo en ti. Venía a mi mente el recuerdo de tantas mañanas luminosas que hemos pasado juntas de igual manera, en nuestra terraza, cantando y charloteando y amontonando en pirámides los gallardetes espiraloides de las mondaduras. A la vez que tales remembranzas, aspiraba el aroma lejano y delicioso del tiempo que jamás ha de volver, cuando el jardinero compareció trayéndome tu carta. No me he sentido con fuerzas para abrirla en el acto. He esperado a hallarme sola en mi cuarto, y desde hace una hora la releo, la medito y me desespero al ver que la fiebre se ha introducido harto pronto en el corazón, tan alegre hasta ahora a la vez que fervoroso, de mi Lazarinita.

»¡De modo, hija mía querida, que le amamos con tales extremos que nos creemos dispensadas de com-

portarnos respecto de él como jóvenes bien educadas? ¿Qué opinas tú que voy a contestar a esa extravagante sugestión? Empiezas por no demostrarme de manera alguna que no exista una razón para callarse, distinta de aquella cuya revelación has recogido. Porque, en resumidas cuentas, supongamos que él no está libre y que, sin embargo, se haya aficionado en demasía al encanto de tu presencia. En tales condiciones y habiéndose permitido pensar en ti con excesiva ternura, sin derecho para ello, ¿qué otra cosa te diría que esa breve frase: «Un oficial de infantería no puede hablar del porvenir?» ¿Qué otra cosa se diría a sí mismo? Pero me ajustaré a tu pensamiento. Admito que veas las cosas con absoluta claridad. ¿Aprobaré que seas tú la que primeramente rompas el silencio? Yo, ya lo sabes, no tengo nada de convencional. Fué preciso que yo también tuviera el valor de mis sentimientos para casarme con Pedro y para circunscribir mi vida a este viñedo, cuando, desde que nací, estaba destinada por mi padre a ser la mujer de un oficial. — Verdad es también que hoy lo soy a pesar de todo. — Quiero decir con esto que no te reprocho ni tu iniciativa ni tu audacia. Desearía, sin embargo, que esa iniciativa fuese razonada y la audacia paciente. ¡Cómo convencerte! Acabas de saber lo que es amar, e imaginas que no hay emoción alguna que pueda exceder en intensidad a la que ahora experimentas. Y yo te digo: no has hecho más que pisar el confín del patrimonio de los grandes dolores. Lo que en él se encuentra, no es susceptible de ser adivinado. Es para cada uno de los seres humanos un secreto incomunicable. ¿Te crees en el ápice de la desolación porque un joven a quien amas y que te ama está en el trance de regresar al frente sin que os hayáis comunicado vuestros mutuos sentimientos? ¡Ay, pequeñita mía! Un

afecto que no ha pasado de ser un sueño, es nada si se le compara con un sentimiento que se ha vivido, siquiera no sea más que durante un día, que durante una hora. Por esta razón desearía yo que en vísperas de esa separación, te atuvieses al ensueño. Hablaos, prometeos, llorad juntos, y pronto advertirás que penetras en un punzante misterio de dolor. ¿Me escucharás si te revelo todo mi martirio, del que jamás te descubrí más que la mitad? En el mes último, cuando Pedro se hallaba aún en el frente francés, estuve dos semanas sin noticias suyas. Pues bien, aquello fué horrible: fué un tormento que jamás hubiera presentido cuando era soltera. Quisiera yo preservarte de angustias parecidas o de otras, quizá más crueles. Yo he hecho donación de mi vida; pero tú que eres libre, tú que representas el juvenil porvenir de nosotros todos, ¿no deberías acaso experimentar durante algún tiempo y en silencio tus generosas energías intactas, en lugar de precipitarte al encuentro de eventualidades que pudieran aniquilarlas?

»Además, ¿qué temer del silencio? Si te ama, a ti volverá cuando tenga libertad para ofrecerte una vida que no es suya en tanto dure la guerra. ¿Crees tú que anticipando esa hora le facilitarás el valor? No lo creas. La marcha sería más desgarradora y la separación más cruel. No es consolador, ciertamente, para un soldado saber que deja tras de sí un corazón maltrecho. Por lo que a él hace, te lo aseguro: es mejor que no esté muy al cabo de tus sufrimientos. Por lo demás, tienes razón: ahí está quizá la clave del enigma, y cuanto más lo pienso, más convengo en que así se explica su reserva. Pero en ello discierno otro significado diferente del tuyo. Habrá visto a camaradas suyos llorar en las trincheras al leer cartas procedentes del hogar, tiernas y dolorosas en demasía. Sabe que tales penas

y nostalgias desgastan secretamente las fuerzas que deben dedicarse a la acción en toda su integridad, y se calla para proteger y salvaguardar el propio valor. Se muestra prudente, como se debe ser, respetando delicadamente en sí mismo y en torno suyo los más potentes y sutiles resortes de las almas. Imítale. Vuestro silencio actual está lleno de esperanza. Lejos de ti, soñará con regresar para hablarte. Tu imagen, allí, ante el peligro, será tanto más bienhechora para él, cuanto que nunca haya visto lágrimas en tus ojos.

»¿Y si no hubiera de volver? ¡Cuán inconsolable dolor el de no haber hablado!» Un poco más y añadirías: «mejor es ser viuda». Vacila antes de creerlo. Mira, el valor no consiste en ofrendarse a mayores infortunios que aquellos a que nos destina la voluntad de Dios, sino en aceptar, en la medida de nuestras fuerzas, aquel que nos abruma con su sombra. Digan lo que quieran los viejos y los filósofos, la vida es muy larga y merece la pena de hacer muchos sacrificios, aun de orden sentimental, para conservarse en aptitud de vivirla dignamente, o sea, siendo útil y repartiendo felicidad en torno. ¿Piensas desposarte en las condiciones en que el señor Graffeteau y tú os encontráis? Pero hay que tener en cuenta que los verdaderos esponsales, en la acepción directa de tan hermosa palabra, no son una embriaguez del corazón, no consisten en el beso que se cambia en un minuto de dicha. Representan la mutua donación de toda una vida, de toda la aterradora duración de la vida. ¿Puedes cambiar un don de tal naturaleza con un joven a quien no conocías hace tres meses y que te abandonará mañana para afrontar las trágicas eventualidades del campo de batalla? Interrogo a tu conciencia: ¿tienes derecho a eso?

»No dejo ni por un momento, hija mía querida, al

escribirte estas melancólicas reflexiones, de considerar a un tiempo mismo a dónde hemos llegado tú y yo en nuestras respectivas existencias. Y esto es tanto como convencerme de que no podemos opinar de igual manera. Sea lo que quiera que decidas o que hagas, atrévete a decírmelo. No olvides que para llegar a comprenderte, puedo apelar a los recuerdos, y que si éstos llegan a faltarme, ¿no los supliría acaso mi ternura? Te quiero por duplicado desde que mamá nos abandonó. Sirva esta carta para darte una nueva prueba de ello, y a la vez el beso más entrañable de tu vieja

Magdalena.»

VII

Roberto Graffeteau al general Brissonnet

«*Monte de los Pájaros, a 12 abril 1916.*

»Mi general: Devuelvo a usted la carta del coronel Emery. No trataré de disculpar mi conducta. Es justo. Presentado a él, recibido en su hogar, desde el momento que en él había una joven casadera, debí manifestarle que yo estaba divorciado. Tal silencio era, en todo caso, una falta de franqueza. Se convirtió en deslealtad — la palabra usada por usted no es demasiado dura —, el día en que me interesé por esa niña con un ardor sobre cuya naturaleza no me he engañado un solo instante. Todo lo sabrá usted; vi, además, que la señorita Emery no me trataba en modo alguno como a los demás oficiales, mis compañeros. Sí; ante esa evidencia, el honor exigía que yo no de-

jase prolongarse un culpable equívoco. Acerca del particular, nada dice la carta de usted que yo no me haya dicho a mí mismo en mis ratos de lucidez. Otro extremo hay sobre el cual su carta arroja despiadada claridad, o sea la identidad entre mi falta de ahora y la de antes. *He recaído*: la frase de usted es harto exacta. Sigue actuando el ex marido de Teresa, el emotivo, sacrificando todo a su pasión y justificándose a fuerza de mentiras interiores. Existe, sin embargo, una diferencia: el sentimiento que Teresa me inspiraba era vil en absoluto; removía en mí los posos impuros de las más nefandas brutalidades, ¡en tanto que mi emoción ante la señorita Emery era de tan alta y noble calidad! Esa emoción iba unida — ya ve usted si me hago cargo de que es preciso renunciar a ella, puesto que hablo en pretérito — a la regeneración mediante el deber militar, a que usted se refiere. Después de la áspera lucha moral que he mantenido durante los años 1912 y 13, cierto es que la guerra me dió a conocer una sensación vivificante: la de la completa redención. ¡Me había despreciado tanto a mí mismo por mis debilidades con mi mujer! Llegué a preguntarme: «Además de tu mujer, existía su amante. Le dejaste ir y venir sin abofetearle, sin matarle. ¿Estás seguro de que si lo toleraste, fué sólo por no deshonrarla públicamente; puedes asegurar que no eres un cobarde?» Después, en las trincheras, demostré que no lo era. Al ofrendar mi vida por la patria y al hacerlo sin miedo, me sentí agitado por una especie de fiebre de orgullo. La noción de mi fortaleza se despertó en mí. De improviso me convertí en otro hombre. Hasta entonces, ni la indulgencia de mi padre, ni la de usted, mi general, lograron que yo a mí mismo me perdonase. ¡Hermosa absolución la de la muerte arrostrada cara a cara! Ese hombre regenerado fué el que llegó al

Monte de los Pájaros y el que en la señorita Emery reconoció a la que él hubiera querido encontrar al empezar a vivir, antes del baldón y de la deshonra. Puesto que me condeno tan severamente como usted me condena, permítame usted que le afirme, que, por lo menos, el cálculo que le horroriza no lo he hecho yo. Jamás pensé en arrastrar a esa joven a un camino en el cual hubiera tenido que sacrificar sus deberes para con su padre, ni su fe religiosa. Por el contrario, me dije: «La amo. ¡Su sola presencia es para mí una alegría tan total, tan honda! Y esa alegría me es lícita, si tengo el valor de ocultarle mi amor. Lo tendré. Será para mí una Virgen, a quien ni aun diré *Ave María*; ante quien me arrodillaré en espíritu para darle gracias por existir. Mañana me marcharé, para morir quizá. Después de tan agitada existencia, tengo derecho a que me acompañe al peligro un recuerdo que sea inefablemente dulce, inefablemente inmaculado.» En mi silencio acerca de mi matrimonio y mi divorcio, ha tenido gran parte el temor de que se me cerraran las puertas de la *Casa Verde*. También, y sobre todo, influyó en él el piadoso culto a esa pureza, y el horror de asociar a ella mi negro pasado, que una confesión mía hubiera hecho revivir. No por eso he dejado de ser más culpable, en cierto sentido. Cuanto mayor fuera mi respeto hacia la señorita Emery, tanto más debía temer perturbar su tranquilidad. No supe lo que ahora me revela la carta de su padre, o para ser del todo sincero, no quise saberlo. Ya lo he confesado a usted: yo había adivinado que en ella se despertaba una simpatía. Con esta creencia acaricié y conforté mi espíritu, a la vez que me repetía: «Ella no sabe que la amo. Luego no obro mal.» ¡Y yo sabía perfectamente que ella lo sabía, y que yo procedía muy mal! Y ahí, en mi voluntaria ceguera, en ese prejuicio sis-

temático, levantado entre mi deber y yo, radica mi pecado, *el mismo de antes*. No me lo habrá recordado usted en vano.

»Mi general, no bien llegó su carta a mi poder, he gestionado que mi partida, que debía de efectuarse pasados algunos días, se apresurara. El médico me dará de alta, indudablemente, el domingo. Hubiera procurado yo salir hoy mismo del *Monte de los Pájaros*, si no me viera obligado a esperar en él la imposición de la cruz, a que usted se refiere. Hasta entonces, no volveré a la *Casa Verde*. Podrá parecer a usted extraña mi conducta; pero no haré visita de despedida. ¿Qué es lo que usted desea? Que termine el equívoco actual. Acabará de una vez marchándome así, sin despedirme más que con un renglón escrito en una tarjeta. Ni el señor Emery, ni su hija podrán ya ver en mí un pretendiente posible. Se lo suplico a usted, mi general, no exija usted más de mí. No quiera usted que yo mismo revele la verdad al coronel. No es que no crea yo merecido ese castigo por mi silencio. Pero él hablaría a su hija. Podría ocurrir que a continuación ella me encontrara en un camino, en una galería del sanatorio, en cualquier parte. Y la amo con amor tan violento, tan apasionado, tan completo, que no sería dueño de mí mismo si ella llegase a mirarme de cierta manera. Leyera yo en su mirada algo semejante a desprecio o a sufrimiento y quizá sucumbiría a la irresistible necesidad de explicarme, lo cual pondría el colmo a mi delito. Equivaldría a confesar mi amor. Dispense usted esa caridad a quien salvó usted hace cuatro años, mi general; a vuestro soldado del Marne y de Champagne. Observe usted que se trata tan sólo de un plazo de algunos días. Antes de una semana estaré lejos de aquí. Entonces escribirá usted al coronel Emery. No me diga usted que por mi resistencia a

obedecerle en este punto, no volverá a verme jamás. El dolor con que leí la carta de usted no sólo procedía del drama moral de mi situación, bruscamente evocado ante mi memoria. El temor de perder la estimación de usted fué para mí una llaga abierta en esa llaga. Logré una vez reconquistar esa estimación. Haré cuanto esté en mi mano por reconquistarla de nuevo. Afortunadamente, la guerra me reserva otras ocasiones de redimirme de esa nueva flaqueza, en la medida que son posibles tales redenciones. De ello me doy harta cuenta: cumplir con el deber ante el enemigo, no excusa de cumplirlo en otras partes. Condéneme usted, mi general; lo merezco. Compadézcame también, porque le aseguro que soy muy desgraciado.

»De usted respetuoso y afectísimo

Roberto Graffeteau.»

«Existe tan poco para mí la señora Alidiere, que me olvidaba de dar a usted gracias por la indicación que formula acerca de su presencia en Tolon. Supuesto que está con el tal Faverolles, ello, sin duda, quiere decir que trata de conseguir que se case con ella. En tal caso, parece muy probable que se cuide poco de resucitar hechos pretéritos. Sería, ciertamente, odioso para mí, que esa mujer se permitiera ninguna clase de ingerencia en mi vida actual. Pero después de todo, ¿qué significa esto al lado de lo demás?»

VIII

Guido de Faverolles a Teresa Alidiere

«Tolon, sábado a 15 abril 1916, por la mañana.

»Amadita mía: Te envío estas líneas con un ciclista, para que lleguen pronto a tu poder y no me esperes a almorzar. Un contratiempo imprevisto me priva del gusto de pasar contigo esta tarde en Tamaris, en nuestro *Eden-Hotel*, por buen nombre. Con el pensamiento te veo ir y venir por nuestro saloncito-galería por entre las dulces y embriagadoras flores de esta tierra, que tanto me gustan; las sensitivas, los narcisos y los nardos. Las aletas de tu linda nariz se estremecen al respirar su azucarado aroma. Tu cuerpo adorable dibuja sus bellas líneas en la seda flexible de tu bata chinesca, de rosado color deliciosamente indeciso, con sus soles de oro y sus monstruos caprichosos, que ostentan el rostro de Toti, tu pekinés de negro y aplastado hocico. Este te contempla, dilatando también las ventanillas de su nariz, en tanto que preparas los artefactos del divino sortilegio en el cual el sagaz animal se ha iniciado tan deprisa. Tu mano hábil ha asido la aguja. La hunde en el estuche donde descansa el precioso *chandoo*. Al retirarla, una gota obscura tiembla en la punta, que aproximas a la lámpara. Repites la operación y sonríes al opio que se tuesta y chirría, a la vez que mezcla al de las flores su aroma embriagador. Veo tu mohín al adherir la bola ambarina a la cazoleta de la pipa de bambú. Te veo reclinada sobre

los cojines de nuestro diván, inclinando la cazoleta sobre la lamparilla; y aspirando con ansia la blanca humareda, dispensadora de bellos ensueños, escuchar a la vez en este día de principio de primavera cómo rompe en la playa el mar azul,

»El mar voluptuoso donde cantaban las Sirenas.

»Sólo por este verso adoraría yo a Anatolio France. Al repetírmelo, y desde que nos amamos en Tamaris, experimento idéntica delicia que al oír aquella melodía de *Pelleas y Melisande* que nos cautivó al día siguiente de nuestro arribo. ¡Oh! ¡Bienhadada la música que hace desfallecer nuestra alma; bienhadados los perfumes de flores que penetran en nuestros sentidos hasta el seno más recóndito, en que el placer confina con el malestar; y bendito el ensueño, el ensueño, el ensueño, y la vida exaltada sobre sus propias miserias, la vida ligera y voluptuosa, circundada de visiones dulces y atrevidas! Figúrate que ayer, con ocasión de asistir en la catedral de Tolon a los funerales de esos soldados de marina de que te he hablado, me quedé todo suspenso y maravillado al oír la definición que da la Iglesia del Paraíso: «el absoluto descanso en la luz». Te traduzco las palabras latinas al pie de la letra. El opio no es más que eso. Entremos, pues, en el paraíso, sin demora. Algunas pipas bastan, con la adición de una pulgarada de cocaína en el reverso de la uña.

»Pero charlo a troche y moche, amadita mía, y no te he dicho aún el motivo que hoy me destierra de nuestro paraíso. Es verdaderamente bufo y te apostaría doble contra sencillo a que no lo adivinas. ¿Has oído hablar alguna vez de un sanatorio de oficiales, situado no muy lejos de Hyeres y que se llama el *Monte de los Pájaros*? Esta tarde, a las tres, debe de efectuarse allí

un reparto de quincalla. Perdóname: no recordaba que no te gusta que se tome a broma la milicia. En otros términos: se va a imponer cruces de honor a algunos valientes. ¿Queda satisfecho tu prurito patriotero? Bueno, pues ocurre que el general está enfermo y que a mi coronel le ha correspondido la tabarra de substituirle. Ha estado muy amable conmigo el buen manco de Hubault-Malmaison. A pesar de ser un veterano consumado, no lleva a mal que yo sea neurasténico de remate. Me considera como un tipo curioso, y le divierto. «Amigo Faverolles — me ha dicho —, le había dado permiso para esta tarde. Se lo retiro. Necesito de mi *chauffeur*.» Y a continuación me ha explicado el porqué de esa necesidad. La verdad es, encanto mío, que te debo un gran favor, al haberme conseguido por medio de tu diputado este rinconcito, tan grato para estar *emboscado*, y al servicio de un sujeto tan campechano. ¡No tiene nada de ameno el oficio de automovilista militar! Por lo menos conduzco a un hombre bien educado. Continúa hablando el coronel: «¿Tiene usted curiosidad, Faverolles, de pasar la vista por la relación de los condecorados? Quizá conozca usted a alguno de ellos.» Me alarga un papel y en él me encuentro a... Pero no, no es posible que adivines. ¡Me encuentro con el nombre del capitán Roberto Graffeteau! ¿Eh? ¿Qué te parece? De muchas cosas se puede motejar a la guerra, pero no, ciertamente, de carecer de lo imprevisto. De modo que esta tardecita soleada, sobre la linda cinta de la carretera blanquecina que costea el golfo azul de Giens, el excelente coche de treinta y cinco caballos del coronel Hubault-Malmaison, correrá a toda velocidad, guiado por tu buen amigo *Beauty* y conduciendo consigo lo necesario para glorificar a tu antiguo dueño y señor legal. ¿Y en qué pensará el supradicho buen amigo al tomar sus cambios

de velocidad? Sentirá tristeza al no poder comulgar con su Teresita bajo las especies del divino *Chandoo* y de la no menos divina *Coco*. Estará triste, pero alegre al mismo tiempo al pensar que va a conocer al personaje cuyo apellido ha ostentado usted, señora. Algo y aun algos de celos sentirá, porque después de todo... Te amará más aún, porque, también... Siempre surge la punzada de malestar, en que el dolor y la pena, la rebelión y el deseo, la tristeza y la alegría, se avivan, se aguzan y se amalgaman. ¡Ah! ¡Punzante sensación, que ningún amante, excepto yo, se atrevería a confesar, ni ninguna querida, excepto tú, se avendría a oír! Pero tú y yo somos de Bizancio. Allí está nuestra patria, la verdadera, la buena. Hasta mañana, según creo. No fumes más de diez pipas. Vamos a necesitar algún tiempo en esta época de barullo universal para procurarnos otro tarro de la droga celestial. Economicémosla, para saborear juntos a menudo las delicias de la eutanasia viviente. Echame el aliento de tu linda boca para que pueda olfatear algo del amado vapor, y en tanto no nos vemos, no desames demasiado a tu *medio-soldado*. ¿Dije medio? Sobran tres cuartas partes.

Guido de F...»

«P. S. Me entero de la muerte, ocurrida en Verdun, de nuestro amigo Portille, alcanzado por un casco de granada. ¡Pobre Max! El, que decía tan chuscamente al empezar la guerra: «No me tragarán. Estoy demasiado curtido.» Ha tenido que hincar el pico, a pesar de sus bromas. ¡Qué estúpida es esa carnicería! Pero ¡qué estúpida!»

IX

Lazarina Emery a Magdalena Journiac

«*La Casa Verde, sábado, tarde, 15 abril 1916.*

»¡Magdalena querida, tan buena, tan indulgente, tan discreta; cuánto quisiera haberte obedecido! He sido una desgraciada loquita, y ahora sufro... ¡Sufro en todo mi ser, en mi corazón que palpita, en mi garganta que se ahoga, en mi espíritu que se extravía, en mi pudor!.. ¡Ay! ¡Ahora me comprenderás!

»Tu carta, que no recibí hasta el correo del mediodía de ayer, me produjo extraordinaria turbación. Tenía poco menos que decidido lo que me proponía hacer. Y tú venías a debilitar la resolución que tanto trabajo me costó adoptar y en la que fundaba todas mis esperanzas. Reconocía la fuerza y la verdad de tus consejos. Y, sin embargo... ¿Cómo expresarlo? ¡Dejaban mi alma tan profundamente descontenta! No creía yo que fuese la verdad absoluta la que pudiese darme ni prometerme la paz. Por más que leía y releía tu carta, no aceptaba la iniciativa de ese silencio, de esas tinieblas, eternas quizá. No me resignaba a que mi corazón se hubiese abierto en vano, como una flor cuyo germen llevó el viento a un rincón solitario donde nadie aspira su perfume. Recuerda aquellas orquídeas silvestres que tantas veces recogíamos juntas en algún escondido repliegue de nuestras diminutas colinas. ¿Recuerdas las hondonadas desiertas en donde a deshora aparecían medio escondidas entre la hierba? Yo te decía: «¡Qué felicidad ha-

ber venido nosotras para que sean amadas!» Era ésta una de mis divagaciones que te arrancaban una sonrisa. ¿No ves acaso en ello un presentimiento de la necesidad que tan pronto había yo de sentir de florecer bajo el calor de una mirada? ¡Ay! Preciso es que te lo confiese: me he indignado contigo, y muy particularmente con motivo de ciertos párrafos de tu carta, empezando por aquel en que me prevenías contra el infortunio. Pensaba yo: «Magdalena ha olvidado que soy valiente. Ya no se acuerda de que siendo muy niña fuí agraciada por nuestro antiguo médico el doctor Mauriel con el remoquete de «señorita N. M. Q.», porque en cierta ocasión en que me rompí un brazo, le recibía a diario con esta exclamación: «Doctor, yo no me quejo.» Me reconocía entonces, y ahora me reconozco, con la energía bastante para ser durante mi vida entera esa misma niña, *la que no se queja del dolor*. Otra frase que tampoco te perdonaba era la referente al señor Graffeteau: «Protege su propio valor», quizá porque me explicaba harto claramente un enigma muy penoso para mí: durante estos últimos cuatro días no ha venido a la *Casa Verde*. Esta causa de su ausencia me amarga casi tanto como la misma ausencia. Me desagradaba que mi héroe retrocediera atemorizado ante el riesgo de martirio que entraña todo sentimiento absoluto. Y yo pensaba: «No. No es de su valor del que duda: es del mío.» Y entonces, deducía yo: «Luego soy yo quien ha de atreverse...»

»He pasado toda la noche dando vueltas a esta idea. Hoy, y con motivo de la solemne entrega de las condecoraciones, debía de volver a verle. ¿Si ahora no hablaba, cuándo podría hacerlo? ¡Era tan seguro mi instinto! Era necesario hablar. Cuando a ratos desistía de mi propósito, no veía ante mí más que una lúgubre melancolía, una pavorosa amenaza de lento

ahogo... Despuntó el alba sin haber logrado cerrar los ojos, y en mi cama de niña en la que siempre me vió aquélla dormir tranquilamente, no encontró más que un triste rebujito ardoroso, que se consumía, a través de las horas, de pena y de calentura. Al fin me levanté. Me asomé a la ventana y me puse a rezar, como jamás había rezado, impetrando de lo alto una señal, una revelación. Hacía una mañana suave y tranquila. Lentas ráfagas procedentes del mar despertaban un leve murmullo entre las sensitivas, y un apagado chasquido metálico entre las hojas de los palmares. En tanto yo contemplaba cómo en el limpio cielo crecían y aumentaban las luces de la aurora. Sobre los encendidos horizontes, mostrábanse vastas órbitas violáceas, rosadas, de suaves tintes de prímula, formando tan gloriosas aureolas que evocaban los coros angélicos. Gradualmente fueron ensanchándose hasta el cenit sus efluvios de luz, casi doloroso para mis ojos fatigados por el insomnio. Antes de ahora, cuando meditaba ante la magnificencia de la hora indecisa que separa el día de la noche sin pertenecer ni a uno ni a otra, algo de tristeza se mezclaba con mi asombro. Me parecía asistir a la florescencia de una vida ardiente, que jamás sería la mía. En el amanecer de hoy mi corazón se identificaba con la aurora. Con ella y como ella, me parecía luchar con las tinieblas, avanzar hacia la luz. Luego salió el sol. El mar en sombra se estremeció al fulgurar bajo sus rayos, y el caos inmenso del cielo y del horizonte se fué precisando y perfilando con admirable limpieza. La naturaleza, esa palabra de Dios, acababa de hacerme la señal que yo impetraba. *En plena uz*; estaba resuelta a entrar en *plena luz*. Ya no cavilaba. Ya no discurría. Iba a actuar. Había recobrado la calma. Volví a acostarme, ya feliz del todo, y me dormí. Cuando nuestra buena Elisa me despertó,

era ya hora de subir a oír la misa de *Nuestra Señora del Consuelo*. Mucho recé durante ella, y cuanto más oré, más la paz arraigó en mí, de tal suerte que nunca me sentí con más fuerza, con mayor serenidad íntima, que en el momento en que, después de almorzar, me encaminaba con padre a la ceremonia del *Monte de los Pájaros*.

»Verificábase ésta en la vasta explanada que conoces, desde la cual se divisan en lontananza el mar y las islas. Los heridos del hospital estaban formados a derecha e izquierda de los nuevos legionarios. Varios marroquíes, venidos de San Salvadour, se alineaban ante la escalinata, y con ojos de niños fanatizados miraban al viejo coronel Hubault-Malmaison, figura legendaria en Mauritania. Unas cincuenta personas de la localidad se encontraban también allí. Situados, como estábamos, en uno de los lados, veíamos a los legionarios de perfil. Eran cuatro y precedían a los que iban a recibir cruces sencillas de guerra. Entre ellos estaban G..., Duchatel, otros dos que no conozco, uno de ellos amputado de una pierna, el otro válido y completamente curado de sus heridas. Este ha de marcharse con G... la semana próxima. G... estaba densamente pálido. Sin más que verle, conocí que, como yo, había pasado la noche en vela. Su diestra oprimía la empuñadura del sable, manteniendo enhiesta la hoja desnuda junto a su rostro. Permanecía con los párpados entornados. Observé un fervor casi religioso en él, que rehuye opinar cuando ante él se habla de religión. Era como si de aquel arma, que para él simbolizaba la guerra, impetrara mentalmente la merced de no pensar más que en la guerra. Parecía apenado, y yo me decía en voz baja: «¿Por qué sufrir? ¿Por qué, cuando aun podríamos vivir algunas horas de tan suprema felicidad, que nos daría la fuerza ne-

cesaria para soportarlo todo?» ¡Ah, Magdalena! ¿No hay algo de eternidad en un solo día dichoso? Más que nunca, me sentí decidida a hablarle. Quería vencer su tristeza. ¿Era orgullo lo que experimentaba al pensar que yo, por mi sola, iba a transformarle? No, no era vanidad: era un irresistible arrebato de ternura. Compréndelo así, hermana mía, para no condenar en absoluto un acto, que no podría menos de volver a ejecutar, si volviese a sentir la ilusión de aquel instante. Comprende también todo lo embriagador de aquel espectáculo: nuestras altiveces heroicas, nuestra decisión de resistir, nuestras esperanzas de triunfo, concentradas, glorificadas en aquella explanada, entre aquellas armas, uniformes y banderas. Después de la imposición de las cruces, que el coronel Hubault-Malmaison hizo preceder por la lectura de las citaciones respectivas — dos, por lo que a *él* se refiere —, se acercó padre al grupo que formaban los oficiales. A todos felicitó, y creí observar que en el apretón de manos que cambió con G... palpitaba una simpatía más cordial. Esta influencia, es, a mi entender, la última que me determinó a obrar. Como ves, sigo disculpándome. Ahora iré más de prisa. Había transcurrido media hora desde la ceremonia. Los grupos se habían dispersado por el jardín. Observé que él de nuevo me rehuía y que a la vez parecía molesto por las enhorabuenas. Al cabo de un instante, vi que se sentaba solo en un banco situado en una pequeña alameda. Me separé de la gente con quien departía y me encaminé hacia él. Quiso levantarse. Le contuve, sentándome a su lado al mismo tiempo, y le dije:

» — Huye usted de mí. ¿Por qué? Eso me contrista.

»Trató de evitar mi mirada y murmuró con expresión de contrariedad:

» — ¿Cómo ha podido usted creer...?

»Yo, en plena demencia, no sentía miedo todavía. Le interrumpí con sonriente certidumbre:

» — No trate usted de mentir. Lo hace usted muy mal.

»Estas sencillas palabras parecieron trastornarle. No contestó en un principio, y sus ojos angustiados me hicieron una pregunta que aun ahora no he logrado entender. Después, bruscamente, exclamó:

» — ¡Pues bien, sí! Es verdad. He huído de usted estos últimos días, porque... — Al llegar aquí pareció faltarle la voz — porque debía hacerlo.

» — ¿Por qué debía usted? — contesté con inalterable tranquilidad —. Ha creído usted que lo debía...

»¡Dios mío! ¡Cómo resuenan aún en mis oídos estas palabras! Retumban dentro de mi cabeza. Me lastiman como martillazos. En tanto que yo decía: «Ha creído usted...», he visto, Magdalena, he sentido — fué harto instantáneo para que yo sepa cómo fué — que él se estremecía de júbilo. Entonces proseguí, porque necesitaba que todo terminara rápidamente, y sin mirarle:

» — Entendí a usted cuando días pasados me dijo: «Un oficial de infantería no puede hablar del porvenir.» Usted pensaba que ese oficial no dispone de su vida. Pensaba usted también que no es dueño de su corazón. Ciertamente; si es generoso, debe temer perturbar la vida de una mujer con una dicha efímera. Pero si aquella a quien huye no teme el peligro, si cree que no debe eludirse el amor...

»Se incorporó, quiso dar un paso. Creo que la emoción le impidió moverse, porque volvió a caer sobre el banco. Ante su mutismo sentí un vértigo a mi vez. Creí que la tierra huía bajo mis plantas. ¡Oh, Magdalena! ¡Tengo vergüenza! ¡Qué dolor me cuesta escribir esto! Le pregunté:

» — ¿De modo, que usted no me ama?

»Estrechó mi mano con extraña violencia, se levantó luego por tercera vez y sin decir palabra se alejó casi a la carrera.

»Esta es la miserable situación en que me veo, amiga, hermana mía. De ella no cabe descripción alguna. De todo tuviste extraña previsión. Tu clarividencia me causa una especie de terror. Y, sin embargo, después de haber rezado como lo he hecho, no puedo haberme engañado en absoluto. De todas suertes, prefiero esta cruel evidencia a mis pesadillas. Me ama, ¿lo oyes? Me ama. Tan cierta estoy de ello, como si me lo hubiera dicho. Si no me amara, no le hubieran trastornado hasta tal extremo mi confidencia y mi humillación. Me ama y entre ambos existe un obstáculo. Debe ser algo terriblemente grave. No es a una Paula a quien hubiera él lanzado aquella mirada de espanto. En este momento sufre como yo, como yo que cometí esa locura para que saboreáramos juntos un día de felicidad, para embellecer más aún el momento sagrado de la partida, para que, después, en el curso de la prueba, fuésemos dueños, cuando menos, de la paz de la certidumbre, de la energía de lo irrevocable. ¡Qué angustia, qué desolación le abrumarán al marcharse! En qué abandono va a dejarme, a menos que — no me riñas, Magdalena, por conservar en medio de tanto dolor una postrera esperanza —, a menos que no pueda ayudarle para derribar ese obstáculo. En ciertos momentos, siento como una intuición de que estoy llamada a librarle de una desgracia que ni conozco ni comprendo. En otros, veo derrumbarse todo en torno mío. No pienso ya. He dejado de entender. Mi cerebro está lleno de estrépitos y de palpitaciones. Me ha servido de alivio, sin embargo, haber invertido esta hora en escribirte, en evocar tu ca-

riño, y ahora quisiera ocultar entre tus brazos a tu desgraciada

Lazarina.»

X

Teresa Alidiere a Roberto Graffeteau

«*Eden-Hotel. Tamaris-sur-Mer, 15 abril 1916.*

»Roberto: Mucho he vacilado ante este pliego de papel, porque ni aun sabía con qué nombre dirigirme a usted. Esta indecisión es la viva imagen de la penosa situación en que uno respecto del otro nos hallamos colocados. Luego me dije: «El solo hecho de escribirle, le demostrará que sigue estando vivo para mí. Le daré el nombre que le doy en mi pensamiento cuando vuelven los recuerdos del pasado. Si para él tales recuerdos quedaron abolidos, si es su voluntad que nuestro común pasado no haya existido jamás, romperá mi carta sin leerla, y en ese caso ¡qué importa el nombre que le dé! Pero no. No la rasgará. Hubo un día en que me amó. A pesar de los gravísimos agravios que he podido inferirle, sabe que soy altiva. Si después de tanto tiempo transcurrido y cuando tales cosas nos dijimos, llego a escribirle, lo hago obedeciendo — en el acto lo adivinará — a un sentimiento más poderoso que mi altivez. Es generoso. No querrá, seguramente, negándose hasta conocer el motivo de este paso que doy, aventurarse a ser mezquinamente injusto con una mujer que ostentó su apellido.

»Por muy doloroso que sea para usted y aun para mí misma, preciso es, Roberto, que vuelva sobre el

pasado. Habían prevenido a usted contra mí desde antes de nuestra boda; cierto es que, siendo soltera, había dado pie a que me criticaran, con algunas ligerezas de conducta que autorizaban ciertas suspicacias. Conocí esas referencias hostiles. Debí agradecer a usted no haberlas dado crédito. En lugar de ver, en el hecho de que usted no hiciera alto en ellas y me otorgara su apellido, una demostración de su nobleza de alma, vi en él un signo de mi señorío sobre usted. No sé qué vértigo malsano me impulsó a abusar de ese predominio. Era yo mujer, y quizá estaba necesitada de sentir sobre mí una fuerza susceptible de domeñarme. No personificó usted esa energía, y conforme se lo dije en la entrevista que consumó nuestra ruptura definitiva, desprecié a usted por ello, como también le desprecié, al empezar a traicionarle, por su confianza ciega, que no era a mis ojos otra cosa que el deseo que mi persona le inspiraba. Era querida de otro, pero mujer de usted, a pesar de todo, y experimentaba una especie de rencorosa satisfacción en dominarle y en rebajarle hasta mi nivel. Harto conocía yo que la sociedad a que pertenecía usted no me concedía su estimación, de igual manera que yo tampoco me estimaba, y me complacía que usted se degradara tanto como yo. Escribo estas frases con tan brutal franqueza, para que no dude usted de mi sinceridad al decirle con idéntica lealtad y con igual precisión de términos, que hoy me siento devorada por el remordimiento de haberle desconocido. En este momento regreso del *Monte de los Pájaros*, Roberto. Allí he vuelto a ver a usted, pálido, enflaquecido, con las mejillas demacradas, tan altivo, tan bizarro bajo su casco, y luciendo en sus ojos una expresión que jamás vi en ellos. Fuí allí por aburrimiento, por curiosidad. Por un periódico tuve noticia de la presencia de usted tan cerca

de mí y del anuncio de la ceremonia. Otro diario que compré en la estación de Tolon me había dado a conocer los detalles del heroísmo de usted; los combates en que participó y su primera y segunda heridas, y esta revelación alteró las corrientes de mi alma. Y además de todo esto, repito, he vuelto a ver a usted. ¡Ah! Sí; rodeado de sus camaradas y de los heridos era usted, ciertamente, el digno protagonista de tan heroicas proezas. Y este hombre había sido mío. Me había desposado. Yo había sido su mujer y no acerté a adivinar las magníficas energías que en él se encerraban. Había malbaratado su vida y la mía por creerle débil. Y no lo era. Era sencillamente un hombre que me amaba demasiado. Parecerá a usted extraño y no trato de explicarlo, que los extravíos a que me arrastraron mis pasiones no me hayan dejado remordimientos, y que, en cambio, esa impresión recientemente recibida me haya producido uno, muy hondo, y tan agudo como repentino. Pero así es y siento la necesidad de descargarme de él, implorando el perdón de usted.

»Quisiera ofrecer a usted alguna garantía de este arrepentimiento, que quizá se remonte muy atrás, y al cual el día de hoy ha aportado únicamente una evidencia definitiva. En el curso de los dolorosos altercados que acompañaron el concierto de nuestros asuntos, me reclamó usted, ¿lo recuerda? una sortija que fué el anillo de esponsales de su madre y que colocó usted en mi dedo al desposarnos. Me negué a entregarlo. Fuí una malvada. No tenía para usted y para los suyos, sobre todo, después de la entrevista con su padre, otra cosa que odio y que rencor. Esa negativa era una pequeñísima herida que infería a usted, después de tantas otras, y al ocasionársela, experimenté un júbilo feroz. Pues esa sortija, Roberto, es la que

yo le ruego, le suplico, me permita devolverle. La conservo aquí, a donde los médicos me enviaron desde el mes de diciembre. Recordará usted que siempre me resentí del pecho, y la vida que he venido haciendo no ha contribuído a fortalecerme. No sospechaba yo que a usted también le enviarían tan cerca de mí. No lo supe, vuelvo a decírselo, sino por la mañana y por pura casualidad. Si me contesta usted, indíqueme tan sólo el día y la hora que le convengan. Tengo automóvil. Se trata de un paseo de dos horas. Iré al *Monte de los Pájaros* para dejar el anillo en sus propias manos y para convencerme de que sigue usted teniendo el grande y generoso corazón que debió ser para mí guía y apoyo. Pero ¿necesito acaso demostración alguna para abrigar la seguridad de que sigue usted teniéndolo, y de que me ha de contestar? Entre los renglones de esta carta acertará usted a discernir que respecto de usted un cambio radical se ha operado en mi persona. El acto de esta tarde hubiera bastado para ello. Pero, además, he sufrido grandes desilusiones durante estos cuatro años. Ha estallado la guerra, y cuando la desgracia nos cerca por todas partes, muchas cosas se ven con mayor y distinta claridad. Espero, pues, firmemente, Roberto, expresar a usted muy pronto de viva voz la admiración y el respeto que le profesa la que tuvo la desgracia de desconocerle y que de ello jamás se consolará.

Teresa.»

II

LA TRAGEDIA

I

La frase imprudente y reveladora de Lazarina Emery, aquel «¿de modo, que usted no me ama?» arrancado a su sorpresa y a su dolor, había trastornado a Roberto Graffeteau hasta lo más íntimo de su ser. Al escuchar tales palabras, se sintió presa de un vértigo de terror que le había movido a incorporarse, a desaparecer, a correr, cediendo a un impulso irreflexivo, casi tan inconsciente como un autómata. Había salido del *Monte de los Pájaros*, y anduvo, anduvo hacia adelante, en línea recta, al azar, bajo la acción prolongada de aquel espanto, que gradualmente iba transformándose en éxtasis. ¡Lazarina le amaba! Hasta aquel instante, cierto que adivinó que le interesaba, conforme se lo manifestó al general Brissonnet. La carta del coronel Emery vino a confirmar tal intuición, pero sin precisar aún nada acerca de la intensidad de ese interés. Ese sentimiento que inspiraba, había permanecido para él en estado de ensueño, y si en su respuesta al general había contraído de buena fe el compromiso de la ruptura y de la marcha, fué porque en aquel instante renunciaba solamente a una ilusión. Ahora el ensueño se convertía en realidad. La Madona ante la cual hablaba de arrodillarse sin osar siquiera decirle *Ave María*, se había transformado en una vir-

gen viva y apasionada. En tanto, seguía caminando, y a lo largo de los senderos desiertos, bajo las ramas de los pinos de Alepo, por entre los jarales, los madroñeros y los romerales, que ni siquiera veía, escuchaba la respiración entrecortada, y el dulce palpitar de aquel corazón de niña al proferir la involuntaria declaración. Evocaba aquellos ojos de negro y purísimo color — tales como la linfa de los ríos meridionales, obscura y transparente —, aquellos ojos engarzados entre los párpados tersos y cándidos, y en cuyas pupilas dormía siempre un rayo de sol. Volvía a contemplar aquellas nerviosas manos, trémulas de emoción; aquel pecho agitado por los suspiros, aquella gracia de mujer a deshora revelada en la adolescente... ¡Y esa mujer podía ser suya, ante la ley, supuesto que él era libre! Y en este instante, la acusación formulada contra él en la carta del general volvía a su memoria y suscitaba en él una tentación. Pensaba: «Brissonnet conceptúa posible que sea mía, a pesar de su padre, a pesar de la Iglesia. ¿Por qué no? Tender a ese objeto hipócritamente y por cálculo, fuera culpable. ¿Pero puesto que ella me ama sin que yo la haya cortejado, con tanta espontaneidad, con tanto arrebato?... Si mi padre viviera y yo le dijese: «quiero volver a casarme», ¿qué me contestaría, habiéndome, no ya permitido, sino impuesto el divorcio? ¿Qué podría objetar el mismo Brissonnet, a quien también ha parecido natural y lógico mi divorcio con Teresa? Sí: ¿qué objetarían uno y otro? Nada, en principio... Pero, el coronel Emery ¿negará su consentimiento? A diario hijos e hijas se casan contraponiendo su voluntad a la de sus padres. Si logran ser felices, hasta los más intransigentes les dan la razón... Pero la señorita Emery es devota. El divorcio no existe para ella. ¿Y si me ama lo bastante para romper con todo? A mí me toca mostrarme tan

apasionado, que la arrastre a salvar ese obstáculo. Y, entonces, ¿con qué derecho me censuraría el tal Brissonnet haberla incitado a sacrificarme un escrúpulo, que para él no es más que un prejuicio, toda vez que no practica la Religión?» Y Roberto se veía a sí mismo confesando, entre frases de amor, la verdad acerca del motivo que por tanto tiempo le impidió declararse. Para convencerse de que Lazarina aceptaría esa unión a espaldas de la Iglesia, se la representaba escuchándole trémula y enloquecida, como lo estaba en el banco donde ella se anticipó a declararle su amor. ¡Ella se anticipó! ¿De dónde sacaría ella fuerzas bastantes para contestarle «no», siendo así que rebosaba su corazón de un sentimiento tan encendido, tan exaltado que pudo arrastrarla a tomar tal iniciativa, a ella tan pura, tan reservada, tan pudorosa?... Empero, otras imágenes se multiplicaban en la memoria del joven, que desmentían tales esperanzas. Veíala arrodillada, en la capilla del *Monte de los Pájaros*, donde alguna vez oía ella misa los domingos, y penetrábase del fervor de su plegaria. Pero, ¿acaso no iba ella allí por verle? La veía y veía también su frente como iluminada por una centella, y sus ojos como absortos en la contemplación de una aparición de lo alto, en cierta ocasión en que ella le refería una comunión militar efectuada con motivo de una peregrinación a *Nuestra Señora del Consuelo*. Oíala decir: «¡Cuán hermoso parece el hombre que va a luchar por su patria, llevando a Dios en su pecho! ¿Qué podrá temer?» Entonces ella le había mirado, y a su entusiasmo se había mezclado una repentina inquietud: la de averiguar lo que él pensaba. El guardó silencio y ella se entristeció. Cuando exigiera de ella la apostasía de su fe, ¿observaría también en su fisonomía igual súbita inmovilidad, en su boca el desmayado gesto revelador de penosa ex-

pectación y la misma desolación en su expresiva mirada? ¡Porque eso es lo que contaba exigirla!

— Ya encontraré modo de decirlo — se decía. Y se repetía: — Lo encontraré, lo encontraré.

Su inteligencia entera se esforzaba en combinar los razonamientos que habían de vencer la resistencia de la tierna niña: su derecho — el derecho de él — a rehacer su vida; su crueldad — la crueldad de ella — al negarle su apoyo, amándole como le amaba y pudiendo auxiliarle en su regeneración; la inhumanidad, la injusticia de un dogma en cuyo nombre habían de quedar destrozados sus corazones, y esto, por nada y para nada, supuesto que al casarse a nadie ocasionaban perjuicio. A medida que este raciocinio se precisaba en su cerebro, sentía crecer en su interior un instinto de rebeldía hasta entonces desconocido para él, y que le llenaba de extrañeza. Hasta ahora su actitud respecto de la Iglesia había consistido en la veneración indiferente — valga la expresión —, muy frecuente en las familias de la burguesía parisiense, en las que la huella hereditaria sobrevive a la creencia. Semejante sumisión a las ritualidades exteriores, está muy próxima a la total desafección. Testigo de ello es la facilidad en aprovecharse de la ley del divorcio. Lo que ahora experimentaba Graffeteau era un verdadero acceso de odio. Seguía andando, empalmando caminos y senderos, volviendo sobre sus pasos y no dándose cuenta de ello. Proyectos de frases se elevaban y se derrumbaban en su interior. Las palabras, escogitadas apasionadamente, que habían de convencer a la joven, surgían y se esfumaban, subían y caían lastimosamente maltrechas. Una letal fiebre interior le empujaba hacia adelante, siempre hacia adelante, sin que advirtiera que el sol se ponía, que la noche llegaba a más andar, y le mantenía ajeno a sí mismo, y ajeno a los lugares y

al curso de las horas. No salió de esta verdadera hipnosis hasta que dió con su persona en el pueblo de Carqueiranne, deslumbrador de luz eléctrica. La inundación de claridad le sobrecogió al salir de la sombra de los bosques. De improviso se dió cuenta de que era ya noche cerrada. La hora de cenar en el Sanatorio había pasado. Pensó en que después de la solemnidad del día, la comida familiar se habría convertido en un pequeño festejo entre compañeros. Su ausencia, sin duda, daba lugar a comentarios. Su proceder resultaba poco cortés y constituía una infracción de la fraternidad militar, a que rendía culto desde que en las trincheras llegó a saborear su viril encanto. ¿Qué le importaba eso ahora? Una idea única ocupaba su imaginación al emprender el camino de regreso: al día siguiente y si no al siguiente, al otro día, habría abandonado el *Monte de los Pájaros*. Al marcharse, ¿sería o no sería novio de Lazarina? En aquellos mismos momentos, Teresa Alidiere, llegada a Tolon para cenar allí con Faverolles, encontraba la oportunidad de ir hasta la estación, con el pretexto de comprar periódicos, y extrayendo del manguito la carta dirigida a su ex marido, la deslizaba en el buzón a hurtadillas, para que llegara antes a su destino.

Parece que ciertos destinos, en horas determinadas, atraviesan períodos en que es inminente la catástrofe y producen la impresión de ser juguetes de la fatalidad. Muy falsa es esa impresión, porque nuestros hados, prósperos o adversos, son casi siempre obra nuestra, o sea la suma, de improviso realizada, de nuestras cualidades y de nuestros defectos. Nuestra suerte no es, en la mayoría de los casos, otra cosa que el escorzo de nuestra persona. Las trágicas complicaciones con que Graffeteau iba a luchar, habían sido preparadas

por él mismo, por su debilidad de antaño y por su silencio de ahora. No las preveía, ciertamente, y cuando al siguiente día, que era Domingo de Ramos, se despertó de un sueño febril y tardío, no era la expectación de tal carta lo que le hacía preocuparse con la llegada del correo. Temía una fulmínea contestación de Brissonnet, en la que éste le anunciara la inmediata ejecución de su amenaza. Que el general hubiera revelado la verdad al padre de Lazarina en el primer arrebato de su cólera, equivalía a encontrarse cerrada la *Casa Verde* y a hacer imposible toda nueva entrevista con la joven. Bien pronto sabría el enamorado a qué atenerse. Faltaban cuarenta minutos, y una vez transcurridos, a eso de las diez, por el camino que formaba un recodo más allá, entre las sensitivas, las chumberas y los mirtos, aparecería, como de costumbre, el peatón de Hyeres, con su bastón empuñado y la balija a la espalda. Para dar pábulo al frenesí de su impaciencia, Graffeteau — era la hora de misa — se encaminó a la capilla, con la esperanza, insensata después de la entrevista de la víspera, de que la señorita Emery se encontrara en ella.

— ¡Qué tontería! — se decía al retirarse no bien entreabrió la puerta. Una ojeada le bastó para comprobar la ausencia de la que iba buscando. — Después de mi comportamiento, ¿cómo ni para qué había ella de venir? — Y repitiéndose en voz baja por centésima vez las palabras que ella había pronunciado indudablemente — no soñaba él, no — «¿De modo que usted no me ama?» continuaba: — ¿Por qué ¡ay! no la contesté: Pero sí, sí la amo a usted, locamente, apasionadamente, únicamente? ¿Por qué allí mismo no nos desposamos, mediante uno de esos compromisos que una mirada, un suspiro, una presión de manos consagran para siempre? Hoy, y aun supuesta la acu-

sación de Brissonnet, tendría el derecho de hablarla, de explicarme, de convencerla. En tanto que ahora...— pensaba en la cita pendiente con el médico para obtener su alta definitiva — ahora va a ser preciso que yo mismo vaya a solicitar la orden de abandonarla, de volver allá... — Como al fulgor de un relámpago, la visión de la trinchera surgió en su memoria, y con ella, la del asalto, la de la metralla, la de los cadáveres por doquier, la de su posible muerte. — ¿Y si perezco allí? — Una indecisa sombra de arrepentimiento pasó sobre su alma. La osadía que meditaba — los esponsales en el divorcio, el atentado en el corazón de la joven al respeto filial, a la obediencia religiosa — se le apareció como una enorme insania, toda vez que incierto sobre su porvenir y hasta ese extremo, no podía decir: — Ocurra lo que ocurra, será usted feliz por la fuerza de mi amor. — Movió pensativamente la cabeza. Para ahuyentar ese motivo de escrúpulo, evocó de nuevo las lindas facciones conmovidas, la fija mirada, el perfil de la joven sentada en el banco y envuelta en el perfume de las sensitivas y bajo sus flores de oro. Una vez más se realizó el funesto sortilegio que tantas conciencias ha extraviado: — Me ama. La amo. Esto es lo único verdadero que hay en el mundo.

— Sepamos por lo menos qué tiempo me queda para obrar. Son las diez. El doctor Mauriel debe haber llegado.

Pronunció estas palabras en voz alta, para imprimir a su determinación más afirmativa realidad, y se dirigió apresuradamente hacia una puerta pintada de gris sobre la cual se leía un rótulo de grandes letras negras, que decía: *Salón de consulta*. Allí se detuvo, con el pecho oprimido, como un acusado ante el dintel del tribunal donde el juez va a notificarle su sentencia. Al golpe nervioso con que llamó, contestó una voz

conocida: «Adelante», y atravesó el umbral de la habitación con ese desfallecimiento íntimo que ocasiona la presencia de lo irreparable. No bien entró, el médico le estrechó ambas manos diciéndole:

— ¡Hermoso día el de ayer para usted, capitán Graffeteau! ¡Cuánto lamenté no estar presente! Pero ya lo sabe usted; hay enfermos, muchos enfermos en la localidad y casi no hay médicos. Mis tardes no me pertenecen. Apenas doy abasto a la clientela. Afortunadamente, estoy aquí como suplente profesional.

Los dos comandantes de Sanidad, adscriptos oficialmente al hospital, estaban, en efecto, enfermos hacía quince días, y el doctor Mauriel hacía sus veces. Este, ex médico de Marina, establecido en Hyeres, su ciudad natal, después de retirarse del servicio, era un hombre de sesenta y cinco años, bajo, delgado, y dotado de una persistente agilidad de movimientos, que producía la impresión de una juventud cabalística. Creía debido a la dignidad profesional, no prescindir de la levita; pero acostumbrado a pasear en bicicleta por higiene, cubría su cabeza unas veces con un sombrero flexible y otras con un panamá. El contraste que ofrecían tales sombreros y las pinzas que estrechaban los bajos de su pantalón, con la solemnidad de la ceremoniosa prenda, hubiera sido cómico, si de toda su persona no hubiera emanado esa dignidad que los meridionales nacidos en buenos pañales saben conservar siempre. Mantiénese en ellos, procedente del heleno de pura raza, una mezcolanza singular de campechanía y de urbanidad, de vivacidad y de dominio de sí mismo. Mauriel era, desde años atrás, el médico de la familia Emery. Se recordará que Lazarina estampó su nombre en la carta en que refería a su hermana su esperanza, su atrevimiento y el rayo de su decepción. Si el buen hombre, que la tuteaba y que la profesaba

un cariño casi paternal, hubiera conocido la escena de la víspera, a buen seguro que no hubiera puesto a Roberto la cara de simpatía que le puso y que a éste en aquellos momentos ocasionaba extraña turbación. En ello discernía una adivinación. El sagaz facultativo sospechaba evidentemente la novela iniciada entre ambos jóvenes. Sentía, por lo que él imaginaba no ser otra cosa que un idilio tímido e infantil, una indulgencia cuya exteriorización cordial ofendía a su visitante. Ciertas benévolas ilusiones del prójimo sobre las interioridades de nuestra existencia, nos hacen aparecer a nuestros propios ojos con puntas y ribetes de impostores. Preferiríamos la desconfianza y la hostilidad.

— ¿De modo que venimos a recoger nuestra alta? — decía el doctor —. ¿Queremos dar el bautismo de fuego a la cintita colorada? Me parece muy bien, muy bien... Pero... — y frunció los labios — se trata de averiguar si estamos o no en estado de hacer valentías. Desabróchese y le auscultaré.

Y mientras el joven lo efectuaba, prosiguió diciendo: — Examinaremos el pecho por pura fórmula. Ya se lo dije a usted y estoy seguro de mi diagnóstico: el pulmón está curado. Es muy aparatoso eso de que una bala entre por el dorso y salga por cerca de la tetilla. En el caso presente la herida ha cicatrizado maravillosamente. Lo que hay que vigilar es el corazón. La bala pasó muy cerca de él. También se lo dije y ahora se lo repito: esto no constituye un peligro, pero impone precauciones. No debe usted volver al frente hasta que este caballerito se conduzca juiciosamente.— Había posado su rugosa mano, tachonada de pecas rojizas, sobre el blanco torso del joven, en el cual un disco sonrosado señalaba el sitio por donde había salido el proyectil. — El otro día, se manifestaba el corazón un tanto nervioso. ¿Está hoy más tranquilo? —

Había inclinado la cabeza canosa y aplicaba el oído al costado, tan pronto en un sitio como en otro. — Me veo obligado a retenerle a usted — dijo irguiéndose— . Oh, no por mucho tiempo, por ocho días quizá. En conciencia, está usted necesitado todavía de descanso. Sobre todo, no sienta usted aprensión. No tiene usted nada, absolutamente nada, ni roce, ni soplo, ni retardo; solamente se sigue advirtiendo algo de aritmia. — Volvió a aplicar el oído al pecho del oficial. — Atienda usted: uno, dos, tres, cuatro...— un traspiés. — Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis — un traspiés... Puede usted abrocharse. De modo que ya lo sabe usted: descanso, necesita usted más descanso... ¿Ha fumado usted estos días? — No. — ¿Y excesos en el régimen? — No... — ¿Y emociones fuertes? Vamos, el médico tiene algo de confesor.

— ¿Yo? ¡Qué ocurrencia! — dijo Graffeteau abrochándose. Al hablar el doctor de un plazo de ocho días, el recuerdo de su promesa a Brissonnet cruzó por su imaginación. A sus labios afluyó una frase que no llegó a pronunciar: «Doctor, me conformo con seguir descansando. Además del *Monte de los Pájaros* existen en la costa otros sanatorios. Deseo marcharme de aquí. Tengo mis motivos para ello. Envíeme a otro sitio.» Pero el médico, al interrogarle acerca de sus «emociones», había exhibido una de esas sonrisas de semicomplicidad, que resultan intolerables para una sensibilidad apasionada. El joven se volvió hacia el espejo, aparentemente para acicalarse, y en realidad por no afrontar la sonrisa y la mirada que la acompañó. Se oyó a sí mismo, como en sueños, consumar el incumplimiento a la palabra dada, y repetir: — No, ninguna.

— Mejor que mejor — dijo Mauriel, insistiendo en su molesta simpatía — o peor que peor. Si yo estu-

viera en el lugar de usted... — se contuvo en firme ostentando una discreción que a Graffeteau resultó aún más molesta, y en tono de broma añadió:

— Déme usted sus treinta años si no sabe aprovecharlos.

Luego, recobrando la entonación profesional y bonachona, prosiguió:

— Ya ve usted que no le miro como cardíaco, supuesto que con harta claridad le aconsejo que se enamore... con buen fin, por de contado. ¡Me dirá usted que pensar en casarse cuando se va a regresar al frente!... Pero, ya sabe usted que soy optimista recalcitrante... Tengo en la vida fe inquebrantable. Se habla mucho de la crisis de natalidad que atravesamos. Si los franceses no tienen hijos, débese a que no sienten esa fe. Temen lo que pueda sobrevenir. Ocurrirá lo que haya de ocurrir. Empecemos por esperar. Tenemos los provenzales una canción de nuestro Mistral, la de *La Copa* — ¿no la conoce usted? —, que dice así:

«Vuejo-nous lis esperanço
Et li raive dou jouvent,
Dou passat la remembranço
E la fé dins l'an que vèn...»

Cantó esa estrofa usual en los banquetes de los felibres con voz ardiente y tan juvenil como sus ademanes.— No ha entendido usted los versos, como es natural. Dicen: *Vuelve a nos las esperanzas, — Y los sueños juveniles, — Del pasado los recuerdos, — Y la fe en el porvenir...* — Después, con gravedad y con la entonación de resignada melancolía que revela en las personas de edad avanzada el misterio de recuerdos indelebles, agregó: — Crea usted en la vieja experiencia de un hombre que no se ha casado. No debe dejarse escapar la ocasión. No siempre vuelve a presentarse.— Y acompañó a Graffeteau hacia la salida.

— Decididamente — exclamó al abrir la puerta — todos los condecorados ayer se han citado hoy en mi despacho.

Quien llegaba ahora era un oficial, amputado de una pierna que se adelantaba apoyándose en sus muletas. Le seguía una joven, cuyo semblante demacrado y radiante, denunciaba largas semanas de horrible ansiedad repentinamente calmada. Acompañábanla dos niños, de faz excitada, como de criaturas que toman parte en una grande alegría familiar, que conocen, que respiran, que viven, sin acabar de comprenderla.

— Viene usted a despedirse, señora Dupuis, y usted también, mi teniente, — dijo el doctor —, y tiene usted la amabilidad de traerme a mis lindos amiguitos. — Y apartándose para dejar franco el paso a los recién llegados, se despidió del otro con esta frase pronunciada a media voz: — ¿Ha visto usted cómo miran a su papá y lo orgullosos que están de él? ¡Vamos! ¿No le da a usted envidia?

II

¡Qué contraste entre la tragedia íntima que entrañaban las relaciones de Graffeteau con Lazarina Emery y la simplicidad un tanto vulgar, pero franca y sana, del doctor al animarle a pedir su mano! El oculto sentido de sus últimas palabras era harto claro. El enamorado apenas se dió cuenta de la irónica punzada que envolvían. La impaciencia de la llegada del correo se sobreponia a todo. Había empezado por rebelarse contra la falta de tacto del médico, pero ahora, de su certera alusión le quedaba tan sólo una evidencia: la de que el sentimiento de la joven respecto de él saltaba a la vista de todos. Esta confirmación, que ciertamente

no necesitaba, le exaltaba más todavía. ¡Ocho días! Disponía ahora de ocho días para inclinarla a los secretos esponsales, si Brissonnet no había escrito. De improviso, experimentó en el pecho una grave opresión. Su corazón empezó a palpitar con tan extrema agitación, que se hubiera alarmado, sin duda, a no hallarse bajo la anestesia de la idea fija. El administrador del hospital aparecía en la escalera, llevando en una mano un paquete de cartas, atado con un bramante. Con la otra conducía a Duchatel, quien, con la cabeza echada hacia atrás y mostrando las dos sangrientas cicatrices que ocupaban el lugar de los ojos, seguía a su lazarillo, tanteando los escalones con el bastón.

— Aquí hay una carta para usted, capitán Graffeteau — dijo el administrador.

Desanudó el paquete y entregó al oficial un sobre largo, fino y azulado, cuyo solo aspecto demostró a éste que no procedía del general. Lo asió y reconoció con estupefacción la letra de Teresa Alidiere. En aquel momento Duchatel le preguntaba:

— He sabido que estaba usted con el doctor. Vine al encuentro de usted para saber cuándo le da el alta.

— Pasados ocho días — contestó Graffeteau.

— ¡Cuánto lo celebro! — exclamó el ciego. Luego continuó: — ¡Hermosa mañana nos hace! ¿Quiere usted que demos un paseo por la terraza? Deme usted el brazo para bajar. Así — y su ademán acompañaba a sus palabras —. El bueno de Julián terminará el reparto del correo. Le entretuve haciéndome guiar por él. Todavía no me he acostumbrado a estar ciego. Un ciego debe tener paciencia, esperar... ¡Oh! ¡Ya aprenderé a serlo!... Pero sentía impaciencia por saber cuánto tiempo estará usted aún con nosotros. Suponía que veinticuatro horas. Son ocho días. Sí; estoy contento,

muy contento... — repetía a la vez que trasponían por la escalera —. En rigor, puedo bajar solo agarrándome a la baranda. Lea usted tranquilamente su carta.

— Muchas gracias — dijo Graffeteau, y ambos empezaron a descender, el ciego asegurando sus pisadas, conforme dijo, y el enamorado de Lazarina recorriendo con una rápida ojeada las frases que su ex mujer empleaba intentando recuperar su antiguo predominio. La peligrosa hembra se había esmerado en hacerlas capciosas, acariciadoras, indecisas. ¡Estaba tan segura de que él seguía amándola! ¡Cuál hubiera sido su asombro si hubiese visto el desdén con que agitó la cabeza durante la lectura! No mintió Graffeteau al afirmar a Brissonnet que aquella mujer no existía para él. Apenas se enteraba de las falaces protestas de arrepentimiento que la carta le traía. Teresa no le hablaba de ninguna persona que para ambos fuera conocida en la localidad. Decía haberse enterado de su presencia por los periódicos. Ello era una garantía, momentánea, al menos, contra el peligro de cualquier referencia que pudiera surgir. Guardó la carta en el bolsillo, lanzando un suspiro de consuelo. El oído suprasensible de Duchatel, hizo adivinar a éste, por el rumor del papel al ser plegado, que la lectura había concluído. Siguió diciendo:

— He aquí otro extremo por donde flaquea mi educación de ciego. ¿Querrá usted creer Roberto, que pensar en una carta, escrita, enviada y recibida, me hace un daño espantoso? Ya sé que para nosotros existen sistemas especiales de lectura y escritura. Los aprenderé. Otro tanto harán mis amigos, como lo ha hecho la señorita Emery. Pero eso no será la escritura que tengo conocida. ¡Es una cosa tan viva un escrito! Es un ademán, una persona. Una carta le mira a uno con

sus ojos y yo no tengo los míos para recibir y devolver esa mirada.

Trasponían la puerta de la terraza al proferir el inválido este lamento humilde y desgarrador. Era la primera vez que Graffeteau se encontraba en el jardín desde que escuchó la conmovedora declaración de Lazarina, de aquella Lazarina que Duchatel acababa de nombrar. Acompañado de cualquier otro camarada, habría instintivamente rehuído pasar por la alameda en donde vió surgir y adelantarse a la joven. Volver, no siendo a solas, a aquel rincón del mundo, único por siempre para él, le hubiera parecido una profanación. Pero el hecho de que el aspecto de las cosas no llegaba al ciego, permitía al enamorado forjarse la ilusión de la más completa soledad. Apesar suyo, como hipnotizado por una atracción irresistible, encaminaba los pasos de ambos hacia aquel paseo, y cuando llegaron a las inmediaciones del banco, dijo a su compañero: — Sentémonos. — Los recuerdos de la víspera se precisaban hasta la alucinación. A despecho de todas las amenazas, sentíase invadido por una impresión de juventud, de expansión, de beatitud, al respirar aquel ambiente primaveral, saturado de perfumes, al contemplar el paisaje, las flores, los árboles y el Mediterráneo en lontananza, y al pensar en que era amado. Y así, sintiendo en alta voz, dijo:

— ¡Cuánto compadezco a usted, Duchatel, por no poder contemplar la hermosura de esta mañana!

— Sí — contestó Duchatel —. Es una dura prueba la de verse envuelto en tinieblas para siempre. No la hubiera soportado si no *creyese*. Sé cómo piensa usted, Roberto. No he olvidado nuestra larga polémica en nuestra tienda, la víspera del ataque de Champagne. Nos dábamos cuenta de que podíamos perecer en él. Y realmente no estábamos equivocados. — Y esbozó

una sonrisa que imprimió una expresión patética a su fisonomía juvenil y mutilada. — He recordado a menudo las objeciones de usted. Nunca llegaron a perturbar en mí la evidencia que da la plenitud de la vida interior. Ahora, sobre todo, cuando no tengo más vida que esa, ¡cuán perfectamente conozco lo que la esteriliza, lo que la enriquece, lo que la limita, lo que la exalta! No ha asistido usted a la misa. Lo lamento. Hubiera usted oído la lectura del Evangelio de la Pasión y hubiéramos podido comentarlo. Así me hubiese sido dable expresar mejor la impresión que en mí ha hecho esta mañana. Reconozca usted, Roberto, que todo nos demuestra hallarnos en un mundo decadente. Sí, todo nos lo prueba; nuestro entendimiento que investiga y no habla; nuestro corazón hambriento de infinito y constantemente manchado por la sensualidad; nuestra carne que sufre, que envejece, que ha de morir, y que, sin cesar también, tienta y perturba el espíritu. Entre esta vida de larvas, con su amalgama de cieno y de tinieblas, y la otra, la vida de luz, la vida eterna, no existe camino llano y fácil. Es preciso que algo en nosotros se destroce y sea ofrendado como sacrificio. Entonces el dolor tiene ya sentido. Nos aparece como iniciador. Nos incorpora a la gran Víctima, a Aquel que el evangelio del día nos presenta ofrendando su cuerpo, ofrendando su sangre, por la mayoría de la humanidad, por usted, por mí... Y sus discípulos dormían, mientras El sudaba sudores de muerte. ¿Cómo quejarnos nosotros de nuestra soledad? Y el mejor de entre ellos, le negó. Otro le traicionó. «Amigo, ¿a qué viniste?», dijo a Judas. «¡Amigo!» ¡Qué palabra! ¿Cómo podremos emplear nosotros, después, palabras de odio contra los que nos engañan? El conoció, como nosotros, el silencio pavoroso del universo ante nuestra agonía. «¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?»

Cómo El, hemos de ser crucificados para resucitar. Cuando se posee esta clave de la vida, nada hay que no se acepte, que no se explique. Perdí la vista. ¡Al escuchar ese Evangelio, comprendía que esa tribulación es una gracia más!

Graffeteau oyó al ciego sin interrumpirle. Mostrábase el rostro del infeliz exaltado de alegría, que él adivinó ser tan profunda y ardiente como la suya. El comprobarlo producía en él impresión análoga a la que la pupila experimenta al mirar sin intervalo un color más intenso después de otro, el rojo después del rosa, por ejemplo. Ya en el curso de su discusión en el campamento, que tan exactamente recordaba, le reveló Duchatel qué intensidad puede adquirir la emoción religiosa en un corazón creyente. En el instante aquel, y no necesitando para sostener su valor el apoyo de la fe, el estado de alma de su compañero no había despertado en él más que asombro y curiosidad. Después de sus meditaciones de la víspera y de la noche anterior, y de su determinación de proponer a Lazarina unos esponsales que excluían la posibilidad de un matrimonio religioso, tal estado de alma debía de interesarle de bien distinta manera, de un modo personal. Con ese escollo iba a tropezar en la joven. Durante el insomnio de la noche pasada, cuando imaginaba su conversación con ella, no concebía más que una discusión de ideas. Duchatel, con sus palabras, con su acento, con su expresión, le recordaba que para las conciencias sinceramente creyentes y piadosas, la religión no es tan sólo una verdad. Es una vida, vida de certidumbre y de ternura, de consuelo y de esperanza. Algunos días antes, una formidable tempestad desoló las costas de Provenza. El mistral derribó un abeto que aun yacía a unos cincuenta metros de distancia del banco en que conversaban ambos oficiales. En tan-

to que Duchatel hablaba, contemplaba Graffeteau el árbol caído, cuyas mil tiernas raíces puestas al descubierto, mostraban ahora sus fibrillas descarnadas y rotas. Una obsesión irresistible le asoció súbitamente al obscuro y mortal dolor, al desgarramiento que había debido de sentir aquel pobre ser vegetal, cuando la violenta sacudida rompió las ligaduras que le unían al noble y próvido terruño. Desarraigar la fe de un alma, ¿no era acaso también desgarrar, lacerar, romper mil vívidas y dolorosas fibras? Y desarrollando el pensamiento, casi a pesar suyo, formuló Graffeteau esta pregunta:

— ¿De modo que me aborrecería usted si mis objeciones hubieran llegado a convencerle?

— No podían convencerme — contestó Duchatel—. No cabe dudar de Dios cuando se siente su presencia, como no se duda del sol cuando nos calienta con sus lumbres. — Y se acariciaba el rostro bajo los tibios rayos, invisibles para él y que bajaban a envolverle a través de la delicada hojarasca de la sensitiva.

— Hay personas, sin embargo — dijo Graffeteau—, menos firmes, y que pierden su fe sin echarla de menos.

— ¿Sin echarla de menos? — interrumpió Duchatel —. Entonces, será que nunca *creyeron* de veras; será que su vida religiosa no ha sido más que fórmula, moda, rutina. Lo repito a usted: cuando se ha sentido presente a Dios en la Iglesia, en el Evangelio, en la Eucaristía, en la propia alma, perderle, perder el contacto con su presencia, ¡qué rebajamiento, qué nostalgia significa!

— Pero, en el mundo existe algo más que la vida religiosa — replicó vivamente Graffeteau. Cada palabra de Duchatel le hería como si fuese un reproche a su audaz determinación. Y con expresión de rebeldía, como defendiéndose a sí mismo, insistió: — Existe

la vida, la vida a secas, con sus humanas alegrías —vaciló un instante — y la más profunda, la más potente de todas ellas: el amor.

— Para que esas alegrías se completen y perfeccionen — respondió Duchatel apacible y gravemente — ha de participar en ellas la Religión, purificándolas. ¿Habla usted del amor? Para que el amor sea feliz, en el sentido total de la palabra, es indispensable el matrimonio.

— Puede existir el amor fuera de él — interrumpió Graffeteau.

— Indudablemente, pero no será del todo feliz, porque es culpable.

— Sea. Pero el matrimonio puede ser sólo civil, y prescindirse de la Religión — y espiaba en el rostro de su interlocutor el efecto de sus palabras, que para él revestían tan serio alcance —. Por ejemplo, una joven se encuentra con un hombre divorciado. El la ama. Ella le ama. El se casa con ella fuera de la Iglesia, contra la Iglesia. ¿No puede ella acaso gozar con él de amor y felicidad completos?

— Precisemos, Roberto — dijo Duchatel —; ¿qué és lo que discutimos? La posibilidad de reemplazar las alegrías y satisfacciones de la fe, con las del amor. ¡Pues bien! Yo digo a usted, que si la mujer de nuestro supuesto es católica ferviente, no hallará la felicidad en ese matrimonio, aun dando por hecho que ame a ese hombre lo bastante para casarse con él. Digo más: no la concibo escuchando sin indignación semejante ofrecimiento. Pero concedamos que pasa por todo. ¿Qué estimación ha de hacer de sí misma sabiendo que está en falta, en pecado? Todas sus satisfacciones resultarán emponzoñadas, empezando por la constante evidencia de que no está casada. Porque para nosotros, es decir, para ella y para mí, no hay

matrimonio válido sin sacramento. Los remordimientos la aniquilarán.

— ¿Y si el amor los ahoga? — interrumpió Graffeteau.

— Resucitarían con el primer hijo. Ella se diría: «No es legítimo.» Pensaría en la gran ley de la reversibilidad. Y continuaría diciéndose: «Expiará por mí» Bastará que el niño enferme para que piense: «Culpa mía es.» Si llega a morir, se dirá la madre: «Yo le maté.» En cada tribulación que les abrumara, a ella y a su marido, vería siempre un castigo.

— Entonces — preguntó Graffeteau —, ¿qué contestaría usted a un amigo divorciado que le pidiera parecer sobre un segundo matrimonio?

— Le diría: «No está usted libre.»

— Y si contestara a usted: «Me considero como tal.»

— Entonces cásese usted con una mujer que piense de igual manera, pero no trate usted de inducir a una creyente a semejante unión. Serían ambos muy desgraciados.

Pareció turbarse, y luego con amistosa afabilidad un tanto intimidada, insinuó: — La voz de usted ha cambiado, Roberto. Ya sabe usted que desde mi desgracia tengo gran sensibilidad para apreciar los más leves matices de entonación. ¿Tendría usted que reprocharse, tal vez, haber aconsejado a alguien el matrimonio en el divorcio?

— ¡Nunca! — exclamó Graffeteau con arrebato —. Hablaba en teoría. Todos estos problemas me interesan...

La misma sensibilidad que advirtió Duchatel en la extrema turbación de su camarada, le impidió continuar la discusión, a pesar de lo rotundo de la negativa, cuya entonación le impresionó. Cuando ambos oficiales, media hora después, regresaron al oír las campa-

nadas que anunciaban el desayuno, hablaban sobre un tema que les era más habitual — sobre este terreno estaban seguros de no chocar —: la guerra. Suscitaban los recuerdos de la trinchera, los compañeros desaparecidos, los generales bajo cuyas órdenes combatieron. El nombre de Brissonnet llegó a ser pronunciado. Nuevamente — lo observó Duchatel — cierta contrariedad alteró la voz de su interlocutor.

— ¿Qué le ocurre a Graffeteau? — se preguntaba cuando al fin se separaron. ¿Será el abandonar a la señorita Emery lo que le pone tan nervioso? ¿Pero por qué se irrita de esa suerte al tratar de cuestiones religiosas? ¿Le habrá reprochado ella su incredulidad? ¿Y Brissonnet? ¿Qué resentimiento puede tener con él? Sin duda habrá insistido en apremiarle para la partida. Volver al frente es tanto como ausentarse de aquí, dejar de ver a esa joven. ¡Qué hermosa debe de ser, si su rostro se asemeja a su voz! Se aman. Basta oírles cuando se hablan, para comprenderlo. Se aman y no se desposan. ¿Por qué? ¿Será que no quiere ella ligar su existencia a la de quien no practica? Así se explica todo. ¡Dios mío! ¡Si me atreviera a abordar con él este asunto! Le ayudaría a ser feliz, a él que tiene derecho a serlo, en tanto que yo...

¡Melancólico retorno sobre el propio infortunio, pero que en su generoso corazón no se mezclaba con ningún sentimiento de envidia! Su preocupación, después del diálogo de aquella mañana, continuaba siendo tan viva, que no lograba desentenderse de ella; y así, antes de salir para asistir a las Vísperas, según lo efectuaba todos los domingos, se puso en busca de Graffeteau. Aunque su primer conocimiento no se remontaba más allá de diez y siete meses, le profesaba una de esas profundas amistades que la guerra engendra. Nuestros mayores inventaron para ella la exacta ex-

presión de «hermanos de armas». Tales amistades no necesitan ni duración ni el conocimiento de los caracteres que se funda en una dilatada observación. Se basan en la comunión del peligro y en la recíproca evidencia del valor, que pone de relieve, en efecto, lo mejor del hombre, aun cuando no todo lo que es el hombre. Lo que Duchatel vió en Graffeteau, fué el hombre nuevo, regenerado por el deber militar, del que el ex marido de Teresa hablaba en su carta a Brissonnet. No se preocupó de un pasado del cual jamás le habló su amigo y que tampoco era conocido por ninguno de sus camaradas de regimiento. La boda de Roberto se celebró en su día en la más estricta intimidad, a causa del reciente fallecimiento de su madre. El autor de sus días, alto empleado de un importante Banco y que a fuerza de trabajo había creado su propia personalidad, tenía tan sólo un reducido círculo de amistades y relaciones. Siguiendo un plan preconcebido y para evitar una publicidad escandalosa, había ocultado cuidadosamente el divorcio de su hijo. Aunque Duchatel hubiera residido en París en lugar de vivir en Lyon, sólo una improbable casualidad le hubiese puesto en autos de semejante episodio. Aquella misma mañana, según se ha visto, ni por un momento cruzó por su imaginación la hipótesis de que el divorciado imaginario pudiera ser el mismo Graffeteau. Tal ignorancia absoluta de sus antecedentes por parte de un amigo muy reciente, pero muy querido, había sido grata hasta entonces a Graffeteau. Los caracteres extremadamente impresionables como el suyo, son así. La personalidad de esos seres, harto inconsecuente, que varía sin cesar bajo el influjo de las circunstancias, hace de ellos entes complejos y contradictorios. Cuando en la mente de alguien a quien aman se ha formado un prototipo o símbolo de la propia personalidad,

exacto bajo ciertos aspectos, incompleto desde otros puntos de vista, les resulta molesto que esa imagen sea modificada. La mantienen con su silencio. Sinceramente — y ésta es la distinción de esta clase de naturalezas más ininteligible para los espíritus sencillos— tratan de asemejarse a esa imagen en sus relaciones con quien así se los imagina. En eso, en un intenso deseo de no desmerecer en la estimación de su amigo, radicaba el principio de la influencia ejercida por Duchatel sobre Roberto Graffeteau. La repentina hostilidad adivinada por el ciego en una leve alteración de voz, procedía de un instintivo arrebato de protesta contra esa sugestión. Pero ya, con sólo haber oído a Duchatel, en el enamorado de Lazarina se desarrolló un escrúpulo que gradualmente iba invadiendo todo el campo de su conciencia, conmoviendo, derribando, destruyendo su resolución, tan arraigada ayer y durante aquella misma mañana. Veía distintamente la dolorosa estupefacción del rostro de su amigo, cuando le dijera: «Ya lo sabe usted: el divorciado de quien hablaba a usted el domingo pasado, en el banco del parque, soy yo, y la mujer, es la señorita Emery.» ¡Cómo le despreciaría! También la veía a ella, escuchando aquella proposición de contraer esponsales ajenos a la Iglesia. En vez de fingírsela palpitante e indulgente, la contemplaba ahora en un todo idéntica a la mujer que Duchatel evocara en su conversación, católica ferviente, indignada, asqueada, despreciándole también, no sólo por su proposición, sinó más aún por la mentira de su silencio. No soportaría ninguno de ambos menosprecios, ni tampoco afrontaría aquel drama moral de remordimientos religiosos, cuyas angustias le había descrito su amigo anticipadamente. Tal abjuración de la fe, sería, para una mujer como Lazarina, no una evolución abstracta y fría de la inteli-

gencia, sino una amputación en carne viva, un desarraigo sangriento, harto más cruel que el del árbol cuya silueta derribada le conmovió aquella mañana como un símbolo de la empresa que meditaba. ¿Seguía meditándola? Hasta aquí llegaba en aquella súbita crisis de mortal vacilación, recorriendo su estancia y excitándose con el seco martilleo de sus pisadas, cuando se oyó interpelar a través de la puerta por Duchatel que le decía:

— ¿No sale usted un rato, Roberto? Si usted quiere, podríamos andar juntos buena parte del camino que llevo. Voy a subir a *Nuestra Señora del Consuelo* para asistir a las Vísperas.

— Iré con usted — respondió impulsivamente Graffeteau —. No lleve usted a nadie consigo. Yo mismo le acompañaré a la ida y al regreso.

En su imaginación acababa de surgir la posibilidad de un encuentro. Sabía que la señorita Emery tenía también la costumbre de asistir los domingos a las Vísperas en aquella capilla, y allá quería encaminarse, arrastrado por el hambre de la presencia que en un corazón que ama, acaba siempre por sobreponerse a toda clase de vacilaciones. ¿Qué esperaba? ¿Qué se prometía? Y ella ¿qué haría? Ignorábalo él, pero la vería; y así, como presa de un acceso de sonambulismo, guiaba a Duchatel a lo largo de las pendientes que conducen a Costebelle desde el *Monte de los Pájaros*. Al llegar a un recodo percibió el camino que baja hasta la *Casa Verde*. Creyó desmayarse. Pero nada denunció su turbación. Por temor a la penetración del ciego, cuidábase de guardar silencio. No se engañaba éste acerca de la significación de tal mutismo. Porque también él callaba, con la delicadeza propia de la amistad verdadera. Acercarse mucho a una sensibilidad herida, aun para consolarla, es ocasión de nuevo daño.

Y por eso, ambos oficiales caminaban por entre los lentiscos y los blancos brezos, bajo el perenne verdor de los pinares y bajo la tierna y reciente hojarasca de las encinas. Llegado que hubieron al pie de la escalinata que conduce a la capilla, rompió al fin Duchatel el prolongado silencio para emitir una idea puramente personal, como si durante todo el trayecto no hubiera pensado en otra cosa que en su propio destino:

— Extraña impresión me produce, Roberto, venir a rezar en un edificio del cual nada conozco, ni su aspecto, ni el del paisaje que lo rodea. Sé que esta construcción es romana y que domina un inmenso y lejano horizonte de montañas, y otro más próximo, de golfos y de islas. ¡Poco es esto para mí, que he sido arquitecto! El ideal de mi juventud, figúrese usted, consistía en construir en mi patria, en Lyon, una hermosa iglesia. Jamás se alzará más que aquí... — Y con una sonrisa, heroica en su infantil ironía, se señaló la frente. Y señalando su corazón, agregó: — Y aquí... — Después, con profundo sentimiento, murmuró: — Hasta esto me hubiera usted arrebatado, si sus objeciones hubiesen podido convencerme.

La aparición de Lazarina Emery fué digno comentario de esta rápida y discreta alusión a su conversación anterior. Graffeteau, no bien entró en la capilla, la reconoció por los adornos blancos de su sombrero. Estaba sentada en su sitio habitual, junto al ángulo del pilar. Frente a ella elevábase la imagen de la Virgen cubierta de encajes y de joyas, que desde hace siglos ha hecho de este santuario un lugar preferente de peregrinación para los indígenas de la región y de la cordillera de los Moros. ¿Fué que los oficiales anduvieron despacio? ¿Fué que la solemnidad se había anticipado? Lo cierto es que el acto tocaba a su fin, y la pequeña iglesia estaba llena de ancianos, de ni-

ños y, sobre todo, de mujeres, enlutadas en su mayoría. El centenar de cirios encendidos ante las plantas de *Consuelo*, familiar denominación con que la gente de la localidad designa a la Buena Madre, alumbraba con resplandor casi fantástico los innumerables *ex votos* que cubrían los muros. Graffeteau instaló a Duchatel en un rincón sumido en sombra, desde el cual percibía los más insignificantes movimientos de la joven. Manteníase ésta inmóvil, con las manos posadas sobre el regazo, un dedo entre las páginas del devocionario, y con el rostro mirando al altar con expresión fija y absorta. El albo perfil, tan preciso y juvenil en la media luz del ambiente, mostraba la huella de dolorosa excitación. Era como la imagen visible del alma casi pueril, del alma ardiente y límpida que él arrastró calladamente hacia los revueltos abismos de la vida. Conoció Graffeteau que la joven no se había repuesto aún de la conmoción sentimental que la víspera experimentara. Entretanto, los primeros acordes del *Magnificat* resonaban bajo las bóvedas y la concurrencia se ponía en pie. Lazarina se incorporó con su vivacidad habitual sin esperar a que los demás lo hiciesen. Agitáronse sus labios, pero de ellos no salió sonido alguno. Trató de entonar el cántico, pero se sintió sin fuerzas para ello. Una vez más se esforzó en proferir, como todos los domingos, las santas palabras habituales. Las palabras no podían brotar de su boca. Entonces echó hacia atrás la linda cabecita y cerró los ojos para rezar en voz baja. Graffeteau percibía a distancia la tensión y los estremecimientos de todo su ser. El cántico que ella no acompañaba, por impedírselo la opresión de su pecho y su garganta, haciala vibrar como un harpa, y suplicaba a la Virgen fuerzas y voluntad para olvidar, ¡para olvidar!

«¡Lucha por arrancarse el arma de la herida y soy

yo quien la he herido! ¡Cuán valiente es! ¡Cuán creyente! ¿Para qué intentar nada? Nada he de conseguir. Es un alma toda fidelidad. Tiene razón Brissonnet: ¡es enorme mi delito al haber entrado en su vida!»

El cambio de voluntad, iniciado por las apasionadas palabras de Duchatel, se había ultimado bajo la influencia ¡ay! no del concepto del deber o del honor, sino una vez más, de una emoción. Al menos, era ésta de un orden superior y pudo ser para Roberto motivo de íntima satisfacción. Pero los hombres de esta configuración psíquica no sienten respecto de sí mismos ni estimación ni menosprecio. No juzgan. Sienten. Cuando dos horas después se encontró solo de nuevo en su cuarto, no se le pasó por la imaginación la idea de aprobar el propio valor. Necesitó de él ciertamente para salir de la capilla del *Consuelo* antes que Lazarina y para volver al *Monte de los Pájaros* por el camino de arriba, en donde estaba seguro de no encontrarla. A Duchatel, que en el pórtico de la iglesia le preguntaba: «¿No están ahí los Emery?», contestó: «No los he visto», con entonación tan natural, que el ciego esta vez no sospechó su sufrimiento. Agudísimo era éste, sin embargo, y tendido sobre su cama en la semiobscuridad del crepúsculo, en tanto que por la abierta ventana entraba la agonía del día a confundirse con la propia, aquel soldado que marchó al asalto de las líneas alemanas, afrontando la metralla, con un bastón en la mano y la sonrisa en los labios, sollozaba como un niño.

— ¡Todo acabó! — repetía gimiendo—. ¡Acabó! ¡acabó! — Luego agregaba con furia: — Por lo menos, seré hombre honrado. No volveré a verla. —Después exclamaba dolorosamente: — Mañana, hoy quizá, Brissonnet les habrá informado. Ella me condenará... Más adelante, desde el frente, la escribiré, la explicaré.

Ahora, no. No tendría fuerzas para hacerlo. No encontraría palabras... — Y moviendo la cabeza con el frenesí de las resoluciones implacables, añadía: — ¡Y pensar que he de soportar esto durante una semana! ¡Estar tan cerca y tan lejos de ella! No volveré a salir del hospital ni de mi habitación. ¡Cuánto sufriré! Esto será mi castigo.

Al abismarse en su desesperación, se absolvía ya el desventurado de haber cedido a impresiones embriagadoras y culpables. En medio del tumulto interior que le embargaba, cesaba su irresolución. Recobraba alguna calma. La obscuridad invadía ahora toda la estancia. Hizo girar el conmutador eléctrico, y como el día antes en Carquieranne, consultó el reloj. ¡Cuán aprisa y cuán agitadas habían transcurrido esas veinticuatro horas! Y entretanto, seguía la vida su curso con sus humildes e inevitables exigencias.

— Si no concurro a la cena tampoco esta noche — se dijo —, Duchatel se alarmará. No dejará de interrogarme. En ciertos momentos se creería que él, que nada ve, le ve a uno pensar.

Al pronunciar esta frase reparaba el desorden de su tocado. Al introducir la mano en el bolsillo para sacar un pañuelo, tropezaron sus dedos con un papel arrugado, que era la carta de Teresa Alidiere. La había olvidado. Maquinalmente volvió a leerla. Era tan fuerte la antítesis que resultaba entre los recuerdos que evocaba y sus sentimientos hacia Lazarina, que experimentó un verdadero acceso de odio contra el perfume que despedía, contra el escrito que encerraba, contra la mujer que lo trazó. Se sentó a la mesa, y en contestación a la insinuante misiva escribió las siguientes líneas apresuradamente, cediendo a un impulso brutal como la pasión que le animaba.

«*Domingo.*

»Desconozco el móvil que ha impulsado a usted a escribirme. No vuelva usted a hacerlo. Toda tentativa para aproximarse a mí, será inútil. Si la guerra, de que me habla, existiera verdaderamente para usted, no viviría maritalmente con un «emboscado» cuya indigencia moral la horrorizaría. Si conforme se atreve usted a pretender, se diese cuenta de la desolación que por todas partes nos rodea, no viviría en un lujoso hotel de moda, ni se dedicaría a fumar opio con ese lamentable amante. Como ve usted, estoy enterado de todo. Para ello no he necesitado hacer averiguaciones. La voz pública ha bastado. No continúe usted, pues, representando cerca de mí una comedia repugnante. Ha hallado usted el medio de que me sea más penoso aún su recuerdo. No era fácil lograrlo, ciertamente.

»Tengo el honor de saludar a usted.»

Y firmó, arañando cruelmente el papel con su rúbrica. Pocos minutos después bajaba para echar al correo su carta, antes de dirigirse al comedor. Al ver desaparecer el sobre por la estrecha y larga abertura, experimentó una satisfacción de rencor satisfecho. ¡No sospechaba, no, que cediendo a ese impulso de indignación irreflexiva, acababa de transformar en un drama mortífero y sangriento, el doloroso, pero inocente idilio de su nuevo amor!

III

En tanto que el impulsivo y apasionado Graffeteau, mediante ese acto implacable y duro inferido a una mujer degradada a quien, sin embargo, amó un día, aliviaba su desesperación al perder la joven de quien tan pura como criminalmente se enamorara, ¿qué

pensamiento abrigaba ésta respecto de él y de sí misma? ¿Habría él interpretado fielmente su actitud en la capilla y la tensión de todos sus nervios, tan intensa y angustiosa que las palabras del grande y jubiloso himno habían quedado como heladas en sus labios contraídos? Había adivinado que ella luchaba con el sufrimiento, que trataba de arrancarse el hierro de la herida. Esta comparación era de absoluta exactitud, pero no expresaba la extensión, ni la profundidad, ni la ponzoña de la llaga. En la sensibilidad de las jóvenes existe un elemento impreciso que hace trágicas las primeras decepciones de su corazón. Empleando una locución, vulgar, pero expresiva, no *han vivido aún su vida*. Y por ello no se conocen a sí mismas del todo. Se forjan una imagen interior de su propia personalidad, y ocurre que a menudo la sorpresa de un repentino contacto con la realidad, desordena esa imagen bruscamente. Y eso las desconcierta hasta el pánico, hasta el terror.

«— Pero ¿soy yo quien se ha atrevido a tanto? —» Tal pregunta no había cesado de vagar por la imaginación de la desventurada niña desde el instante en que pronunció la frase irreparable que revelaba su amor. En la carta en que anunciaba a su hermana el peligroso proyecto, trazó un retrato de sí misma en que se veía estoica y valerosa, tal y como conviene a una joven cuyo padre y cuyo amado son militares. Pudo ser esa hembra ideal, pero a condición de sentirse confortada por la confianza y la ternura. La tendencia de su verdadera naturaleza era florecer y expandirse en el ambiente de transparente afecto que siempre conoció. En el choque que acababa de sufrir con lo desconocido, experimentaba simultáneamente la angustia del misterio y el doloroso estupor con que en sí misma descubría una turbación bien distinta del

heroico sacrificio a que en sus ensueños se apercibiera. Rebuscaba su espíritu ansiosamente la clave del enigma que le planteaba el silencio de Graffeteau, y con más empeño aún se buscaba a sí misma, asombrada de no dominarse, de no poseer la interior certidumbre de que tiene conciencia todo ser completamente armónico con el medio en que vive, con sus ideas, con su fe. No se forjaba enfermizos escrúpulos. No se preguntaba: — Al hablar ¿no habré cometido un pecado contra la modestia? — Acostumbraba a decir: — No admito que se tenga miedo de Dios. — Y su alma virginal y piadosa no le temía. Si aquella mañana no comulgó, como acostumbraba a hacerlo los domingos, no fué porque sintiera gravada su conciencia, sino por haber perdido la paz interior. Se sentía muy agitada. Al mismo tiempo y por lógica contradicción, si la cristiana nada se echaba en cara, la mujer, en cambio, sufria en su pudor al recordar su declaración. La sola perspectiva de encontrarse con aquel a quien la dirigió, la abrumaba de vergüenza. Este era uno de los motivos que, durante las Vísperas, la hizo permanecer tan recogida, tan absorta en su plegaria. Un presentimiento, que se negaba a admitir, la advertía de que Graffeteau iría a la iglesia para verla por última vez antes de partir. Porque ella seguía creyendo que se marchaba aquella noche. Pensar en que él se iba para siempre, hacia la muerte quizá, sin que sus mutuas miradas volvieran a cruzarse, helaba, y aliviaba a un tiempo mismo, su corazón.

El temor a esa presencia, posible después de todo, no hizo más que aumentar, a medida que la ceremonia transcurría. Cuando ésta terminó, y cuando el estrépito de las sillas removidas anunció la salida de los fieles, por un instante concibió el propósito de permanecer en su sitio, inmóvil, arrodillada. Si Graffeteau

había venido y no la vió, al no divisarla entre la concurrencia, creería que no había subido a *Nuestra Señora del Consuelo.*

Si había llegado a verla, al observar que no salía, comprendería que deseaba no encontrarse con él.

— ¡Estoy temblando! — se dijo de repente —. ¿Y por qué?

No bien acabó de pronunciar mentalmente estas palabras, se puso en pie. Por instinto y por educación, la cobardía le repugnaba como el más vil de los defectos. Precisamente, su atractivo principal consistía en un conjunto de frágil delicadeza y de sólida energía. Su continente al atravesar la iglesia, sin mirar a nada ni a nadie, tenía un no sé qué de trémulo y de decidido, que le atribuía una gentileza un tanto arisca. Nadie la observó a excepción del coronel Emery, cuya inesperada aparición en el pórtico sorprendió a la joven. No hubiera podido ésta decir si la sorpresa le fué agradable o penosa, ni tampoco si experimentó o no una decepción al verle solo. A la extrañeza que se pintó en su rostro, su padre contestó:

— Figúrate que he subido desde Hyeres con Mauriel. Se encaminaba a San Salvadour en automóvil por aquí, para llegar antes. Le llaman de allí con urgencia: ¡dos casos de tétano! Me alcanzó en el camino y yo me dije: «Voy a recoger a mi Lazarinita.»

Al hablarle, la contemplaba con tierno orgullo que ponía un punto de dulcedumbre en sus ojos sombríos, tan vivaces aún bajo las profusas cejas, morenas como el bigote, en tanto que sus cabellos cortados al rape ostentaban un tono gris acerado. Su rostro flaco y huesudo, ennoblecido por una larga cicatriz, asemejábase, a pesar de sus sesenta y cinco años, al de la joven de veintidós, cuya belleza le enorgullecía, por la finura de sus líneas y la corrección de sus facciones.

Ambos mostraban la nerviosa delicadeza que en ciertas fisonomías denuncia un remoto abolengo sarraceno. El coronel se complacía en referirlo: de siglos atrás viene figurando la familia Emery en los archivos de la antigua ciudad de Colobrieres, situada en el centro de la serranía de los Moros, denominación que perpetúa las leyendas de incursiones berberiscas en aquella región, apenas francesa por entonces. La manera de erguir el talle y de mover la cabeza características en el anciano, evocaban el albornoz del jefe árabe. De toda su persona emanaba una imperiosa autoridad, que hubiera resultado desagradable, sin la llaneza, a la vez expresiva y ruda, de su trato. Con todo esto y, como a menudo acontece a los hombres de acción, que han llevado una vida dura y movida, era tímido en extremo para todo lo referente a achaques sentimentales. Lazarina conocia esa singularidad de su carácter. Estar conmovido, equivalía, para él, a estar molesto. Por eso experimentó alguna inquietud al observar cierto embarazo en la actitud de su padre cuando emprendieron su paseo por el sendero que a través de los pinares había de conducirles al camino de la *Casa Verde*. Visiblemente vacilaba al tratar de un asunto que le preocupaba.

— ¿Sabes lo que acaba de decirme Mauriel? — dijo al fin —. El capitán Graffeteau no se va del *Monte de los Pájaros* hasta dentro de ocho días. Sí. Mauriel opina que necesita más descanso. No se trata, al parecer, más que de neurastenia y algo de neurosis del corazón. En efecto, durante el acto de ayer, le encontré pálido y delgado. Me explico, si está enfermo, que no le hayamos visto estos últimos días. ¿No te había llamado eso la atención?

Lazarina sintió un temblor interior. Temía una indagatoria a la cual le sería odioso contestar e imposi-

ble sustraerse. Incapaz de mentir, respondió sencillamente:

— En efecto, no me explicaba su ausencia.

El coronel no insistió. Los procederes de su hija le parecían cada día más extraños. Viéndola tan triste desde hacía veinticuatro horas, trató de interrogarla en diversas ocasiones. En cada una de ellas retrocedió, como ahora, ante una pesquisa que habría de tocar tantos y tan delicados extremos. Los padres y los hijos que se asemejan mucho — como en este caso ocurría —, no inician entre ellos, sino con suma dificultad, los temas que cordialmente les interesan. Temen sentirse sentir demasiado. Además, carecía el padre de un elemento esencial para fundamentar sus determinaciones sobre el posible enlace de Lazarina y Graffeteau, suponiendo que ésta amara sinceramente al joven: del testimonio de Brissonnet, esperado en vano uno y otro correo. En lugar, pues, de ahondar en sus investigaciones, siguió diciendo:

— Tampoco he visto a Duchatel al salir de las Vísperas. Y tú ¿no le viste?

— No — dijo Lazarina. — Harto comprendió el objeto de la nueva pregunta: quitar toda significación personal a la anterior. Se dijo: «Algo sospecha.» Después, con esa osadía que en las naturalezas leales es movimiento espontáneo cuando tropiezan con un equívoco, se preguntó: «¿Si yo me anticipara a hablar?» También ella retrocedió, obedeciendo al mismo instinto que paralizaba a Emery. Si le hablaba, sería preciso decirlo todo; confesar no sólo su amor, sino todo lo demás; la declaración y la actitud de Graffeteau. Por adelantado sintió el dolor que heriría a su padre, tan orgulloso de ella, ante la humillación sufrida; y así, escudándose con el nombre que el anciano pronunciara, dijo: — Tengo casi terminada la copia de

las *Peregrinaciones franciscanas*, hecha por el sistema de Braille, que he prometido a Duchatel. Realmente, es larga esa tarea para hecha a mano con punzón y sobre tabletas. Precisamente, el capitán Graffeteau me tiene hablado de una imprentilla para ciegos que no exige aprendizaje alguno. Puede manejarse en un rincón de la sala. He pedido un prospecto... — Y empezó a entrar en detalles, con su precisión habitual, sin que su aparente despreocupación engañara al que la oía y sin que ella misma lograra dominar el malestar que la invadía con este nuevo sobresalto. Era éste de tal intensidad, que no bien llegó a la *Casa Verde*, subió a su cuarto. Por lo menos, padecería a solas.

La pequeña habitación, su asilo habitual, hallábase situada en el segundo piso del edificio, y tenía vistas al jardín. Se subía a ella por una estrecha escalera interior, cuyos peldaños estaban enladrillados, conforme al uso de la localidad. Las rojizas baldosas, cuidadosamente enlucidas con aceite de linaza, tenían un cerco de tenues varillas de madera barnizada. En toda la casa reinaba la más exquisita limpieza. Viejos muebles provenzales la adornaban. Sus maderas de nogal, sombrías y lustrosas, las baldosas de los pisos, las esterillas colocadas aquí y allá, los cortinajes de blanca muselina, las albas paredes, todo, en una palabra, imprimía un aspecto a la vez íntimo y severo a aquel hogar de militar retirado. Armas y chucherías traídas del Extremo-Oriente recordaban sus destierros en las colonias, en tanto que ligeras acuarelas, impresionadas con los paisajes de la montaña, ponían de relieve los talentos que, como aficionada, adornaron a la señora Emery. Impedida ésta por su falta de salud de poder acompañar a su marido al Africa y al Tonkin distrajo de esa suerte las largas horas de su aislamiento. La *Casa Verde* había sido, en tiempos, la clásica

quinta de Provenza, lugar de alejamiento de la ciudad durante los meses estivales y donde podía respirarse el ambiente del mar y dormir largas y saborosas siestas. El padre del coronel, capitán de navío, que allí vivió retirado, y luego el mismo coronel, agrandaron la rústica vivienda a medida que sus necesidades lo exigían y sin pretensiones artísticas de ningún género. Había crecido el edificio a la buena de Dios, y mostraba el original atractivo que presta a las cosas su perfecta adaptación al uso de ellas. Los huecos, escasos, no eran muy rasgados, para rehuir la fuerza del mistral y los ardores del sol. Un largo terrado, orientado hacia el golfo de Giens, invitaba a la dulce languidez de las largas tardes de verano. Cubríala una techumbre sustentada por pilares de ladrillo, por los cuales trepaban rosales Banks y Bougainvilliers, y jazmines blancos y amarillos. Arraigaban estas plantas en enormes jarrones de barro vidriado, que en tiempos sirvieron para cosechar aceite, y que ostentaban su configuración ovoidal, siempre igual a sí misma a través de los siglos en las orillas del gran lago mediterráneo. Así lo atestiguaban dos urnas absolutamente idénticas, allí también colocadas, corroídas por el agua salada, e incrustadas de conchas y madréporas. Fueron pescadas algunas leguas mar adentro, en el lugar donde existió el puerto romano de *Olbia Pomponiana*, y puestas en su sitio actual por Lazarina, que, desde la muerte de su madre y la boda de su hermana, gobernaba aquel diminuto reino. Cuidábase de los más ínfimos detalles con el minucioso esmero que se observa en los conventos. Ello se asemeja a la esclavitud bajo el dominio de la materia, pero es la liberación de ella, mediante la monotonía del hábito y el ahorro del tiempo. Para ejercer esa vigilancia activa y detallada sobre las cosas, tenía la joven otro motivo, además del

de sujetarse a una regla de disciplina. Su tierna piedad de semi-huérfana se esmeraba en mantener la casa y la finca entera, tal y como su madre la dejara. Por eso, todos los años ordenaba la sementera de la misma avena bajo los olivos gigantescos, reliquias de una plantación secular, que se agrupaban hacia la entrada del coto, y la verde ondulación de las espigas se armonizaba con el gris plateado de la hojarasca, puntuado por los obscuros frutos. La rosaleda permanecía intacta; intactos los bosquecillos de naranjos, de mandarineros y limoneros; intactos los recuadros de anémonas y de violetas; intacto el trozo de viña en el que los melocotoneros y los cerezos erguían por entre las cepas su ramaje, estrellado en primavera por mil lindas florecillas blancas y rosadas. Pero en su cuarto, sobre todo, ese respeto a lo pasado se hacía visible, al animarse con la gracia vivaz de la juventud. Perteneció en tiempos a una tía que no llegó a casarse, y de quien Lazarina heredó su nombre medioeval. Cada recuerdo de la solterona permanecía en su respectivo lugar: antiguos abanicos, frascos de perfume, fotografías amarillentas en sus marcos anticuados y una colección completa de cofrecillos del siglo diez y ocho, con figuritas en color recortadas y fijadas con el barniz. Ramos de flores constantemente renovados, colocados en jarrones de China, convertían la estancia en una prolongación del jardín, y esto tanto más cuanto que una faja de césped extendida al pie de la ventana, reflejaba su verde frescura en el ovalado y profundo espejo de la mesilla del tocador. El vuelo de un balcón situado sobre la ventana, atenuaba un tanto la luz deslumbradora del sol. Cuando a eso de las cuatro, regresaba Lazarina de las Vísperas los días festivos, el sol, menos alto ya en el horizonte, introducía allí sus oblicuos rayos en los que bullían átomos. Parecía emperezarse

dulcemente en aquel museo de recuerdos. Habitualmente saboreaba la joven entonces un instante de descanso feliz, al sentirse en íntima comunión con la paz del domingo, con aquella claridad acariciadora, con los objetos que la circundaban y los seres por ellos representados, viviendo su vida de ayer, de anteayer, la de siempre, la de hoy. Se recordará que en las cartas dirigidas a su hermana, llamaba a esa hora momento de sortilegio. En aquella ocasión, al regresar a su amado refugio, vió cómo Elisa, la antigua criada, la que ella denominaba *fiel*, se encontraba en la estancia encaramada en una banqueta. Hallábase ocupada en colgar el crucifijo de marfil sobre el pequeño lecho de columnas salomónicas. Era la tal una labriega del Oeste, de unos cincuenta años de edad, a quien la señora Emery tomó a su servicio muy joven, cuando el coronel se hallaba de guarnición en Angers. Desde entonces no se había separado de la familia. Sus ojos, color azul pálido y su cabello gris con reflejos castaños, mostraban claramente que no había nacido en Provenza, así como también su fisonomía reservada, vigilante y constantemente desconfiada. Vivía en contradicción perenne con las «gentes de la tierra», según decía. Al ver a Lazarina la acogió con estas palabras:

— ¡Gracias a Dios que viene la señorita! Estaba colocando aquí los ramos bendecidos esta mañana. Si se me hubiese ocurrido, hubiera renovado las flores. La señorita no ha notado que son las mismas de ayer. Por eso están casi marchitas. ¡Y en un día de fiesta!

— ¿Acaso ahora hay días festivos? — dijo la joven.

— ¡Y mucha razón que tiene la señorita! ¡Dios mío! ¡Cuántas calamidades sufre la humanidad y cuánta humanidad sufre calamidades! Se dice en mi tierra que para ir al paraíso hay que comerse antes siete fanegas

de ceniza. No estamos ciertamente en el cielo, pero ya hemos llegado a la octava fanega.

Y de su boca prematuramente desdentada, a la cual una arruga demasiado acusada daba maliciosa expresión, dejó caer, al alejarse, esta sentencia que compendia todas las resignaciones populares: — Aunque golpeemos la cabeza contra las paredes, no sacaremos en limpio más que chichones. — Después, mirando a la cabecera de la cama, agregó: — El ramo bendito está bien colocado. El protegerá a usted, señorita, si a los Boches se les ocurre venir con sus zepelines...

En las ingenuas palabras de la locuaz sirviente, advertíase la preocupación de la guerra que en las épocas de grandes crisis nacionales lo invade todo e interviene invariablemente en todos los pensamientos, actos y palabras, de igual manera que en las lúgubres madrugadas invernales la niebla acre y amarillenta penetra por todos los intersticios, baña todos los muros, circunda todos los objetos, e impregna cada pliegue de las ropas con su glacial humedad. Y sin cesar también, el recuerdo constante de las públicas adversidades nos obliga a comparar con ellas nuestras íntimas tribulaciones. ¡Cuán mezquino resultaba el sufrimiento amoroso de Lazarina en parangón con la formidable aventura francesa cuyo eco acababa de percibir! Tales comparaciones no impiden ¡ay! que sintamos vivamente nuestras míseras penas. Sólo que nos dejan más abatidos que antes y como avergonzados de sentirlas. Cuando Elisa hubo salido, la tristeza de la joven se tornó más abrumadora. Contempló a su alrededor aquellos objetos que habitualmente vivían y la hablaban. Ahora se le aparecieron súbitamente, inmóviles, desconocidos, muertos. Aquellas flores medio marchitas — ¡qué ironía! — las cogió y agrupó en ramilletes en el curso de la mañana del día anterior, en plena em-

briaguez de sus audaces esperanzas. Sus ojos se apartaron de ellas y se posaron sobre un retrato suyo, dibujado por su madre algunos años antes. Aparecía en el apunte, más joven, más delicada, con una falda de batista clara, sentada de lado en un banco de mármol en que sus manos se apoyaban, y mostrando de frente su semblante un tanto moreno, cuyas facciones ya entonces acentuadas estaban como iluminadas por la espontánea mirada de sus despiertas pupilas. Aquella imagen de la adolescente que fué, tan llena de confianza en la vida, tan amada, tan protegida, hizo daño a la joven, así como el jardín que desde la ventana divisaba. ¡Cuántas veces al despertarse había abierto los postigos a la luz con regocijado estrépito! Cediendo a una tendencia innata a la disciplina y con el fin de atajar su creciente tristeza, trató de reanudar su tarea, la de proseguir la copia en caracteres Braille que destinaba a Duchatel. Sus dedos se pasearon por el papel, acribillado totalmente por los alfilerazos del punzón. Sintió algo como la impresión de una serie de pequeñas heridas. La melancolía de los humanos destinos se le apareció repentinamente simbolizada por aquella impotencia para reparar eficazmente lo irreparable, por la crueldad del hado que convierte a un ser joven y vigoroso, en una víctima para siempre mutilada, y que no lo hubiera sido de haber pasado por el mismo lugar cinco minutos antes o después. El recuerdo de Duchatel evocó simultáneamente el recuerdo del otro, de aquel que presentó al ciego en la *Casa Verde*, y al revivir dolorosamente la entrevista de la víspera, lloró amargamente.

¿Cuánto tiempo estuvo así, sentada en una silla baja, con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos? El ruido de la puerta al ser abierta con vivacidad la hizo incorporarse, sin tiempo para enjugar

sus lágrimas. Era el coronel quien entraba, con un telegrama en la mano. Se detuvo en firme.

— ¿Lloras? — dijo —. ¿Qué tienes?

— ¿Yo? Nada, papá — contestó la joven dominándose. Y, a continuación, y sobresaltada por una nueva inquietud, exclamó señalando al telegrama: — ¿No traerá malas noticias de Pedro o de Santiago?

— No — dijo el coronel —. Pero lee tú misma.

Y la entregó el despacho, en el que Lazarina deletreó las siguientes palabras:

«Llegaré mañana lunes, Costebelle, por tren, tarde. Avisad Mauriel. Deseo consultarle. Afectos. Magdalena.»

— ¿A qué vendrá tu hermana? — preguntó el padre.

— Ya se lo dice a usted, papá.

— Alega un pretexto. En Avignon hay médicos excelentes. Abandona a sus suegros en el momento en que más temores sienten por su hijo. Eso no es natural, Lazarina. Tu hermana viene por causa tuya.

Lazarina permaneció un instante sin responder. Después, mirando a su padre cara a cara, dijo:

— Sí. Creo que es por causa mía por lo que viene.

Y con su entereza habitual y anticipándose a un interrogatorio harto cruel no obstante, añadió:

— Preferiría, padre mío, que no siguiéramos adelante. Pero si cree usted que es su deber preguntarme, hágalo y yo contestaré.

El coronel dió algunos pasos a través de la habitación y volviéndose hacia su hija, exclamó:

—Preferirías... Preferirías.. Yo también preferiría no atormentarte, hija mía, y hablar mañana con tu hermana. No quiero hacerla decir de ti lo que tú misma no me digas. Tengo en ti la más absoluta confianza, Lazarina. Pero una joven no siempre se muestra excesivamente razonable, ni muy experimentada cuando

se trata de... — rebuscaba palabras adecuadas, pero dejó de hacerlo para decir bruscamente: — Para que tu hermana venga, preciso es que la hayas escrito algo grave, gravísimo, que la alarma. Contéstame tan sólo, sí o no. ¿Está complicado en el asunto el capitán Graffeteau?

— Sí, padre mío — dijo Lazarina —, lo está.

— ¿Y porque se marcha y porque no ha vuelto a la *Casa Verde* estos últimos días, es por lo que estás tan triste?

Los párpados de la joven aletearon con viveza. Palideció, primero, se ruborizó después densamente, y mostrando en la voz la intrepidez propia de una niña purísima que toma en las manos su corazón para mostrarlo por entero afirmó:

— No es sólo por eso, padre mío.

— Pues ¿qué más hay? — dijo el coronel imperiosamente —. ¿Qué ha ocurrido entre él y tú? No considero posible que hayas permitido que te diga palabras que no debías escuchar.

— Nunca, padre mío — protestó ella agitando la cabeza. Y sus sedosos ricillos, dorados por los oblicuos rayos del sol, la circundaban de una aureola. — Nunca el capitán Graffeteau me habló, sino en presencia de usted. Lo que sí es cierto es que le amo y que... — Le faltaron alientos para proseguir.

— ¿Y qué? — insistió el padre.

— Y que se lo he declarado.

— ¿Que tú se lo has declarado? — preguntó el coronel con entonación aun más imperiosa —. Luego sois novios.

— No, padre mío.

— ¿Entonces, él? ¡Habla, habla!

— ¿El? — dijo Lazarina —. Creí que me quería. Lo creo aún ahora. Creí que no pedía mi mano a causa

de la guerra y porque regresa al frente. Eso fué lo que me determinó a hablarle. No obtuve respuesta alguna, y se marchó.

Aniquilada por este esfuerzo, la pobre niña volvió a desplomarse sobre la silla baja, con las manos caídas, y la cabeza inclinada sobre el pecho. Su actitud de postración acababa de dar a su confesión tan lamentable carácter que el corazón del padre se sintió desgarrado. A su compasión mezclábase un tumulto de complejos y diversos sentimientos: el remordimiento de no haber adivinado antes el peligro que corría el corazón de su hija; el terror ante la energía de la pasión despierta en ella repentinamente, y la indignación motivada por el papel que en su casa desempeñó el enigmático personaje que se traslucía en Graffeteau. Pensando en voz alta:

— Pero ¿qué es ese hombre — acabó por decir — para haberte atraído a esa celada? — Y como Lazarina protestara con el ademán, prosiguió: — Sí, no lo niegues. Preciso es creer que te amaba. Acabas de afirmar que así lo creías ¡y no quiere casarse! También puede ser que no te quiera, en cuyo caso ha jugado contigo de un modo abominable. Quizá ocurra que no puede contraer ese matrimonio por razones que no conocemos: una mancha en su familia, un secreto en su vida. El hecho de regresar al frente, jamás fué obstáculo para la unión con una mujer como tú — acabas de demostrarlo —, ni para un padre que ha sido soldado. ¡Y decir que he acogido a ese hombre con todo mi corazón, y que ha destrozado el tuyo! ¡Y yo, que ayer mismo estrechaba su mano con tanta estima, con tanta emoción! A estar enterado, debí arrancarle su condecoración. Es un villano. La deshonra.

— No diga usted eso, padre mío — interrumpió Lazarina asiendo de un brazo a su padre. Y suplicante,

pero con la energía de la mujer que defiende su pasión, prosiguió: — Si nada dije a usted, fué por querer que él pidiera a usted mi mano, y por saber de antemano su respuesta. Ni siquiera pienso en pedir a usted perdón. No me reconozco culpable. Nadie lo es en esta ocasión. Usted es justo, padre mío. Lo es usted conmigo. No me ha dirigido usted un reproche. Me ha compadecido usted. Sea usted justo también con él que es tan desventurado como yo; tengo la seguridad de ello. Puesto que aun ha de permanecer aquí algunos días, prométame usted...

— No prometo nada — dijo el coronel saliendo de la habitación.

IV

Lazarina conocía a su padre. Sus grandes cóleras eran silenciosas. Precisamente porque el defecto dominante en aquel hombre impetuoso era la violencia, temía sus propios arrebatos de acción y de palabra. La brusca terminación del diálogo, dejó a la joven hondamente alarmada. Más aún la consternó el mutismo del coronel durante la cena y la velada. Invirtió ésta en leer periódicos y escribir cartas, en tanto que ella se dedicaba a la escritura Braille, tarea que al fin hubo de reanudar. Se atrevió, sin embargo, a preguntarle cuando se separaron para acostarse:

— ¿Está usted enfadado conmigo, padre?

— ¿Contigo, pobrecita mía? — respondió besándola en la frente, con una ternura que dió ánimos a la joven —. Conmigo es con quien estoy enfadado, por no haber sabido protegerte mejor.

— No debe usted enfadarse con nadie. Lo repito: no hay ningún culpable.

— Sí. Yo — dijo el padre —; y alguno más.

Nada contestó ahora Lazarina. Cuando amamos hondamente a quien ha incurrido en graves faltas con nosotros, nos es instintivo salir a su defensa. También es instintivo callarnos, por no oír dedicarles palabras que no queremos decirnos a nosotros mismos. Tampoco a la siguiente mañana se sintió con fuerzas para reanudar esta conversación y se dedicó, durante toda ella, a preparar la habitación de Magdalena, en tanto que por la ventana oía cómo su padre increpaba al único jardinero que le dejó la movilización; un italiano viejo, borracho y holgazán, que, de costumbre, mediante alguna cuchufleta, lograba calmar la indignación de su amo ante las muestras harto patentes de su haraganería, tales como yerbajos invadiendo los paseos, algún recuadro azadonado a la ligera, la huerta descuidada, alguna reguera desviada y no recompuesta, alguna rama de pino cubierta de orugas, algún rosal exhausto por sus ramas parásitas. De vez en cuando el veterano pasaba revista a su finca como en otros tiempos lo hacía a sus soldados, con su mirada vivaz y penetrante que todo lo escudriñaba. Durante los últimos meses sus pensamientos habían estado absorbidos totalmente por la guerra, y descuidó un tanto sus visitas de inspección. Efectuar una de ellas en aquella oportunidad, era clara señal de que en tanto que esperaba a su hija mayor no podía estarse quieto. La irritación con que trataba a su doméstico daba testimonio de su interior desasosiego.

— He despedido a Pietro — dijo a Lazarina al sentarse a la mesa —. *Ci penso io, ci penso io...* no tiene en la boca más que estas tres palabras, ni piensa en otra cosa que en atracarse. Lástima da ver nuestras alcachofas, y, sin embargo, el demonio del hombre tiene la avilantez de enseñármelas, dándose impor-

tancia: «*Sono belle piante...*» «No me gusta que se burlen de mí», le dije entonces. «Quedas despedido. ¿Te enteras?» Seguramente, ponía yo una cara que daba miedo. Ni rechistó siquiera. Afortunadamente, hoy llega tu hermana. La encargaré que nos envíe un muchacho de allí. No será peor que este animal.

Este pequeño golpe de Estado pareció haberle calmado. Lazarina, no obstante, pudo comprobar que eso sólo era cierto en apariencia y que su preocupación seguía inalterable, porque en el momento de salir hacia la estación y al preguntarla — ¿Vienes conmigo? —, mostró evidente satisfacción al oír que contestaba: — Hace mucho sol, papá, y estoy un poco cansada. Prefiero quedarme. — Luego pensó: — Desea hablar a solas con mi hermana. — Y al acompañarle hasta la puerta, dijo el anciano:

— ¿Sabes que no debes recibir visitas?

— Lo sé, papá.

Después, cuando el landó que conducía al coronel desapareció tras el recodo de la carretera, pensó: «¿Qué irán a decirse? Si Magdalena fuese la única enterada, su venida me sería muy grata. Pero estándolo también él, ¡cuán penoso será para mí verme entre los dos!»

Tomando y dejando estas reflexiones se encontraba, cuando la vieja Elisa vino a avisarla que una señora preguntaba por el coronel.

— La he dicho que el señor ha salido. Pero se empeña en verle. No quiere marcharse. Dice que le esperará.

— ¿Qué señora es?

— Nunca la vi hasta ahora — contestó la criada —. Es muy guapa, pero muy rara también; con unos ojos muy agrandados y con muchos adornos y alhajas. Lleva encima por valor de miles y miles. Y un automóvil ¡que hay que ver! ¿Verdad, señorita, que es una

pena gastar tanto dinero en una misma, cuando estamos en guerra? Esto da la razón a los que dicen que cuando vuelvan los que están en las trincheras, no se dejarán afeitar en seco. Bueno, ¿y qué la digo?

— Voy a hablarla yo — dijo Lazarina encaminándose al jardín. La desconocida deambulaba lentamente por un paseo y examinaba cuanto la rodeaba con una atención que extrañó a la joven. Los malévolos dicharachos de la doméstica estaban justificados por el tocado de aquella mujer, alta y esbelta, que ofrecía a la vista del observador un figurín refinado de la moda del día. En otra oportunidad cualquiera, Lazarina apenas hubiera advertido tal exceso de elegancia. Pero, amaba, y la noción de las seducciones femeninas, empezaba a despertarse en ella a la vez que el amor. Permaneció un momento curiosa e intimidada, examinando la señora de los adornos — que dijo Elisa —, y contemplando al detalle la falda amplia y breve, de color gris de humo; las botas amarillas, atadas muy arriba y de lado con cintas de borlas, el linón de su blusa, el hilo de perlas que orlaba su cuello, los botones de asta que cerraban su levita semilarga y cruzada muy alta, los enormes agujones alhajados clavados en el fieltro flexible color de gamuza, la masa opulenta de sus cabellos sabiamente decolorados, como lo atestiguaban los reflejos dorados de los mechones morenos; el saquito de muaré que oprimía nerviosamente una de sus manos modelada por el guante de piel de gamo. Con la otra mantenía una sombrilla con la que se defendía del sol. Era el artefacto del mismo color de la falda, y su empuñadura, forrada de cuero, recordaba el clásico bastoncillo de los oficiales ingleses. Pendiente de las muñecas llevaba multitud de brazaletes ornados de dijes y colgantes. El conjunto formaba una armonía de tonos grises y leonados, cuyo

acierto no se ocultó a Lazarina, a pesar de su sencilla rusticidad. ¡Cómo contrastaba todo ello con su modesto traje de blanca sarga, hecho en casa, y que, sin embargo, tan airosamente le caía! Su sencillo atavío ponía de relieve el dibujo de su talle flexible y esbelto, sus hombros aun gráciles, su busto virginal, la gracia exquisita de su intacta juventud y la aristocrática finura de sus tobillos. ¡Qué garbo el de sus piececitos, tan lindamente combados en los zapatos blancos! Pero desconociéndose a sí misma, ¿cómo hubiera podido discernir que la distinción y la verdadera elegancia, el atractivo y la poesía radicaban en ella, así como en su delicado perfil de medalla griega y en la límpida mirada de sus negros ojos y en su boca infantil y altiva que jamás mintiera? ¡Qué contraste también con el semblante hermoso, pero ya agostado, consumido, que mostró, al volverse, la insistente visitante, que no era otra — ya se ha adivinado — que Teresa Alidiere! La inocencia de Lazarina no le impidió experimentar la sensación confusa e inconsciente, pero extrañamente inquietante, de que se aproximaba a una criatura temible, y cuya sola presencia, allí, en aquel ambiente honrado y familiar de vida sencilla y modesta, constituía una amenaza. El interior desgaste daba a aquel rostro, de facciones en extremo juveniles aún, una expresión a la vez triste y extraviada. Veíase en aquella frente y en torno de aquella boca audacia y disgusto, ardor y amargura, algo desenfrenado, cansado e insaciable. Los ojos, sobre todo, de color azul violado resaltando en sombra sobre la palidez profunda de la tez, inquietaban por el brillo y el cansancio a un tiempo mismo de sus dilatadas pupilas, que acentuaba la huella negra del *kohl* sobre los párpados. Los labios, hoscos y sensuales, estaban teñidos de rojo. Teresa, durante el trayecto en automóvil, hubo de mi-

rarse en un espejo para atenuar su lividez. El no haber completado el adobo del resto de su semblante, era indicio de que salió de Tamaris, previa una precipitada *toilette* y sin colorear, según costumbre, sus mejillas. Eran las dos y media cuando llamó a la puerta de la *Casa Verde*, y a la una hallábase aún reclinada en el diván de la galería, teniendo a su lado el platillo de laca, incrustado de nácar, usual entre los fumadores de opio, con la pipa, las agujas, la lamparilla y el estuche del *chandoo*. De repente, se incorporó. Apartó de sí los instrumentos de la «eutanasia viviente» y llamó a su doncella, que hubo de abandonar su empezado almuerzo para vestir a escape a la impaciente señora. Hizo llamar a su *chauffeur*, a quien comunicó la orden siguiente:

— Lleve usted el mismo camino que anteayer para ir al *Monte de los Pájaros*. Cuando llegue usted a la carretera de Costebelle, pregunte por la quinta del coronel Emery.

Fué la insultante misiva de Graffeteau, recibida aquella mañana, lo que la precipitaba así hacia la vivienda del padre de Lazarina. ¿Qué sentimientos la impulsaban? ¿Qué indicación la guiaba? Necesario es explicarlo, siquiera languidezca una narración a la cual sólo esta mirada retrospectiva puede dar pleno significado. La entrevista iba a ser, por parte de esa mujer, una comedia a la vez sincera y astuta, como las que acostumbran a representar los intoxicados por el opio; astuta porque en su curso habría de mentir descaradamente, y sincera, porque en ciertos estados de instabilidad mental, llega el desequilibrado a no discernir su propia personalidad. En un momento dado, se convierte en el mismo que se finge. Conoce que engaña, y al desarrollar su embuste, acaba engañándose a sí mismo. Y además el arrebato de pasión que encen-

día a Teresa en aquel instante, por muy mezclado que estuviera con el cálculo, era muy sincero. Cuando Guido de Faverolles le dió a conocer la presencia de Roberto Graffeteau en el *Monte de los Pájaros*, concibió la idea de asistir a la solemnidad de la imposición de condecoraciones, por aburrimiento, por curiosidad, por tedio; porque se aburría en aquel rincón del Mediodía en donde se refugiara huyendo de la guerra. Aunque se había creado una vida libre, exenta de los prejuicios del ambiente burgués en que se había desarrollado su juventud, un íntimo entorpecimiento la abrumaba sin cesar, así como una náusea de sí misma, de los demás, de todo, que no aliviaban ni las extravagancias de su amante, ni las fiestas de Tamaris y de Tolon. El opio empezaba a hacer sus efectos de atonía. Faverolles y ella no lo usaban sino desde que residían en esta última ciudad. Se trasladó, pues, al Sanatorio. Confundida con la muchedumbre que se agolpaba en la explanada mientras el coronel Hubault-Malmaison condecoraba a los nuevos legionarios, había presenciado la llegada de su ex-marido en unión de sus compañeros de armas. La impresión primera fué de extrañeza: «¡Qué cambiado está!» se dijo, y luego: «¿Qué haría si me viese?» Esta pregunta suscitó acto seguido esta otra: «¿Conservaré mi influencia sobre él?» Y de nuevo, mirando a través de unos minúsculos gemelos, traídos por si acaso, en su pañuelo, examinaba aquel rostro serio, virilizado por el peligro, y se decía: «¡Qué guapo se ha puesto!» Cediendo a una instintiva necesidad de comparar, asestó los gemelos a Guido de Faverolles, quien en pie en el estribo de su automóvil militar, la había reconocido y la dirigía un irónico saludo, a la vez que mediante un ademán acompañado de una mueca, sólo para ella perceptible, señalaba con el dedo a Graffeteau. No sospechaba él

que su socarronería molestaba a su amante y que al volver los gemelos hacia su ex marido, pensaba: «Está visto que Roberto tiene un tipo mucho más elegante.» Cediendo a una inconsciente sugestión, empleaba mentalmente en sentido admirativo un término usual en las trincheras, que provocaba sin cesar los cínicos sarcasmos del emboscado. Era reaccionar contra él. Proseguía estudiando a Graffeteau, y la buscadora de sensaciones entreveía confusamente la posibilidad de experimentar una de índole desconocida para ella. «¿Y si corriera con él una aventura?» se preguntaba, y reaccionando ahora contra sí misma, para rehuir la repentina turbación de que se sentía poseída, decía picarescamente: «¡Tendría gracia!» Esta fórmula, a lo Faverolles, no impidió que aumentara su turbación. Sentíase bajo el dominio del «capricho», tan frecuente entre las cortesanas y las mujeres equívocas. En el momento en que Hubault-Malmaison se acercó al oficial, y cuando éste, irguiendo la espada contra el casco, miró la hoja con el triste y ferviente ardimiento que tanto emocionó también a la pobre Lazarina, no pudo Teresa dejar de suspirar: «¡Ah! ¡Si hubiera sido antes como ahora!» Ante sus ojos surgió una visión, en la que se vió en Tamaris, en la florida paz de su galería, ante el azul del mar, teniendo a su lado aquel hombre en lugar del otro. Sus ojos se cerraron, y luego moviendo la cabeza, dijo en voz baja: «Es una locura.» Y al romper filas, se encaminó hacia Guido de Faverolles, quien a su vez se dirigía hacia ella en compañía de un oficial que le era desconocido, un gallardo mozalbete de facciones afeminadas y mirada dura.

— Querida amiga — dijo —, permítame que le presente a uno de mis buenos camaradas de París, el señor Enrique Calvignac, con quien he servido militarmente. ¡Las vueltas que da el mundo! Es teniente,

acaba de recibir la cruz de guerra, en tanto que yo...

— ¿Tú? — dijo Calvignac riendo —. Tú siempre fuiste un tumbón. ¡Los trucos que discurría en el cuartel para escurrir el bulto ante el trabajo!

— Pero ¿es posible convertir en soldado a un neurasténico como yo? — contestó Faverolles.

— De todas suertes — continuó el amigo — es lo cierto que a ratos nos divertías mucho. ¡Cuánto siento, señora, tener que marcharme pasado mañana y no haber sabido antes que usted y Guido estaban en Tolon y en Tamaris! Nos hubiéramos divertido los tres. ¡Es tan triste esta guerra! Nos portamos decentemente, pero quien os cuente que estamos contentos, es un inventor de infundios. ¡Ay! Cuando estábamos alegres era no hace aún dos años, antes de la aventura de marras. ¿Te acuerdas, Faverolles?

Y empezó a relatar un hecho de la vida parisién, que Teresa escuchaba distraídamente. El indulgente menosprecio con que Calvignac trataba al emboscado, en cualquiera otra oportunidad, la hubiera dejado muy tranquila. Ahora la irritaba. Acababa de experimentar en sí misma, con harta vivacidad, análoga impresión de disgusto sin ira. Pero un nuevo incidente distrajo su atención. No cesaba de seguir con la mirada de reojo a Graffeteau. A distancia vió cómo se encaminó a solas por entre los árboles de un paseo. Se sentó luego en un banco y una joven vino a tomar asiento a su lado. La escena entre ambos fué muy breve. Bastó, sin embargo, para que Teresa, al observar la visible turbación de Roberto, pensara: «¡Hola! ¿Tendrá relaciones con esta joven?» Cuando diez minutos después, la desdichada Lazarina, de nuevo en compañía de su padre, pasó a corta distancia, recibiendo el saludo de Calvignac, preguntó:

— ¿Quién es esa linda personita?

— La señorita Emery — contestó Calvignac. — Es hija de ese anciano, coronel retirado y propietario de una casa situada en la colina.

— *La Baderna y la Gansa blanca*, fábula, — dijo Faverolles.

— Algo hay de eso — indicó Calvignac. Ello no obstante, reciben con mucha afabilidad. Te llaman, Faverolles.

Era Hubault-Malmaison quien necesitaba de su *chauffeur*, precisamente en el momento en que Teresa iba a enterarse quizá de algunos pormenores de la novela que presentía entre su ex marido y la deliciosa muchacha cuyo delicado perfil despertó bruscamente su femenina susceptibilidad. Había bastado con que, aun a mucha distancia, observara la actitud de ambos jóvenes durante su entrevista en la alameda, para que ya un punto de acritud se mezclara con el súbito y malsano «capricho» que hacía un momento mordiera sus sentidos. ¿Qué otra denominación atribuir a aquella depravación imaginativa, que, después de cuatro años de separación, despertaba en ella el apetito físico y moral de aquel hombre, a quien antes burló, vilipendió y desconoció? Posible es — tanta incoherencia y falta de lógica existían en semejante deseo — que no hubiera sido éste más que un sentimiento pasajero, si no hubiera mediado aquella segunda impresión: la de la influencia de otra mujer en la vida de aquel a quien conoció servilmente aherrojado por su hermosura. Cuando, no bien estuvo de vuelta, escribió a Graffeteau, no fué ajena a la tentativa de reconciliación de que la carta era el primer anuncio, la imagen de la seductora y trémula niña. Por la noche, una vez echada la carta al correo, al cenar con Faverolles, este cínico personaje supo, sin darse de ello cuenta, exasperar más aún aquella menuda crisis de curiosidad,

mixta también de mórbida sensualidad y de celos, diciéndola:

— ¡Vaya, vaya! Conque ¿quisiste ver a tu ex cónyuge? ¡Mira que eres una buena pécora! Porque ¿si llega a verte? Lo esperabas, ¡confiésalo! ¡No, si no me enfado! Esas son cosas muy de mujer... Pero a él le hubiera fastidiado. Figúrate que va a casarse. Sí, casarse. Por lo menos, así me lo han contado. ¡Adivina con quién!... Con la chica de Emery, a quien viste; ¡con la gansa blanca! Está visto que las mujeres tienen un olfato especial para estas cosas... El, al parecer, está loquito perdido por ella y no sale de la casa de su futura. Este asunto es la comidilla del *Monte de los Pájaros* en masa. ¿Y quieres saber algo más chusco todavía? ¡Nadie, ¿me oyes? nadie sospecha ni remotamente que ha sido casado y que está divorciado actualmente! Como comprenderás, no soy yo quien iba a referirlo. Creen los aldeanos de Faverolles que el hombre que lleva en el bolsillo una piel de sapo puede hacer cuanto se le antoje, sin que nadie sospeche que es él quien lo ha hecho. La piel de sapo de tu difunto marido — ésta era una de las bromas que él solía usar— debe de ser enorme ¿verdad? Pero llego a la más chusca de las chuscadas. He tirado de la lengua a uno de los amigos de la familia, un ciego, a quien hube de servir de lazarillo. Para eso es para lo que me llamaba Hubault-Malmaison. Cuando me dedicaba a sondearle acerca del coronel Emery, algo me indicó que me hace creer que esa boda pudiera no realizarse nunca. Los tales Emery son devotos redomados, verdaderos ratones de sacristía. Pero no es menos cierto que Graffeteau, desde que murió su papá, debe de tener mucho dinero... Y ahora ¿dónde está la verdad? Creí de todas suertes, que este chismorreo te distraería... Confiesa que la vida es bromista. Pero ¡qué veo! ¿No tienes ape-

tito? ¿No acabas tus ostras? Tan frescas están que se pueden comer sin miedo, contando con la vacuna antitífica...

¿Se comprende ahora la reacción que en Teresa determinó la respuesta, llegada desde el *Monte de los Pájaros* aquella misma mañana? El capricho de libertina emotividad se transformó de improviso en un acceso de rabiosa ira. A él siguió un violento deseo de venganza, y la necesidad, irresistible, para una voluntad impulsiva, de que tal venganza fuese inmediata. El encuentro con Graffeteau, ocurrido la antevíspera, se lo había presentado de nuevo, vivo y real, a aquella mujer envilecida y orgullosa, árida de corazón y sedienta de sensaciones. A la vez sus antiguos rencores revivían ante el ultraje. Al «deseo» voluptuoso y depravado substituía, odioso y malvado, el prurito de dañar y de hacer sufrir. Instantáneamente se dibujó un plan en su imaginación. ¿Dónde y cómo encontrarse con Graffeteau? Era seguro que éste, como Calvignac, saldría del hospital de un momento al otro. Una vez ausente, veíase ella desarmada contra él. Presente, ¿qué podría intentar? Desde luego, herirle en aquella joven cerca de la cual le vió tan emocionado, y desde luego, también, romper el proyectado matrimonio que Faverolles le participó. ¿Romperlo? ¿Sería quizá la noticia no más que un chisme nacido de una tertulia de gente ociosa? No. Recordó la entrevista de ambos jóvenes en el apartado paseo del parque y su compartida emoción, así como cuanto indicara Faverolles acerca de la devoción de los Emery y de la ignorancia absoluta en que todos estaban respecto del pasado conyugal de Graffeteau. *Luego él nada había dicho...* La dama lanzó un grito. Una adivinatoria intuición le revelaba, si no toda la escondida tragedia en la que iba ella a desempeñar un papel decisivo, lo suficiente, por lo

menos, para que divisara una probabilidad de herir a aquel cuyo apellido ostentó un día. Las mujeres que han sido amadas apasionada y animalmente por un hombre, conocen las flaquezas y las energías del carácter de éste, con conocimiento análogo al del confesor y al del médico. De ahí proviene la genial habilidad con que las cortesanas manejan a su capricho a ciertos amantes. Teresa se dijo: «Roberto no ha variado. Si no habló, fué porque está enamorado de esa muchacha y no quiere perderla. La perderá. Yo seré quien hable... ¿A quién? Al padre. ¿Y con qué pretexto? Ya lo encontraré. Lo importante es que esas gentes se enteren... ¿Y si lo están ya? ¿Y si no existe tal proyecto de matrimonio? ¡Y qué! ¿Qué es lo que arriesgo?» Y sin más cálculos ni proyectos, pero confiada en su flexibilidad y en su tacto, así como en su aptitud para acomodarse a las personas y las circunstancias, emprendió su villana expedición. Al llegar a la *Casa Verde* la ausencia del coronel hubo de contrariarla vivamente. Estaba citada con Faverolles en Tolon, a las cinco, en la pastelería de moda. Tenía tanto mayor empeño en no faltar a la cita, cuanto que su amante había de entregarle una importante cantidad que le era necesaria. Los restos de su fortuna, en gran parte consumida, consistían en títulos de la Deuda austriaca, cuya renta ya no percibía. Era preciso, pues, tener contento a aquel amante dadivoso. Había adivinado en él cierto asomo de celos, al observar la complacencia con que se expresó al darle la noticia del posible matrimonio de Graffeteau. Quería acudir a la cita con exactitud, además, para tener mayor certeza de que su excursión permanecería ignorada de todo el mundo. Por esa urgencia, había insistido cerca de la criada, sin preguntar todavía si la señorita Emery se hallaba en casa, y véase cómo, al volverse, se encontraba delante de La-

zarina. Por un momento, la sorpresa la inmovilizó. Después, sin recapacitar, sin calcular, pero también sin vacilación, siempre impulsivamente, y a la vez con ese genio de imitación netamente femenino, que al decir cada palabra evalúa el efecto por ella producido, empezó ¡y con qué entonación! a hablar con su víctima. Este apelativo no podía ser más adecuado, supuesta la maligna complacencia de antipatía insaciada que experimentaba, ella, la desdeñada, en atormentar a la preferida; ella, la deshonrada, en torturar aquel inocente corazón; ella, la descalificada, en tomar sobre aquella criatura irreprochable el desquite de tantas y tan merecidas humillaciones.

— ¿Preguntaba usted por mi padre, señora? Salió a la estación para esperar a mi hermana. Estará de vuelta dentro de tres cuartos de hora, a más tardar, si el tren llega con puntualidad.

— ¿Y si no llega? — objetó Teresa. — En estos tiempos de guerra, eso ocurre a diario, y yo necesito regresar pronto a Tamaris... Por otra parte, lo que tengo que confiar al coronel ¡es tan delicado, tan íntimo!... Pero debo empezar por decir a usted quien soy. Soy la señora Graffeteau, la esposa del capitán.

Lazarina sufrió un dolor de corazón tan agudo como si la cruel visitante hubiera hundido en él la punta de un cuchillo. Creyó desplomarse. Tuvo, sin embargo, el valor necesario para dominarse. La extraña mirada que pesaba sobre ella, le dió energías para ello. Sus párpados se entornaron un instante. No contestó nada y Teresa continuó:

— ¿Le ve usted a menudo, me han dicho?

— No más que a los otros oficiales, señora — contestó Lazarina. Se oía a sí misma hablar como si se tratara de otra persona. Continuaba sufriendo horriblemente, pero la automatizaba su esfuerzo nervioso

para no mostrar su turbación. — Mi padre, — continuó — ha querido que nuestra casa estuviese abierta para todos esos valientes que han derramado su sangre por nosotros.

— ¡Ah! Veo que el señor Emery tiene el gran corazón de que me habían hablado. ¡Y cuánto necesito que lo tenga, señorita! Pero no puede usted comprenderme... — Pareció indecisa. Meditó, recogiendo sus pensamientos. La estoica impasibilidad de Lazarina no la engañaba. Adivinaba, veía su trastorno. Había venido para romper un proyecto de matrimonio. Ya no pensaba en ello. La belleza de la joven, el amor cuya muda declaración era aquella poco velada turbación, era cuanto Teresa tenía ante sí en aquel instante. Era preciso herir a Graffeteau en aquel amor. ¿Cómo? Trazando de él, ante aquella niña, un retrato que contradijera, que profanara el sentimiento que le inspiraba. Empezó a relatar, inventando a medida que hablaba, una historia en parte falsa y en parte cierta, que representaba, que vivía durante aquellos minutos:

— Pero, sí, ¡usted me comprenderá! Usted es mujer...

Asió los dedos de Lazarina, quien a su contacto empezó a temblar a la vez que hacía ademán de retirarse.

— No, señorita, no tema usted. No crea usted que estoy loca. Soy, sencillamente, muy desgraciada.

Avanzó unos cuantos pasos, como si anduviera en pleno ensueño. Se encaminó hacia una silla rústica, y se desplomó sobre ella. Después, como aniquilada, escondió el rostro entre las manos.

— ¿No está usted buena, señora? — dijo Lazarina desconcertada. — ¿Quiere usted entrar en casa y descansar?

Teresa irguió la cabeza.

— No — dijo —, no es el cuerpo el que padece.

Es... — Señaló a su corazón, y luego, con una de esas sonrisas abatidas que engañan siempre a los seres juveniles e inocentes, añadió: — Es usted bondadosa. Gracias. ¿Por qué no decir a usted lo que quería manifestar a su padre? ¿Por qué no suplicar a usted que defienda mi causa cerca de él y que obtenga que haga cierta gestión cerca de mi marido, porque, a pesar del divorcio, para mí el señor Graffeteau sigue siendo mi marido...

— ¿A pesar del divorcio?

— ¿Cómo? — dijo Teresa, a la vez que una admiración interrogadora se pintaba en sus rasgados ojos. — ¿No ha dicho a usted que estaba divorciado?

— ¿Para qué había de decirlo? — replicó Lazarina. — Nos conocemos muy poco.

— Creía yo que era amigo íntimo de su padre de usted... Eso, por lo menos, me habían dicho varias personas que se interesan por mí. Y por creerlo, he venido. En otro caso, no me hubiera permitido yo... Pues entonces, si esa intimidad no existe, su señor padre no puede intentar la gestión...

— ¿Qué gestión? — preguntó la joven. Ambas revelaciones asestadas sin intervalo la mantenían jadeante, tanto de curiosidad como de dolor.

— ¿Para qué decirlo?... — respondió Teresa, mirando de nuevo a Lazarina con la misma expresión de conmovida gratitud. Luego, como si recobrara una esperanza suprema, prosiguió: — Después de todo hay aún un albur que jugar y lo jugaré...— Guardó silencio un momento, y con la entonación de quien trata de desechar recuerdos penosos, dijo: — Por lo que acabo de expresar a usted, habrá adivinado que el divorcio me ha sido impuesto. No sé cuáles son las opiniones religiosas de usted, pero por lo que a mí hace, no existe el divorcio. Nuestras familias, la del señor

Graffeteau y la mía, pensaban de otra suerte. Arreglaron las cosas así. Yo no me opuse a ello... Ambos fuimos culpables. Yo era celosa. El era muy enamorado. Hay hombres presumidos como hay mujeres coquetas. Le gustaba agradar, experimentar emociones, esbozar idilios. De mi parte, por vengarme... En una palabra: también yo fuí culpable, lo repito. En presencia de los terribles acontecimientos de hoy, ¡qué pueriles me parecen esos pequeños agravios recíprocos! Lo que subsiste es el hecho de que nunca dejé de amar a mi marido, de que sigo queriéndole, y más aún desde que supe que se había conducido como un héroe. Está ahora solo en el mundo. Yo tampoco tengo a nadie. En tales circunstancias, y encontrándome casualmente en el Mediodía, se me ha deparado esta ocasión única, quizá providencial, para intentar una aproximación que hiciera cesar este equívoco...

¡Cuán doloroso resultó este relato para aquella que lo oía en pie y sin que signo alguno delatara su creciente desolación, a no ser la contracción más acentuada de su linda boca, el tremor más vivo de las delicadas aletas de su nariz, el nervioso aleteo de sus largos y blancos párpados! ¡Con qué refinado arte seleccionó la astuta mujerzuela la más envenenada calumnia, la que más profundamente corroe un corazón amante! «Ese hombre se ha burlado de mí, como de las demás...» pensaba Lazarina, y sin embargo una voz se alzaba protestando en su interior. ¿Era quizá coquetería, aquella apasionada timidez de que ella le vió avasallado tan a menudo en su presencia? ¿Sus largos silencios, tras los cuales adivinaba ella violentas luchas interiores, serían no más que una bellaquería? Además, ¿qué significaba esa confidencia sobre tan íntimas emociones, hecha a una desconocida? Presa de un acceso de desconfianza, preguntó:

— ¿Por qué no ha escrito usted todo eso al señor Graffeteau?

— Le escribí — dijo Teresa — y no me contestó. Debe de estar prevenido contra mí. ¡Hay personas tan malas, tan pérfidas! Entonces fué cuando habiendo sabido por medio de uno de sus compañeros en el *Monte de los Pájaros* la íntima amistad que le unía con el coronel Emery, y por medio de otros, la autoridad de que éste gozaba en aquella reducida sociedad de oficiales, así como su carácter, se me ocurrió la idea de implorar su apoyo, de pedirle esta obra de caridad: la de hablar a Roberto en mi nombre, la de obtener con éste una entrevista. ¡Si yo pudiese, ¡ay! tener con él una explicación! ¡Cuán segura estoy de que lograría desvanecer sus resentimientos! Pero en estas circunstancias — se levantó del asiento — no importunaré a su señor padre con un triste relato de lo que no está en su mano remediar. Me engañé al pensar en su intervención. Buscaré otro medio. ¡Qué hemos de hacer! Sólo me resta pedir a usted, señorita, que me dispense por haberla molestado hablándola tanto rato de persona, como yo, tan poco interesante, y darle las gracias por haberme oído. ¿Quiere usted darme la mano?

Lazarina se dejó asir la diestra inerte.

— Adiós, señora, — dijo sencillamente, permaneciendo inmóvil, en tanto que la dama regresaba a su carruaje. Oyó el zumbido del motor al ponerse en movimiento, el rechinar de la grava bajo las ruedas y el mugido de la bocina. Como las rodillas le flaquearan, fué a sentarse en la silla que Teresa acababa de abandonar. Se incorporó horrorizada y se dejó caer sobre otra. Así se encontraba todavía, cuando el landó que traía al coronel y a la señora Journiac traspuso la verja del jardín.

V

Su aparición volvió a Lazarina a la noción exacta de la realidad. Las amenazas proferidas por su padre contra Graffeteau, volvían a su memoria. ¿Qué ocurriría si Elisa ponía en conocimiento del coronel la reciente visita, y si éste la interrogaba? Este sobresalto le fué evitado. Otro la esperaba, y su hermana se lo anunció al besarla, murmurando a su oído:

— Ten valor, querida mía, y sobre todo no le defiendas.

No esperó mucho Lazarina para conocer la clave de este enigma. No bien se hallaron en la habitación de Magdalena, y una vez allí también el equipaje:

— Déjennos ustedes — dijo el coronel a los dos criados que se afanaban en el acomodo de las maletas y del neceser de la viajera. — La señora Journiac llamará cuando quiera. — Y obedecido que fué: — Me he encontrado al cartero en el camino — continuó extrayendo dos cartas del bolsillo. Había una carta para ti, de tu hermano Santiago. La he abierto. Se encuentra bien... Y esta otra, para mí. Entérate de ella.

— ¡Padre! — suplicó Magdalena.

— Conoces mi modo de pensar, Magdalena. Te lo expuse en el coche. Con los canallas están de más los miramientos.

— Pero, ¿y ella? — exclamó la primogénita.

— ¿Ella? Cuanto antes lo sepa, antes se curará. Lee.

Colocó entre los dedos de su hija una carta que contenía contados renglones, pero terroríficos, y al pie de ellos se destacaba, trazada con macizos caracteres, la firma de Brissonnet.

«En el frente. Sábado a 15 abril 1916.

»Querido coronel: Dos líneas tan sólo para facilitarle la referencia que me pide. El capitán Roberto Graffeteau es, efectivamente, hijo de uno de mis mejores amigos, ya difunto. He querido mucho a Roberto. Hubo un tiempo en que creí deber defenderle ante su padre, con ocasión de la ruptura con su mujer. PORQUE HA SIDO CASADO Y ESTÁ DIVORCIADO. *El hecho de habérselo ocultado a usted, le permitirá formar juicio de su carácter. Por lo que a mí hace, a pesar de su bizarría militar, estoy resuelto a renegar de él en lo sucesivo. Lo sabe, y si le habla de mí, no sólo autorizo a usted para enseñarle mi carta, sino que se lo ruego. Es un carácter sin honor, y para mí está irrevocablemente condenado.*

»Termino a la carrera. El servicio me reclama. Estoy mejor de la mano. Esta misiva se lo demostrará a usted.

»Suyo cordialmente,

Brissonnet.»

— Ya ves — dijo el coronel a la joven que permanecía aterrada — cuán razonables son los vulgares prejuicios que preceptúan que los hijos se casen contando con la voluntad de los padres y no con la suya sola. Si me hubieras consultado, hubiera yo escrito antes al general y la escena de marras no se hubiese efectuado. ¡Cuánto pienso en ella! Pero no. Estás ya bastante castigada. No te infiero el agravio de creer que vuelvas a pensar en ese señor, a no ser para despreciarle. Conozco a Brissonnet. El tenor de su respuesta atestigua que ese mozo no se para en bellaquería más o menos... Vamos. Abrázame. Ahí te la dejo, Magdalena. Espero que me la consolarás. Donde no hay honor no puede haber amor.

El anciano, harto más conmovido de lo que quisiera,

salió de la estancia al formular esa declaración, eco moderno y prosaico del célebre verso de Corneille:

«No es el amor más que un placer, el honor es un deber»

Y Rodrigo contesta: «¡Ah! ¿Qué es lo que me decís?» ¡Protesta conmovedora de la naturaleza elemental contra las inhumanidades del orgullo! Ese lamento de la carne y de la sangre, grito también del alma herida en lo más delicado de su ternura y de sus esperanzas, es el que Magdalena esperaba. En su lugar, empero, un solemne silencio reinó entre las dos hermanas. Ambas oían las lentas pisadas de su padre al bajar por la escalera: Lazarina, recostada contra un antiguo armario provenzal, en donde, en tiempos, guardaba su madre los juguetes de las niñas; la otra, Magdalena, permanecía sentada. Asemejábase ésta a Lazarina, pero era más alta y más ancha de hombros que ella, de perfil correcto y severo, de nariz recta y de boca tranquila y reflexiva. Se había quitado el sombrero y conservaba puesta la amplia capa de viaje que disimulaba su adelantado embarazo. Con sus ojos negros, orlados de un círculo pálido en su rostro fatigado, contemplaba a su hermana menor, cuya silueta se destacaba más blanca y delicada que nunca sobre el fondo obscuro del armario. ¡Cuánto ansiaba acogerla entre sus brazos y mecerla sobre sus rodillas! Pero no se atrevía. ¡Veíala tan rígida y vibrante, tan pálida, con tan deshecha tempestad en la mirada, pero sin verter una lágrima! Aquella muda tensión asustaba a la primogénita más que lo hubieran hecho los sollozos. Antes los temía. Ahora la hubiesen tranquilizado.

— Lazarina — acabó por preguntar, casi con timidez —, ¿tan profundo es el daño?

— Tan hondo — respondió la joven — que ni aun a ti puedo hablar de él; tan hondo, que te suplico que

no me hables de él tampoco. Hay palabras que duelen demasiado al pronunciarse y al oírse. No quiero que me digas de él lo que tan obligada me veo a decirme a mí misma. Y exaltándose, exclamó: — Ese papel... — y señalaba a la carta de Brissonnet, yacente sobre la mesa — quítalo de ahí, Magdalena. Escóndelo donde yo no lo vea. Me abrasa los ojos y el corazón.

La señora Journiac atendió esta apasionada súplica. Temblaba al ver allí, ante ella, a la desventurada joven enloqueciendo de dolor. ¡Con expresión acariciadora, insinuó:

— Indiqué a nuestro padre, la conveniencia de prepararte; de que no te enseñara esa carta, por lo menos de esta manera.

— La carta no me ha dado a conocer nada nuevo — dijo Lazarina. Volvió a cobrar entereza, y logrando domeñar sus nervios, continuó: — Conocía su divorcio. — Y ante el asombro de su hermana, afirmó: — Sí, desde hace una hora, y por *su* mujer.

— ¿Por su mujer? — repitió Magdalena. — ¿La has visto? ¿Ha venido aquí?

— Preguntó por papá. Quería rogarle que intercediera por ella cerca de... — vaciló un instante, y luego, valerosamente, pronunció el apellido — cerca del señor Graffeteau.

— ¿Y es a ti a quien ha hecho semejante confidencia?

— Sí — dijo Lazarina —, y lo más duro no fué saber que me había ocultado su divorcio. Fué... — Se detuvo temblando. No quiso relatar la otra confidencia, la que desencantó de golpe sus más caros recuerdos, al revelarle que ella no había sido más que uno de tantos episodios análogos en la vida de un bellaco sentimental. ¡Aun creyendo en tal calumnia, continuaba amándole! Compréndeme — continuó. — No puedo hablar; sufro demasiado. Pero padre tiene razón; todo

acabó. Y para que todo acabe de veras, mejor es callar. Es preciso ser la señorita N. S. Q. ¡Ay, una vez más! La pobre señorita *no se queja* sonreía con labios trémulos de desesperación ante aquel recuerdo de su dichosa infancia. — Esto se terminó — añadió oprimiéndose los ojos con las manos. Para algo tiene una noble sangre de soldado en las venas... Voy a ayudarte a deshacer tus maletas. ¿Cuántos días piensas estar con nosotros?

— Hasta el sábado. No quiero que mis suegros pasen solos el día de Pascua. Pero he sabido que eras desgraciada, ¡y claro es que!...

— Has venido a confortarme con tu presencia. Gracias, y gracias por haberme comprendido.

Se abrazaron. Después, efectivamente, se dedicaron a vaciar las maletas y a ordenar las ropas, sin aludir de nuevo al único objetivo de sus pensamientos. Magdalena Journiac era persona en extremo circunspecta, que aun al experimentar las más sinceras emociones, conservaba siempre un resto de fría lucidez. Dábase exacta cuenta de que en aquel momento toda palabra había de humillar y herir aquel torturado espíritu. Aquella misma noche, al otro día o al siguiente, una mirada, un recuerdo, una impresión, dulcificarían, atenuarían aquella cruel aridez. Esto aparte, sumíase en gran consternación al considerar las inmundas villanías de que la inocente joven habíase visto rodeada. ¿Qué significaban aquellas palabras del general Brissonnet: «Un carácter sin honor»? ¿Qué significaba, sobre todo, el paso extraordinario que se atrevió a dar la esposa divorciada de Roberto Graffeteau, y aquel relato de las intimidades más secretas de su vida hecho a una extraña? No. Ahí había algo más que una mera casualidad. Aquella mujer vino para conocer a Lazarina, para desolar su corazón. Entonces ¿sabía que su

ex marido y la joven se amaban? ¿Quién la había enterado de ello? ¿El mismo Graffeteau? ¿Era posible? ¿La voz pública? La atrevida e insensata conversación del día de la imposición de condecoraciones en el *Monte de los Pájaros*, ¿había sido advertida, observada, comentada? ¿Se satisfaría la divorciada con aquella única tentativa? De tal modo torturaban estas preguntas a la prudente primogénita, que, en el primer momento en que estuvo sola, se decidió a escribir al general Brissonnet para obtener acerca de la señora Graffeteau algunas referencias suplementarias. Hubiese deseado vivamente que tal demanda procediera del coronel, pero ¿cómo, y sin provocar uno de esos diálogos que la pobre muchacha le había suplicado la evitase, notificaría a su padre aquella visita que ocultaba Lazarina?

— Si el general contesta — se decía — y si esa mujer no vuelve a aparecer, todo queda reducido a que yo reserve las noticias que aquél me comunique. ¡Quiera Dios que no se la vuelva a ver por aquí! ¿Qué será lo que haya dicho a mi hermana, que ésta no se atreve a referirme? Lo sabré, cuando me abra su corazón. Porque me lo abrirá.

Se engañaba. De ello tuvo la primera prueba cuando a la siguiente mañana subió Lazarina a su cuarto a darle los buenos días. Su tierna solicitud de primogénita compasiva chocó de nuevo con la careta impenetrable que entra, que sale, que va y viene, que ejecuta todos los actos de la vida cotidiana, que llena todos los deberes que ésta impone, y que, pudiera decirse, es una agonía que anda.

— Yo misma te he preparado el chocolate — dijo a su hermana la valerosa niña. — Reconocerás que en la alquería nunca lo tomas tan bien hecho como éste.

Brotaban de sus labios estas palabras de la charla

familiar, y en sus ojos abrasados por el insomnio, traslucíase la misma muda adustez, el *noli me tangere* de la herida que sangra.

— Me mimas demasiado... — dijo Magdalena, colocando sobre la cama la bandeja que tomó de manos de su hermana. — Observó que éstas ardían en nerviosa fiebre. ¿Cómo desatender la súplica de silencio que se desprendía de todo aquel ser doliente? Se conformó, pues, con el convenio establecido, y bromeó acerca de su propio embarazo: — ¿Espero que con tu sobrina serás más razonable que conmigo y que no la empacharás de golosinas?

— Querrás decir con mi sobrino — replicó Lazarina. Y sonriendo, con la misma sonrisa de siempre, añadió: — ¿Y cómo está?

— No es muy buena que digamos. Da a su madre demasiados puntapiés.

Este tono semiserio, semichancero, tenía tanto de fingido, y de penosamente artificioso, que Magdalena Journiac estuvo a punto de lamentar haber venido. Pero el beso que Lazarina le dió al dejarla y la conmovida gratitud que en él vibraba, confortó y alentó su corazón. Y además, desde aquella primera mañana, comprendió que iba a ser infinitamente útil en sus caritativos oficios cerca de otra persona, de su padre, «sin más que estar presente», como dijera su hermana. Esta y el coronel — ya lo tenemos observado — se asemejaban profundamente en ciertos aspectos de su contextura moral. El también era de los que callan cuando sufren. El incidente ocurrido con Graffeteau le atormentaba, y, sin embargo, cuando volvió a ver a Magdalena no despegó los labios sobre el particular. Nada le preguntó sobre su conversación con Lazarina, y así continuó durante todo el día. Para él, la carta de Brissonnet había cancelado el asunto. Jamás vol-

vería a hablar de él. Pero la acre arruga de sus mejillas y el fruncimiento de sus negras cejas bajo la huella sonrosada de su cicatriz, así como su irascibilidad, desmentían su silencio. En determinados momentos contemplaba a su primogénita con tan complacida ternura, que decía muy claramente el dolor que la otra le ocasionaba. Sin cesar, y de igual modo que Lazarina junto a la cabecera de la madre en ciernes, evocaba la imagen de la criatura cuyo advenimiento se esperaba. Así, formaba ya proyectos para el porvenir de aquel nieto o nieta. Visiblemente, huía de sí mismo y esquivaba el odio violento que le inspiraba Graffeteau, odio propicio a la afrenta, de lo cual dió testimonio amenazador el mismo martes — y la señora Journiac había llegado el lunes. — Al declinar del día y en ocasión de encontrarse, él y sus dos hijas, reunidos junto a la mesa del te, anunció la criada al teniente Duchatel. Magdalena miró a su hermana como aconsejándola: «No le recibamos». Lazarina estaba ya en el dintel de la puerta y decía:

— Voy a su encuentro para traértele. Verás qué conmovedor y admirable muchacho es.

Un momento después, entraba guiando al oficial inválido. El coronel se había abstenido de intervenir. Se mantenía, con su taza de te en la mano, en pie, recostado contra la chimenea en que ardían nudosos troncos de olivo. El mistral empezaba a soplar y el frío se dejaba sentir. Acogió al visitante con tal contrariedad, que el ciego sin duda se hizo cargo de ella, porque su conversación, habitualmente animada y espontánea, tornóse lenta, vacilante, desmañada, hasta el momento en que el fiel amigo — su presencia en la *Casa Verde* no tenía otro objeto — pronunció estas frases:

— ¿Saben ustedes que el capitán Graffeteau ha sido

condenado al descanso por el doctor Mauriel? Se pasa los días tendido. Quiere marcharse a toda costa. ¡Es tan valiente!

No había terminado de decir estas palabras, cuando Emery abandonó la estancia en silencio. Se le oyó que en el jardín silbaba a sus perros y hablaba con un jornalero. No regresó sino un cuarto de hora después, sin explicar su brusca salida, tan opuesta a sus corteses procederes. Habló de ello al día siguiente ante Lazarina y Magdalena, pero para referirles otra manifestación de su actitud, aun más significativa. Las consecuencias del relato habían de ser harto más graves que el desconcierto de sus dos hijas y del pobre Duchatel:

— ¿Visteis cómo ayer no pude ni tolerar siquiera oír el nombre del capitán Graffeteau? Pues bien. Hoy me he tropezado con él. Tan enfermo está como vosotras y como yo, puesto que sale de paseo. Representa su papel ante el bueno de Duchatel, y es lógico. Subía desde Vertaubanne hacia el *Monte de los Pájaros*. Yo caminaba en dirección opuesta viniendo de San Salvadour. A veinte pasos de distancia me reconoció. Se detuvo. Creí que volvería pies atrás. Nada de eso: siguió andando. Nos cruzamos. Me saludó. Le miré cara a cara y no contesté a su saludo. Se puso muy colorado y siguió su camino. ¡Cómo le alivia a uno afrentar a un canalla! ¡Ah! ¡Si no fuera por su uniforme y por su condecoración!

Ahora tocó a Lazarina salir de la habitación.

— ¿Por qué le ha referido usted eso, papá? — dijo Magdalena.

— Para probarla — respondió el coronel. La herida sangra todavía. Pero es valiente. Algún día me agradecerá haberla vengado.

Como para justificar la predicción, pocos minutos después volvía la joven trayendo en la mano un ramo

de grandes, purpúreas rosas, que ofreció a su padre, diciéndole:

— Me han parecido tan hermosas que las he cogido para usted, papá. Salí para enviar a Pietro al *Consuelo* y que se entere de si mañana, Jueves Santo, habrá o no *Monumento*. Iremos allí, para que tú no te canses demasiado, Magdalena. Hyeres está demasiado lejos para ti, aun en coche.

¡Ah! ¡Cuán bien conocía ahora la hermana mayor aquella sonrisa, mejor dicho, aquel temblor de la boca que querría gritar, aquella doliente dulzura de la voz pronta a gemir y que se domina, aquella mirada de unos ojos que lloran por dentro, aquellos estigmas todos del callado martirio de su hermanita! Aquella afrenta inferida a quien no había dejado de amar — ¡y por quién! — constituía, para Lazarina, el colmo del dolor. — ¿Me hablará ahora? — se preguntó Magdalena. — Después, cuando se quedaron solas, sus esperanzas de una confidencia se frustraron de nuevo. Al chocar con la misma sombría y constante obstinación en el silencio, pensó: — Mañana, cuando visitemos el *Monumento*, quizá se enternezca. — Sabía cuán potente acción ejercía el sentimiento religioso sobre aquel triste corazón. Pero, ni cuando subieron a *Nuestra Señora del Consuelo*, ni cuando bajaron de allí en aquella diáfana tarde de Jueves Santo, se pronunció la deseada palabra, la que hubiera provocado las lágrimas de ambas y dado ocasión a consuelos inefables. No hubo más que la misma rigidez de siempre, tranquila y reservada, que un inesperado acontecimiento, aunque inevitable, iba a vencer y destruir, ocasionado — Magdalena se lo echó muchas veces en cara después — por la preferencia que dió, sin motivo, a determinado camino de regreso.

— Vayamos por el bosquecillo — dijo en ocasión

que llegaban a una encrucijada —, tardaremos algo más, pero me encuentro fuerte y nos azotará menos el mistral.

Tomaron, pues, por entre una espesura de abetos, de alcornoques y de madroños, entre los cuales serpeaba un sendero profusamente alfombrado de ramillas secas y sembrado de piñas. Retamares y madreselvas silvestres florecían por doquier. Los rigores de los vientos respetaban aquel bosquecillo, mágicamente reclinado en el seno de una colina. Apenas si las ramas altas de los árboles mayores se cimbreaban levemente. Las dos hermanas caminaban, Lazarina a pesar de sus penas, Magdalena, a pesar de su inquietud, arrulladas por el inmenso rumor desencadenado en torno de tanta tranquilidad. De improviso, un hombre surgió detrás de una roca. Era Roberto Graffeteau. Las había seguido a distancia, ocultándose y sin osar aproximarse a ellas mientras estuvieron en la carretera. Después, cuando las vió internarse por el atajo, la tentación prevaleció. Para adelantarse a ellas, cruzó a campo traviesa, como lo atestiguaban las zarzas y la hojarasca adheridas a su uniforme. Detuviéronse ellas y él habló:

— Señora — imploró dirigiéndose a la señora Journiac —, permítame, se lo ruego, que hable unos instantes con su hermana.

Magdalena lanzó una mirada a Lazarina, cuyo rostro había palidecido más aún bajo la sombra del amplio sombrero de campo.

— Creo, caballero, que ella preferirá no verse en el caso de hablarle — dijo.

— Deja, Magdalena — exclamó Lazarina interviniendo.—¿Qué tiene usted que decirme, capitán Graffeteau? ¿Por qué no me ha evitado usted el volver a verle?

— Porque me encontré con el señor Emery — res-

pondió Graffeteau. Comprendí que me despreciaba, que usted me despreciaba también, y eso no puedo soportarlo. He querido explicarme, y empezar por implorar de usted mi perdón...

— ¡Perdón? ¿De qué? — replicó Lazarina. — He estado engañada. No le acuso a usted de ello. En cuanto a explicaciones, ninguna me debe. No estaba usted obligado a referirme su vida. Quizá debió no imponerme esta entrevista. Después de las palabras que he pronunciado, me resulta harto dolorosa. Siga usted su camino y déjenos seguir el nuestro.

— ¡Pues, bien, no! — protestó el joven. — Y señalando a Magdalena, añadió: — Ante esta señora, puedo decir a usted lo que jamás la dije, señorita, lo que jamás le diría a no estar ella presente, y es, que amo a usted, y que la amé desde el primer día que la vi...

— No permitiré que prosiga usted, señor Graffeteau — interrumpió Magdalena, interponiéndose entre ambos interlocutores. — ¡Tenga usted compasión de esta niña!

Lazarina se había sentado sobre una piedra. Se levantó, y apartando a su protectora con mano trémula, dijo:

— Si eso es cierto, caballero, entonces sí es usted culpable. No tenía usted derecho a amarme, supuesto que no estaba usted libre. Debió usted ausentarse, desaparecer. No debió usted llevarme adonde me ha llevado.

— ¿De modo que usted conoce mi matrimonio y mi divorcio? ¿Se lo escribió a su padre el general Brissonnet? Estaba yo seguro de ello. Pero ¿le ha dicho también mi inmensa desventura? Si ha referido mi triste pasado, no temo su testimonio.

— No lo invoque usted, caballero — interrumpió

Magdalena. — Ha sido terrible. La actitud de mi padre se lo ha demostrado.

— Deja, Magdalena — exclamó de nuevo Lazarina. Y dirigiéndose a Graffeteau, prosiguió: — No es el general Brissonnet quien me ha dicho que estaba usted casado. He visto a su esposa. Sí, la he visto...

— ¿Ha estado en casa de usted? — prorrumpió él. — ¿Se ha atrevido?...

— Averiguó que mi padre era amigo de usted ¡y verdad es que lo era y mucho! Usted se había negado a recibirla. ¿Es cierto?

— Cierto es. Pero, ¿le dijo a usted por qué?

— Porque habían prevenido a usted contra ella.

— ¿Dijo eso?

— Sí, y muchas cosas más... Fué tan penoso para mí el oírla, que no quisiera repetirlas. Me hacen conocer harto claramente lo que he sido para usted.

— ¿Lo que usted ha sido para mí? — interrumpió Graffeteau. — No entiendo.

— Bien fácil es de entender — dijo Lazarina. — Ha jugado usted conmigo, como jugó con tantas otras.

— ¿Con tantas otras? — repitió él. — La conversación que sostuvo usted con esa mujer, ¿la hizo creer eso de mí? ¿De modo que me ha exhibido ante usted como... — vaciló — como un seductor?

— No. Como un hombre ávido de emociones, sin que al lograrlas se preocupe del daño que sus caprichos pueden ocasionar a los demás. Me habló de sus celos.

— ¿De sus celos?

— Sí, y también me refirió sus faltas, sus coqueterías para reconquistar a usted, la incompatibilidad de sus caracteres, su divorcio.

— Y usted ¿la creyó?

— La creí.

— Entonces — preguntó él después de breve silencio —, ¿usted cree que yo he jugado con usted?

— Usted puede demostrarme lo contrario.

— ¿De qué manera? — dijo el joven.

La muchacha dejó caer sus párpados y se replegó sobre sí misma, reconcentrando toda su energía. Luego replicó:

— Portándose como un hombre honrado. — Después, mirándole con ojos en que refulgió un chispazo, prosiguió: — Si usted me ha profesado verdadero afecto, debe procurar que yo no conserve un recuerdo demasiado ingrato de nuestras relaciones. Y no lo conservaré, si puedo creer que por mi causa ha vuelto usted a un camino que jamás debió de abandonar.

— No estoy soñando — dijo Graffeteau después de otro corto intervalo. — ¿Usted querría que yo me reconciliara con esa mujer?

— Con su mujer — rectificó Lazarina —, porque sigue siéndolo. Lo sabe perfectamente, así como que dos seres, unidos ante Dios, no pueden ser separados por los hombres.

— Oigame usted, señorita — respondió Graffeteau con voz en que no se traslucían ya la sorpresa y el aturdimiento anteriores, sino una firme voluntad —: no puedo discutir con usted la abominable mentira de que soy víctima. Sería enlodar su alma. Sería faltar al respeto que siempre la dediqué — usted seguramente lo reconoce así — y al culto que la he consagrado. Lo que esa mujer pueda decir de mí a otras personas, me es indiferente. Vuelvo a repetirlo: he sido muy culpable para con usted, pero no de esa manera. No, de esa manera, no. No he jugado con el corazón de usted ni con el de nadie. No soy hombre para eso. Como es natural, después de haber carecido de franqueza hasta tal extremo en mis relaciones con usted, no puede us-

ted creer en mis palabras. Me voy dentro de cuatro días. Antes de cuarenta y ocho horas habré dado con el medio de que esa mujer venga a retractarse de sus calumnias. Preciso será entonces que me haga usted algo de justicia. Adiós, señorita. Adiós, señora.

Desapareció entre el pinar. Cuando estuvo a solas, miró su reloj:

— Llegaré a Almanarre a la hora del tren. Estaré en Tolon a las cuatro y en Tamaris a las cinco.

Y echó a correr, en tanto que en el lugar en donde acababa de verificarse la entrevista, fecunda en trágicas consecuencias, ambas hermanas reanudaban su paseo. Tan trastornada se encontraba Lazarina, que Magdalena hubo de prestarle el apoyo de su brazo.

— Le he mirado detenidamente, — acabó por decir la primogénita, — mientras te hablaba. No soy sospechosa de predisposición a su favor. He sentido la impresión de que esta vez, al menos, no fingía. Por lo demás, pronto sabremos a qué atenernos respecto de esa mujer. He escrito a Brissonnet para adquirir detalles más precisos acerca de los motivos del divorcio. Si en ese punto te mintió ella, te engañó en todo lo demás.

— ¡Ah! ¡Si se me pudiese demostrar eso — dijo Lazarina — y quitar de mi corazón la angustia de que toda mi felicidad no ha sido más que una mentira!

— Luego ¿sigues amándole? — se atrevió a preguntar Magdalena.

El maltrecho corazón se abría al fin.

— ¡Siempre! — dijo Lazarina con tristeza y con honda gravedad — ¡y para siempre!

VI

Conforme lo esperaba, Roberto Graffeteau tuvo el tiempo suficiente para subir al tren de Tolon en la pequeña estación de Almanarre. Cuando estuviese en Tolon, ya daría con el medio de trasladarse a Tamaris, distante de allí tan sólo diez kilómetros. Luego, ¿qué haría? Lo ignoraba. De lo que sí estaba seguro era de que haría algo. Sofocando en sí mismo, desde tantas horas atrás, tantas contrapuestas emociones; agitándose, sin confidente ni testigo, en medio del tumulto de un pensamiento encarcelado dentro de sí, la sola idea de actuar, de hacer algo, fuese lo que fuese, le confortaba ya, le daba nuevos alientos. El diminuto tren local corría a lo largo del golfo azul de Giens, risueño panorama asociado para el infeliz a seductores recuerdos y dolorosas reminiscencias, y representábase la imagen de la temerosa hembra hacia la cual le arrastraba la locomotora. ¡Cuánto la aborrecía, por haber osado realizar aquel acto inverosímil, aquella visita a su amada, y proferir su odiosa calumnia! No conocía ni los términos ni la extensión que ésta alcanzara. Sin embargo, Lazarina había dicho lo suficiente para que él puntualizara dos consecuencias: la primera, que su personalidad había sido deformada, mancillada, ante aquel noble y sencillo espíritu; la otra, que la joven no le amaba por eso menos apasionadamente. Esta doble evidencia provocaba en él sentimientos contradictorios. ¡Inefable muestra de amor que enajenaba su alma era sentirse amado a pesar de sus faltas, de sus omisiones, de sus vicios, de sus mentiras, ¡a pesar de todo! Pero también ¡cuán triste degradación la que implicaba haberse visto admirado, comprendido en lo

mejor de sí mismo por la mujer amada y hallarse después envilecido, maltrecho ante aquel mismo corazón, siempre fiel en el desprecio y en el perdón, en lugar de serlo en el júbilo y en el entusiasmo! Una particularidad hacía a Graffeteau más amarga la caída. Teresa — él se daba cuenta de ello — tuvo el cruel ingenio de inventar contra él una calumnia verosímil. ¡Razón de más para que nada de ella subsistiese! Pero ¿cómo? Sólo la autora podía destruir su obra. Era indispensable que Teresa le escribiera una carta que él pudiera enseñar, en que confesara haber mentido tanto en lo referente a su matrimonio, como a su divorcio, como a todo lo demás. ¿A qué procedimiento apelaría para obtener esa retractación? A otra mujer cualquiera, pudiera Roberto decirle: «Soy muy desgraciado. Usted no ha querido hacer lo que ha hecho. La había ofendido. Ha cedido usted a un impulso de venganza. Ha ido usted demasiado lejos. Recapacite usted. Sea usted generosa. Repare usted el mal causado.» A otra sí, pero ¿a ésta? Aun cuando la altivez del joven no se rebelara contra ese intento, su raciocinio le hubiera bastado. De antemano oía: «¿Es usted desgraciado? ¡Mejor que mejor!» No, Teresa no había procedido inconscientemente. Graffeteau se encontraba de nuevo frente a frente con el espanto que en otros tiempos sintiera ante las tenebrosas profundidades de aquel carácter, del que, a través de los años, surgía contra él tal avalancha de maldad. ¿Cuál sería su origen? ¿Qué esperaba de él, y qué decepción era aquella que la arrastraba hasta el furor? Volvían a su memoria las frases de la carta que recibiera después de la solemnidad del *Monte de los Pájaros*. ¿Habría sido sincera aquella carta? ¿Sería posible que su brutal contestación hubiese sido la que entregara aquella mujer arrepentida a sus peores instintos? Tal suposición le hizo encogerse

de hombros. Viviendo Teresa del modo que vivía, aquella carta mentía. La escribió por perversidad, y por perversidad también, habló a Lazarina. ¿Luego conocía el sentimiento de Graffeteau por la joven? Allí radicaba para él el misterio de los misterios, el dolor de los dolores; en el hecho de que aquella mujer asociada a sus recuerdos más impuros, posara su mirada sobre el más caro, el más íntimo, el más casto de sus secretos. Este solo pensamiento le traspasaba el corazón. Hubiera expresado su dolor a gritos. Un instinto de ferocidad se despertaba en él. Aparecíasele Teresa como una bestia maléfica, irreductible, a no ser por la fuerza, y a quien no podría domeñar sino asustándola. Se repetía: «¡Asustarla! ¡Asustarla!» Pero ¿cómo? ¿Amenazándola en la persona de su amante? Graffeteau se contempló a sí mismo, realizando, en pleno divorcio — ¡qué ironía! — el ademán vengador, ante el cual, en pleno matrimonio, retrocediera; se vió buscando al tal Faverolles, insultándole, provocándole. ¡No cabía absurdo mayor y más escandaloso que un duelo semejante en lo más álgido de la guerra! ¿Sabía siquiera si Teresa se interesaba por aquel hombre? No. A ella, a ella sola y en su propia persona es a quien había que atemorizar. Surgió otra visión: Teresa aterrorizada, y él ante ella, con un arma en la mano, como para matarla, si no escribía la carta reparadora. «¡Me vuelvo loco — se dijo —; lo que debo hacer es ofrecerla dinero.» Recordó los términos que usó Brissonnet para tratar de ella y de Faverolles. «Una mujer descalificada que casi le ha arruinado.» Luego está necesitada — dedujo. — Nada de particular tendría. Después de divorciarse, debió de seguir siendo tan derrochadora como lo fué en su hogar — ¿por qué había de haber cambiado? —, incapaz de contar, de privarse de un capricho; siempre empeñada y, como dice el vulgo,

vistiendo un santo y desnudando a otro. Con un ademán instintivo, Graffeteau sacó su cartera. En ella había varios cheques en blanco. El tren llegaba a la estación de Tolón. Abandonó el ángulo del vagón, casi tranquilizado por esta determinación.

«Toma y daca. Daré cuanto quiera por la carta. No puede negarse a este trato. Le interesa demasiado. Lo más corto es alquilar un auto que me lleve a Tamaris y me vuelva a traer al *Monte de los Pájaros*. Mañana, la señorita Emery tendrá la carta en su poder. Se la enviaré a su hermana.»

Apresuradamente se dedicó a la rebusca de un garaje a través de las calles de la gran ciudad desconocida. Nunca durante los tres últimos meses tuvo la curiosidad de visitarla, inmovilizado como lo estuvo por su pasión en el rincón del mundo donde Lazarina vivía y respiraba. Sus compañeros, un tanto engañados por las apariencias, hubieron de quejarse en su presencia, en varias ocasiones, de que en las actuales circunstancias continuara haciéndose en Tolón la vida fácil y regocijada de antes de la guerra. En efecto, una muchedumbre locuaz y bullidora invadía las plazas y bulevares. Aunque el mistral hacía crujir los toldos de las tiendas y levantaba densos torbellinos de polvo, los veladores de los cafés llenaban las aceras y se veían rodeados de consumidores que leían y discutían la prensa periódica de la tarde, a la vez que paladeaban el aperitivo. Multitud de mujeres, empolvadas y pintadas, vestidas de corto, con arreglo a la última moda, circulaban por entre los marineros y los soldados, ante las tiendas ya deslumbrantes de luz, aunque un débil resplandor del día moribundo bajaba aún del cielo azul obscuro, del todo limpio de nubes. La vitalidad meridional se ostentaba por doquier, tan ruidosa como inofensiva. En el *Monte de los Pájaros*, en aquel oasis

de convalecientes poblado de heridos uniformados, el oficial no había dejado de sentirse próximo al frente de combate. ¡Cuán alejado de él se encontraba en este sitio! En cualquier otro momento se hubiese indignado. ¿Con qué derecho lo haría, cuando él mismo, en medio de la espantosa calamidad que agobiaba a la nación, no pensaba más que en el drama íntimo y personal de sus amores? Esta consideración le sugería, si no remordimientos, por lo menos cierto embarazo, que avivaba su rencor contra la mujer causante voluntaria de un nuevo y violento episodio de aquéllos. Afortunadamente, éste sería corto.

— ¿Un automóvil, mi capitán? — le dijo el amo de un garaje, que al cabo logró descubrir. — Tengo veintenas de carruajes de las mejores marcas. — Y al decir esto, mostraba cinco carricoches que lucían su falta de barniz, sus neumáticos remendados y sus ruedas desensambladas. — Pero *chauffeur* no tengo ni uno. Todos me los llevaron a la indecente guerra. ¡Y así quieren que marche el comercio! Los dos que me quedan, están haciendo un servicio. ¿Que le lleve a usted yo mismo? ¡Imposible! En primer lugar, no tengo a quién dejar al cuidado del garaje, y, además, vea usted esta mano... Me la estropeé hace días seriamente. — Y mostraba una descomunal manota hinchada, cuyos dedos apenas si podían moverse. Luego, riendo, comentó: — Es casi una herida de campaña. Me la hice conduciendo a un almirante. ¡Ni más ni menos! Vuelva usted por aquí dentro de hora y media o dos horas... Uno de mis subordinados habrá regresado seguramente, y veremos si quiere servir a usted... Porque hay que ver cómo las gastan hoy los obreros. ¡Hay que sufrir! Ya va siendo hora de que todo esto se acabe. Pues ¿y el precio de la gasolina?

— ¿Hora y media? — interrumpió Graffeteau. —

Tengo mucha prisa. — Luego, y siguiendo una idea que cruzó por su imaginación, preguntó: — ¿Se puede comunicar por teléfono con Tamaris?

— ¡Imposible, mi capitán! He tenido que suprimir el teléfono este año. Hay que hacer economías. Pero puede usted telefonear desde la estafeta de correos, que está ahí al lado. Todo seguido; la tercera calle a la derecha, dando la vuelta por el paseo.

El contratiempo que este retraso significaba recordó de súbito al demente los detalles prácticos del paso que intentaba. En el frenesí de su arrebato, no se le ocurrió que Teresa podía estar ausente de Tamaris, o estar allí y acompañada. Iba a cerciorarse de ello. Cuando, dentro ya de la cabina telefónica, obtuvo comunicación con el *Eden Hotel* y supo que en él se hallaba la señora Alidiere, se dispuso a colgar el receptor. El telefonista del hotel le dijo: — Voy a avisar a esa señora. — Y entonces esperó. Dos minutos después, resonó en su oído una voz harto conocida, siempre idéntica, profunda y dulce, susurrante y acariciadora. «Su mayor mentira es su voz» pensó él, en tanto que en la tableta resonaban estas palabras, bien insignificantes en sí mismas:

— ¿Quién llama?

— Yo — se atrevió el joven a contestar sin nombrarse. Con gran firmeza, repitió: — Yo. ¿Me ha reconocido usted?

— Sí — contestó la voz después de un instante de silencio. — ¿Desde dónde me habla usted?

— Desde Tolón. Necesito ver a usted hoy mismo. Tengo que hablar a usted.

— Es extraño — dijo la voz, y con recalcada ironía articuló una de las frases de la insultante carta: — Estaba yo en la creencia de que *todo intento de acercarme a usted sería inútil.*

— No bromee usted — respondió él. — Repito que necesito ver a usted y que la veré.

— Bueno — dijo la voz después de otro silencio. — Precisamente voy a cenar en Tolón con el señor Faverolles. Estaré en la plaza de Armas a las seis y media.

Y nada más. Aquel breve diálogo bastó para dar al joven la impresión de que un acontecimiento enorme acababa de verificarse. Aquella inminente entrevista con su ex esposa, que tan sencilla y tan indispensable le parecía momentos antes, ahora le inquietaba. La singular facilidad con que le concedió la cita solicitada, después de un ultraje vivamente sentido — si no ¿a qué venía el recuerdo de su cruel misiva? — le desconcertaba, le extrañaba. La orden imperativa de su frase: «la veré» proferida como un reto, no influyó para nada en su aquiescencia: de ello se daba él cuenta perfectamente. Por parte de Teresa implicaba una actitud no de sumisión, sino de ataque. ¡Cuántos indicios existían de que ella, desde hacía algún tiempo, pensaba en él, le amenazaba! Por centésima vez, los examinaba, los compulsaba uno a uno: la extraña carta, a la que no dió crédito, implicaba, sin embargo, cierta sinceridad y el deseo de impresionarle. ¿Cómo se explicaba, sino por espíritu de venganza, el extraordinario intento puesto en práctica cerca de Lazarina Emery? Y ese paso presuponía también una previa indagatoria, una maniobra de cazador en torno de su presa. Una explicación a todo ello se le ocurrió de improviso. Recordó uno de los más repugnantes secretos de su intimidad conyugal, el sensual ardor de los besos de su mujer, precisamente en los días en que más sospechaba él ser traicionado. Le horrorizó el pensamiento de poder ser objeto de un deseo de ese linaje, sencillamente por vivir ella con otro hombre y

por amar él a otra mujer. En aquel momento había salido de la estafeta de correos y de nuevo se encontraba en la calle. Percibió su rostro en la luna de un escaparate y le impresionó su densa palidez. Aquel comienzo de contacto había bastado para relegarle al ambiente de impresiones deletéreas en que Teresa le mantuvo tanto tiempo por la servidumbre de los sentidos. ¡Cuánta razón tuvo para compararla con una bestia maléfica! Al pasar ante el escaparate de un armero, no pudo evitar el detenerse. Sus ojos sintieron como una caricia al percibir los azulados reflejos de los cañones de escopetas y pistolas. Sólo la vista de aquellos mortíferos artefactos le producía una sensación de descanso. Representaban para él la batalla, la vida arriesgada noblemente, el desquite de las bajezas cuyo infecto hedor acababa de aspirar de nuevo, después de tantos años. Recuerdos más recientes que los de las afrentas de su hogar se despertaban en su memoria, sobre todo el de la ejecución, por él realizada, de un soldado alemán. Habíale visto, después de un combate, estando herido y postrado en tierra, asestar su revólver contra el médico que se inclinaba sobre él para asistirle. Graffeteau mató de un balazo a aquel hombre, como si hubiera sido un perro hidrófobo. ¿Mediante qué asociación de ideas entró en la tienda y regateó un revólver semejante al que utilizó en aquella misión justiciera? No hubiera podido explicarla, como tampoco, por qué volvió a dejar el arma sobre el mostrador en lugar de comprarla, diciendo: — Ya veré si me decido. — La imagen de Lazarina se le había aparecido y había exorcizado la tentación, imprecisa, vaga, casi inconsciente. Sin embargo, si una terrible idea no hubiera cruzado como un relámpago por su imaginación, ¿hubiera pensado de nuevo en la joven con tanto fervor, a la vez que reanudaba por las calles

su caminata de espera? Ya no era el hombre que recuerda haber matado, era el huésped encantado de la *Casa Verde*, el convaleciente de cuerpo y alma que allí se sintió renacer para las más altas y dulces emociones.

«¿Qué hará ella en estos momentos?» se preguntaba. «¿En qué pensará?»

Veíala en el gabinetito, bajo la luz de la lámpara, inclinada sobre la mesa, taladrando las hojas de papel que luego habían de servir para las lecturas de Duchatel. El padre, su juez y su enemigo de ahora, seguía sobre un plano los detalles del «comunicado oficial». La hermana, la señora Journiac, se ocupaba en alguna labor de aguja. Durante un reciente encuentro, creyó sorprender Graffeteau en la mirada de ésta, algunos indicios de sorpresa, de compasión. Se repitió:

«A ella será a quien envíe la carta que arranque a Teresa.»

Esta evocación le fortaleció, como si, aun a distancia, un benéfico efluvio emanara de la pura y delicada niña. Se irguió, lleno de energía y esperanza. La entrevista con Teresa se aproximaba a más andar. Mejor. Mejor también que se verificara en una plaza, en que se verían obligados a constreñirse por la presencia del público. Quedaba por resolver el problema material de escribir la carta. Graffeteau no quería marcharse de Tolón sino llevándola consigo. El salón de visitas de cualquier hotel serviría para el caso. Preguntó por la dirección de la plaza de Armas. Al llegar a ella, miraba, de paso, las fachadas de los edificios. Hizo desde luego su elección con el fin de evitar toda duda respecto de la duración de la entrevista que al fin iba a verificarse, porque en el frontis del hotel preferido, el cuadrante luminoso de un gran reloj señalaba las seis y veinticinco minutos. Apresuró el paso y desembocó en la plaza con el tiempo preciso para

ver detenerse en la esquina de la calle Pastoureau un automóvil particular, bruñido, barnizado, deslumbrante con el fulgor de sus faros eléctricos y el brillo de sus cobres, y conducido por un *chauffeur* frioleramente embutido en pieles. Del carruaje descendió una mujer, que dió una orden. Era Teresa. Permaneció un momento inspeccionando el coche que se puso en marcha y dió la vuelta. Graffeteau se mantenía a cierta distancia en plena luz. La dama se encaminó en derechura hacia él, que la miraba llegar, alta, flexible y esbelta, envuelta en una larga capa de nutria, cuyo matiz lustroso y obscuro imprimía a su tez más claro brillo. No se olvidó en la ocasión presente de aderezarse, y el rosado provocativo de sus mejillas, el húmedo carmín de sus labios, la difuminada negrura de los párpados, el reflejo del cabello teñido con *henné* bajo una toca de terciopelo negro, hacían de ella una aparición harto acorde con cuanto él conocía de su existencia. Cuatro años de vicio habían marcado con sus estigmas aquel rostro, hermoso como siempre en su cansancio; más bello quizá, porque al demacrarse se había afinado más aún, en torno, principalmente, de la nariz y de la boca; muy bello, sí, pero con belleza de ramera. Fuese por querer mostrarse indiferente, o por afectar aplomo, acudía Teresa a la cita que diera al hombre cuyo apellido llevó un día, llevando bajo el brazo su perrito pekinés. Aquella especie de bibelot viviente, de aplastado hocico, con cabeza de monstruo de cerámica, lanzó un gruñido, desde las profundidades de su profuso pelaje bronceado, cuando Graffeteau se acercó a su ama.

— Toti, formalidad, — dijo Teresa dirigiéndose al lindo animal; y colocándole en el suelo sin soltar el cordón que lo sujetaba, contestó con una leve inflexión de cabeza al saludo que el joven le dirigía. Con la mis-

ma tranquilidad que si se hubiera separado de Roberto el día antes, y como si nada hubiera pasado entre ellos, dijo: — No hay que tenerle ojeriza. Es orgulloso. Se acuerda de que es un principito asiático.

El descaro de estos comienzos, visiblemente encaminados a irritar a Graffeteau escarneciéndole, dió, por el contrario, como resultado el de afirmarle en su sangre fría. El sobresalto que le causó la voz de aquella mujer, oída en el teléfono, no se repitió. Hacía un momento, aquella voz era el pasado, con sus extravíos y con sus embriagueces, con sus remordimientos y sus emociones y sus locos arrebatos de turbulenta y profunda sensualidad. La mujer que ante sí tenía, era el presente, con sus menosprecios y sus repugnancias. Decididamente no podía ya hacerle sufrir, sino a través de otra persona.

— ¿Ha adivinado usted el asunto de que quiero hablarle, señora? — empezó él.

— Sí, Roberto, — replicó ella mirándole y envolviéndole con sus rasgados ojos violáceos. Andaban uno al lado del otro, bajo los plátanos descopados que circundan la plaza. A través de las largas ramas apenas cubiertas de follaje, que el viento azotaba con violencia, empezaban las estrellas a despuntar, muy pálidas sobre el fondo azul obscuro del firmamento. Teresa continuaba diciendo: — Como sé que es usted un cumplido caballero, he supuesto que lamentaba usted la respuesta que dió a mi carta, y que así quería manifestármelo.

— ¿Y no ha pensado usted en cierta visita que ha hecho en las inmediaciones del *Monte de los Pájaros*, y en la forma en que habló usted de mí?

— ¡Ah! ¿Era para eso? Debí figurármelo. Mucho quiere usted a esa joven.

El, a su vez, la miraba. Ella pudo leer en sus negras

pupilas una fría y dura resolución; la de un hombre dispuesto a no dejarse apartar del objetivo a que se encamina directamente, y a cortar toda discusión ajena a él. Vaciló, sin embargo. Tenía en los labios ese grito: «Prohibo a usted que hable de ella». Pero bruscamente exclamó:

— Sí, la amo, y por eso precisamente no quiero que conserve de mí la opinión que usted la sugirió.

— Eso fué cabalmente lo que yo me propuse, — dijo ella.

La miró de nuevo, y ásperamente murmuró:

— Debe usted, sin embargo, comprender que si me encuentro aquí es porque estoy decidido a todo.

— ¿A qué? ¿Se puede saber? — interrogó ella. — ¿Y para obtener qué?

— ¿Qué? Es muy sencillo: que me escriba usted una carta en que me diga que al hablar a la señorita Emery cedió usted a un impulso de ira y de rencor; que lamenta usted haberlo hecho y que es falso que nuestro divorcio obedezca a faltas mías, como también lo es que yo haya dado motivo a celos de usted. Ha calumniado usted mi carácter. Se retractará usted francamente, formalmente, sin equívocos.

— ¿Nada menos que eso? — rió ella burlonamente.

— Nada menos que eso — repitió él. — Me debe usted esa reparación. Le parece a usted dura. Para endulzarla, estoy dispuesto a hacer grandes sacrificios.

— ¿Qué quiere decir eso? — preguntó ella.

— Se trata de un contrato — respondió él — cuyas condiciones determinará usted misma.

— Eso es peor aún que su carta, — dijo ella. — ¿De suerte que usted me ofrece dinero para...?

— Sí, — afirmó él, — y el asunto puede liquidarse en diez minutos. No tenemos más que entrar en un

hotel cualquiera. Usted escribe la carta, yo firmo el cheque y quedamos en paz.

Anduvieron, sin hablarse, durante algunos instantes. Al ver que ella se encaminaba hacia la calle, creyó él que aceptaba su brutal proposición. En tanto continuaba examinando aquel hermoso rostro que tanto amó y cuya audaz expresión se hacía siniestra.

— Pues bien, — dijo al fin Teresa cuando salieron de la plaza, — voy a asombrar a usted. Me presto a escribir esa carta. Me ha invitado usted a poner condiciones y yo las pongo. Son éstas. No quiero dinero de usted. Lo que quiero es que tengamos una explicación, pero completa y en el momento que yo elija. Esta noche, a las diez, espero a usted en Tamaris, delante de la verja del parque del *Eden Hotel*. No cabe que se equivoque usted. El sitio de la cita está en el ángulo que forman las dos carreteras, al venir del Seyne. Hay allí un gran rótulo en letras doradas, iluminado por la electricidad. Si acude usted, tendrá la carta. Si no asiste a la cita, nada en el mundo, — usted me oye y me conoce, — nada en el mundo me obligaría a escribirla. Vamos, Toti, déjate coger...

Se inclinó hacia el suelo y levantó el perrito entre sus brazos. Antes de que Graffeteau hubiese contestado, se alejó. Se encontraba ya distante, andando con paso rápido, por en medio de la calle, confundida con una avalancha de transeúntes tan espesa, que no hubiera podido, sin promover un escándalo, alcanzarla y retenerla contra su voluntad.

VII

Sobre esa protección de la muchedumbre contaba la astuta hembra en primer término. Su intervención evitaba la prolongación de un diálogo en cuyo curso

evidenció ella bien pronto su impotencia para dominar a su interlocutor. Las breves frases cambiadas, rápidas como el primer pase entre dos duelistas, la decidieron. *Rompía* ella, pero era para reanudar el combate algunas horas después y en condiciones más ventajosas. Un instinto tan infalible en ella como el del terreno en un espadachín, la permitió adivinar, en el acto, dos cosas: la primera, que en aquel momento un nuevo amor protegía a Graffeteau como un mágico talismán, y la segunda, que al dar al joven aquella nueva cita para las diez de la noche y en su hotel, suscitaría en él un conflicto de conciencia. Vacilaría entre asistir o no asistir. Tal deliberación, al girar en torno de ella, despertaría los recuerdos de su vida común y los reanimaría. Iría, sin duda, por aquistar la carta justificativa que tan apasionadamente reclamaba, según ella pudo ver, y decidido a obtenerla por la violencia. Cuenta de ella era acercarse a él, envolverle, fascinarle. Allá, en Tamaris, no sería ya el irreductible adversario de ahora. Cuando llegara, sería ya presa inconsciente de las imágenes del pasado. La discusión consigo mismo sostenida, le habría sumido en las profundidades de sus recuerdos sensuales. A pesar suyo, sentiríase turbado. Entonces ella habría de terminar aquella empresa de reconquista, en que tendría como cómplices la soledad, la noche, la ocasión y la juventud de Roberto, y por armas su belleza, su astucia y su propio deseo. Porque aquel deseo depravado, aquel apetito malsano de llevar a cabo una aventura amorosa con su ex marido, no hizo más que aumentar durante aquellos cinco días, exasperado por el rencor y sobreexcitado por los obstáculos, la dura contestación de Graffeteau, su amor hacia otra mujer, su indignación con motivo del paso que ella se atreviera a dar cerca de la inocente niña. Ante cada una de estas contrariedades

la herida habíase profundizado y como ahondado en aquella enfermiza sensibilidad. No sólo se inspiraba en la astucia la premeditación de la tentadora cita. Había en ella también algo de la irritación del amor propio herido en lo vivo, y algo también, más culpable aún, de capricho femenino, al cual tampoco era ajeno el recuerdo del pasado conyugal. Tal desvarío de aquella corrompida sensibilidad podría resultar ininteligible si no se indicaran las tristes interioridades patológicas de un ardor cuyo contagio fascinara a Graffeteau en días de flaqueza. La anomalía, que le extrañaba al recordarla a través de los años, existió realmente. La idea de la humillación que infligía a su marido una coparticipación semiconsciente, había sido un atractivo perverso, sádico, permítase la palabra, para aquella mujer predispuesta a todo desequilibrio. El opio y sus delirios no la habían normalizado. Al volver a ver a Roberto, tan noblemente transformado, cuando tan degradada se veía a sí misma, la sedujo la tentación de saborear de nuevo durante algunos días, algunas horas quizá, las sensaciones de antaño, con el picante aliciente de esa misma diferencia de nivel moral. Enloquecer al héroe y al enamorado, reconquistarle, hacerle olvidar, renegar, sacrificar su honor y su pasión, avasallarle al envilecerle, ¡qué triunfo! En tanto que se encaminaba a su otra cita, no sin mirar de reojo si la seguía Graffeteau, semejante perspectiva la confortaba, la interesaba, la divertía. ¡Cuántas veces, en el transcurso de las últimas semanas, había recorrido aquellas mismas aceras para reunirse con Faverolles en el mismo sitio! ¡Qué cansancio, qué repugnancia, qué hastío de su existencia, tan triste, tan sombría, bajo su aparente frivolidad, había experimentado entonces! Ahora movíase y andaba rápida, ágil y vibrante. — Sí — repetíase en voz baja —, Roberto vendrá.

No puede dejar de venir... ¿Y si no viene? — En estos términos formulaba su duda, pero en realidad no la admitía. La intensidad de su capricho era ya harto dominadora. Otra objeción surgía en su pensamiento: — ¿Y si Guido quiere llevarme consigo o acompañarme a casa? ¡Bah! Ya me las arreglaré de modo de retirarme después de cenar y sola...

Esta dificultad, además de las otras, acababa de poner en tensión sus nervios ya tan vibrantes. Aquella emoción animaba su tez, harto pálida habitualmente bajo el afeite, y su mirada fija, a veces, en demasía. Un asomo de sonrisa de reto y de esperanza dulcificaba el amargo mohín de su boca. Aquella vitalidad de su fisonomía la agraciaba deliciosamente. Conocíalo ella con ese instinto de mujer bonita que no necesita de espejo para comprobarlo. Tuvo de ello confirmación inmediata al entrar en la pastelería ante la cual se hallaba su automóvil, y en donde la esperaba Faverolles. La dueña del establecimiento, en pie junto al umbral, la saludó con esta exclamación:

— Siempre está usted muy guapa, señora Alidiere, ¡pero esta noche!... Al verla venir, me decía: No hay dos como ella en Tolón... ni en ninguna otra parte.

Tal grosera adulación de una meridional perspicaz a una cliente que no discutía nunca las cuentas, no podía, sin embargo, desagradar a Teresa. Era como prenda de su triunfo en el asalto que se disponía a emprender. Era necesario, lo primero, que la noche le quedara libre. La misma fondista se lo recordó al decirla:

— La llegada de la señora satisfará mucho al amigo de la señora. Está en el salón del fondo, en su mesa de costumbre, con un oficial. Le inquietaba el retraso de la señora. Ha preguntado ya dos veces por la señora.

— Pero si no vengo con retraso... — dijo Teresa. —

Así era la verdad, y en el acto se explicó las impaciencias de su «amigo». La jerga galante contemporánea hace uso de estas gazmoñerías que un Rousseau calificaría de «viles decencias». La pastelería en donde el *chauffeur* militar «emboscado» en Tolón, y su querida, instalada en Tamaris, gustaban de reunirse, se componía de dos amplios salones. Uno, con vistas a la calle, ornado de un vasto mostrador, estaba destinado a la venta de pasteles y golosinas. El otro, en el fondo del local, justificaba el *Five o'clock Tea* de la muestra. Las paredes revestidas de estuco, los enormes espejos orlados de flores y follaje pintados, las mesas con tablero de cristal, las sillas estilo Luis XV, los contorneados festones de las tulipas que irradiaban la luz eléctrica; todo aquel decorado, nuevo y flamante, daba testimonio de una aspiración a realizar el tipo de un elegante salón de te parisién. El local, en aquellos momentos, rebosaba de concurrencia. Veíanse uniformes por doquier; aquí, de guardia-marinas y tenientes de navío, de tonos azules, casi negros; allá, de oficiales de ejército, de color azul celeste. Por doquiera, también había mujeres, en su mayor parte ultraalhajadas, y reinaba un confuso tumulto de conversaciones sostenidas a un tiempo en torno de tazas de te, de tazones de chocolate, de copas de Oporto y de vasos de bebidas heladas. Aquí y allá una cabeza vendada, una manga vacía y replegada sobre el hombro, una mano posada sobre una muleta, recordaban la guerra y sus tragedias. Aquel ruidoso bullicio, en un ambiente cargado de humo de tabaco, de vapores de alcohol y de olor a polvos de arroz, ofrecía con aquellos dolores tan patentes uno de esos contrastes que en todo tiempo causaron la tristeza de los moralistas, porque tales fenómenos se reproducen de punta a cabo de la historia. ¿Dependen quizá de alguna gran ley que regula la dis-

tribución de las fuerzas morales de los pueblos? En tal supuesto, cierta expansión de la vida frívola y ligera, frente al esfuerzo heroico, sería la condición necesaria para la resistencia prolongada de las calamidades públicas. Hay, sin embargo, un límite para el regocijo de los que permanecen en la retaguardia, y visiblemente Guido de Faverolles lo había dejado ya muy atrás con el suyo. No bien Teresa le divisó, cuando se dió cuenta de ello: se hallaba su amante en ese estado de locuaz excitación que los aficionados al *chandoo* llaman entre sí «asomo de opio». Hablaba y reía en alta voz, gesticulaba y movíase con la expresión de optimismo y de satisfacción consecutiva a las tres o cuatro primeras pipas que fuma un buen aficionado. Frente a él estaba un teniente condecorado con la cruz de guerra. Teresa reconoció en él al Enrique Calvignac que le fué presentado el sábado anterior en el *Monte de los Pájaros*. Habíala documentado Faverolles acerca de la moralidad privada de aquel mozo, célebre entre la cohorte de jóvenes vividores por la sospechosa aventura de su boda. Había raptado y se casó con la hija del primer matrimonio del opulento Moreau-Janville, después de haber sido amante de su suegra. Estalló la guerra y se batió con extraordinaria bizarría. Resultó herido. Estaba próximo a regresar al frente e iba a batirse con igual ardimiento, pero sin que tal valentía pareciera haber cambiado en lo más mínimo su idiosincrasia de advenedizo y sibarita. Y es que para deducir una enseñanza de los sufrimientos propios, del esfuerzo personal, es necesario considerarlos como pruebas y no como meros accidentes. Porque la prueba presupone la existencia de *Alguien* que nos la impone y de una significación de la vida y de la muerte, del misterio que llevamos en nosotros y que por todas partes nos rodea. Pero para cualquiera de esos paga-

nos de la orgía parisién, como lo era aquél, son éstas, no más que hueras fórmulas. En aquel momento el astuto personaje fumaba un cigarrillo, a la vez que observaba cómo Faverolles se dedicaba, menudeando los *cock-tails*, a convertir su ligero aturdimiento en completa embriaguez. Tres platillos vacíos indicaban el número de vasos bebidos. El toxicómano saboreaba a la sazón el tercero. Su comensal hacía otro tanto con el primero, apenas comenzado. Teresa vió que se volvía para llamar al camarero. Oyó que gritaba:— Otro *manhattan* para el señor Faverolles. — ¿A qué venía esa insistencia? Se la explicó a la dama la primera mirada que la asestó Calvignac y las primeras palabras que cruzaron:

— ¡Qué simpático es este Enrique! — decía Faverolles, a la vez que la benevolencia de su iniciada embriaguez se mostraba riente en todas las arrugas de su rostro, precozmente marchito. Ha salido esta mañana del *Monte de los Pájaros*. Su mujer le espera en París y él me dedica veinticuatro horas.

— A mí mismo me las he concedido — respondía Calvignac. — Nunca me hubiera consolado, señora, de haber abandonado el Mediodía sin volver a verla.

— ¡Y que no es zalamero! — exclamó el otro. — Desconfía Teresa: éste, en el paraíso terrenal, era serpiente... Para empezar — continuó — cenaremos juntos. He comprometido en nuestro restaurant el saloncito de costumbre. Encargué la cena para las siete y cuarto en punto. Tenemos que acostarnos temprano. A mi coronel se le ha ocurrido la menguada idea de emprender una visita de inspección a las tres de la madrugada, en auto y conmigo. No me ha valido indicarle que no soy madrugador. Me ha llamado truhán. Conocí que no convenía insistir. Si se le ocurre dejar-

me cesante ¡adónde iría yo a parar! Llegas, como ves, con toda oportunidad.

— A tiempo llego, en efecto — dijo Teresa —, de impedir que se emborrache usted cuando tiene que guiar un automóvil, y de noche además.

— ¿Me das tratamiento? — respondió Faverolles. — ¡Vaya! Ya estás enfadada conmigo. — Y designando a su compañero, añadió: — Si eres justa debes echarle la culpa a éste. Te lo denuncio. El es quien ha pedido el cuarto aperitivo que me trae el bueno de Mario. Será el último...

Las miradas con que Calvignac envolvía a la «amiga» de su camarada eran bastante elocuentes. Entre libertinos de sexos diferentes, tal lenguaje equivale a la palabra. Aquellas penetrantes e investigadoras pupilas decían claramente a Teresa: — ¿Por quién estoy aquí? ¿Por qué he querido emborracharle? — En otras circunstancias, la depravada hembra se hubiera divertido con la audaz chocarrería, digna del antiguo repertorio de desembarazarse del amante, por tan seguro y brutal procedimiento, para tener libre el campo cerca de la querida e invitarla a una de esas aventuras sin mañana, semejante a algunas que la divorciada había ya conocido. Son tales incidentes los más apetitosos para una mujer ociosa y hastiada, pero si por ventura se presentan cuando ésta se halla bajo la influencia de la pasión, son los más ofensivos, y Teresa, ante la presión de los recientes acontecimientos, en tanto durara la crisis, se sentía apasionada. El estremecimiento de un impulso de rebelión contra la degradación de su amante y contra la felonía del otro, se reveló en su expresión; y así, señalando con un movimiento de cabeza al camarero que aparecía por el extremo opuesto del salón, con una bandeja cargada de bebidas, dijo a Faverolles:

— No tomará usted ese último aperitivo. No se lo permitiré...

— Ya lo veremos — replicó Faverolles riendo a carcajadas. — Lo tendré en cuenta, nenita, y cuando te empeñes en fumar tu décimaquinta pipa...

— ¿Cómo, señora? — preguntó Calvignac. — ¿También usted es aficionada a la droga? Es preciso que me inicie usted.

— Sí, fumo opio — replicó Teresa duramente —, pero en mi casa. No me ofrezco en espectáculo, ni tampoco a las personas que me rodean. No lo hago, aunque no visto un uniforme; y creo, en verdad, que debe observarse otra conducta más digna cuando no se está en el frente y cuando se tiene el honor de llevar la misma ropa que los que allí arriesgan la vida.

— Eso no va contigo, Enrique — dijo Faverolles señalando con el índice la cruz de guerra de Calvignac.

— Aseguro a usted, señora — contestó éste con imperturbable ironía —, que los que se juegan la vida no piensan en enfadarse con los que tratan de distraerse un poco.

En el mismo momento en que el joven pronunciaba esta frase, llegaba el camarero. En la bandeja no había ya más que el *cock-tail*, pretexto ostensible de una discusión que Teresa iba bruscamente a convertir en altercado. Haciéndolo, su libertad para asistir a la cita, quedaba asegurada. Pero no calculaba ya. Estaba harto nerviosa. Con rápido ademán se apoderó del vaso lleno del venenoso brevaje, ornado con la paja destinada a su lento paladeo.

— Mozo — dijo sencillamente Faverolles —, tráigame otro. La señora quiere beberse éste. ¿Lo cogiste tú? — continuó dirigiéndose a su querida. — Pues tú lo beberás.

Le invadía la embriaguez y ya la euforia benevo-

lente del opio había cedido el lugar a la irascibilidad alcohólica. Con una mano asió el brazo izquierdo de Teresa y con la otra el correspondiente a la mano que mantenía el vaso. Trató de alzar éste, a pesar de la resistencia que se le oponía, hasta la altura de los labios. Calvignac miraba sonriendo y sin intervenir aquella lucha que le parecía un juego de amantes mal educados. De improviso, vió con estupor cómo Teresa soltó el vaso, que cayó sobre la mesa y se rompió, salpicando a los tres. Luego, cuando Faverolles, sorprendido, cedió en su presión, le golpeó en el rostro con tal violencia que le arrancó un grito de dolor. Calvignac se levantó para cortar una escena cuyo estrépito hacía ya volver hacia ellos todas las cabezas. Quiso a su vez asir el brazo de la joven. Desasióse ella propinándole una bofetada no menos ruidosa que la anterior, y antes de que el agredido tuviera tiempo de reponerse de la imprevista acometida, salió del salón por entre los concurrentes que se apartaban instintivamente ante su ira. Cruzó el ámbito de la pastelería y saltó a su automóvil gritando a su *chauffeur*:

— Emilio, a Tamaris, y si el señor le llama, no se detenga usted.

Aquella increíble pendencia había durado algunos instantes apenas. Más adelante, y en la catástrofe que sucedió, hubo de servir de fundamento al médico para formular respecto de su autora el diagnóstico de locura. Teresa había cedido sencillamente a un arrebato de cólera. En ella, como en su cómplice, el opio había — como ya se ha visto — trastornado el sistema nervioso. La tentativa de coacción física, por inofensiva que fuese, ejercida por Faverolles, primero, y después por Calvignac, bastó para determinar un ademán tan contrario a su educación, supuesto que habitualmente afectaba en público modales refinados. Las mujeres

venidas a menos son ordinariamente de esta conformidad, y ello constituye el signo revelador del continuo sufrimiento que les inflige su ruptura con la casta nativa. En el momento presente, en el auto que la arrastraba a toda velocidad por la carretera de Seyne, aquella cólera persistía. La abyecta borrachera en un local público, del hombre con quien vivía, la grosería de su actitud al querer obligarla a beber, los evidentes propósitos de Calvignac y el menosprecio que sus proyectos implicaban, eran claros símbolos de la ignominia de su vida. La doble bofetada, repartida sucesivamente entre ambos, fué asestada por Teresa, realmente, a esa vida. En tanto, se alejaba, mirando al través del cristal del automóvil la rápida huída del paisaje ante sus ojos y el largo desfile de los arrabales de Tolón, poblados de casitas de recreo, escondidas entre cipreses. El mistral, con creciente furia agitaba la flexible hojarasca, que destacaba su negro perfil sobre un cielo argentado por la luna y las estrellas. En algunos momentos adquiría tal fuerza el huracán que el pesado carruaje vibraba por entero, hasta el punto de contener su avance. Este viento, cuya singularidad consiste en ser percibido aun en los sitios a donde no llega su aliento, helaba el interior del automóvil. Aquel frío crispante, acababa de exasperar los nervios de Teresa. Y ahora, la repugnancia hacia su vida la invadía totalmente, sin dejar espacio más que a desabridos y vengativos pensamientos. Volvió Roberto a presentarse a su imaginación, y de nuevo, su apasionado capricho se tornaba en odio, como cuando recibió la injuriosa respuesta a su carta y corrió a la *Casa Verde* arrastrada por el frenesí de la venganza. En el fondo de su corazón, jamás le había perdonado haber obedecido a su padre ni el repudio que de ella hiciera. De éste procedía la degradación social, de la que el incidente

de la pastelería no era más que un grotesco episodio. ¿A quién hacía ella responsable de todo? A Graffeteau. Y al asociarle de improviso a Guido de Faverolles en un supremo espasmo de aversión, recordó su pérfido coloquio con Lazarina, y murmuró ferozmente:

— ¿Y quería que me retractara? No he dicho todavía lo bastante.

Un leve incidente cambió bruscamente el curso de sus pensamientos. Un poco después de Seyne y al virar en dirección a Tamaris, el *chauffeur* imprimió al volante un giro demasiado brusco al tomar la curva para evitar un bache. Produjose una sacudida y el vehículo estuvo a punto de volcar. Luego prosiguió su marcha sin más novedad. Pero Teresa sufrió un choque bastante fuerte contra la pared del coche, y su perrillo Toti cayó desde su regazo. Al recogerle y al acariciar su leonado pelaje, el lindo animal le lamió la mano. Se arrellanó mimosamente sobre ella con movimiento indicador de la seguridad recobrada, y su ama, hablándole como si pudiera ser entendida, dijo:

— Tú sí que me quieres. ¡Ah! Los animales son lo único bueno que hay en el mundo.

Estos humildes llamamientos a la pedestre realidad presente, actúan en las grandes efervescencias interiores a la manera de la gota de agua fría que interrumpe el chorro de vapor. — ¡Vaya usted más despacio, Emilio! — gritó la dama en el portavoz, y ya sus ojos no abandonaron la cinta grisácea del camino que los faros eléctricos alumbraban a algunos metros de distancia detallando hasta las más menudas piedrecillas. Esta ocupación precisa, apaciguó poco a poco el tumulto de sus pensamientos. Cuando el motor se detuvo ante la escalinata del *Eden Palace*, la viajera había recobrado su tranquilidad.

— ¿No me han llamado al teléfono? — preguntó no

bien hubo descendido del carruaje. El sentido práctico de los intereses materiales que en las mujeres de cierta clase tan extrañamente se asocia a la imprudencia de los caprichos y a lo incongruente de la conducta, se despertaba en ella. Empezaba a temer las consecuencias de su altercado con Faverolles. Hasta ahora sus riñas de amantes trastornados por el opio, se habían limitado a discusiones seguidas de enfados más o menos largos. Por primera vez habían llegado a vías de hecho. ¿Los dos? No. Ella sola. Faverolles en medio de su abyección y como tantos otros caballeros degradados, conservaba inesperados rasgos de nobleza. Aquella bofetada, recibida ante testigos, podía decidirle a una ruptura que la ocasionaría penosos contratiempos financieros, difíciles de orillar en tiempos de guerra. Los ofrecimientos de dinero, tan concretamente formulados por Graffeteau, cruzaron por su imaginación. Teresa movió la cabeza, diciendo:

— No. No. No. De él, no. De él no. Además, ¿vendrá?

VIII

Esta pregunta iba a ser el eje de aquella desordenada sensibilidad cuya línea directriz continuaba siendo, a través de tantas incoherencias y complejidades, la demanda, siempre a medias frustrada, de la sensación. Había entrado la dama en su cuarto, escogido por ella en la planta baja, por encontrarse al nivel del jardín que llegaba hasta el mar. Componíase aquél de dos vastas habitaciones; el gabinete-galería, transformado en fumadero de opio, y una gran alcoba ya aderezada por su camarera a quien el imprevisto retorno impedía realizar alguna proyectada salida. La camisa de fina batista, adornada de encajes y de ligeras cintas, aguar-

daba sobre el lecho abierto. Las sábanas, con las iniciales bordadas de la joven y transportadas por ella en su equipaje, revelaban el refinamiento de su lujo íntimo, de igual manera que lo hacían sus zapatillas de seda forradas de pluma de cisne y la colección de los artefactos de esmalte dispersados sobre la mesilla de tocador. Había mandado que se le sirviese la cena en su gabinete, y dicho a su doncella: — Estoy algo cansada. Péineme para acostarme. — Sentada ante la mesilla cuyo alto espejo de tres lunas reflejaba los menores detalles de aquel ginecco, ornado de flores, y rebosante de lánguidos perfumes, examinó largamente su rostro, aun tan lindamente juvenil; sus cabellos cuyas flexibles masas ondulaban bajo la concha del peine; la elegante línea de sus blancos brazos, y su sensual belleza con la que en tiempos vió embriagarse a su marido hasta el envilecimiento. «Sí, ¿vendrá?» y para interrogarle imaginativamente, le evocaba en aquella plaza de Tolón en el momento en que ella se separó de él dándole la consigna de la cita: «A las diez». ¡Cuán guapo estaba en aquel instante, mostrando la viril dureza de su mirada! Esta evocación reproducía en ella el estremecimiento de su encuentro en el *Monte de los Pájaros*. Volvía a adoptar sus perversos proyectos: ¡qué promesa de voluptuosidad tan adaptable a su rencor, constituía el lograr imprimir una vez más el pasado desvarío sobre aquel grave y ferviente rostro de soldado! Seducirle, hacer que de nuevo cayera entre sus brazos y tan abajo como ella, era tanto como saciarse en todos los sentidos y deshonrarle a los propios ojos. Era vengarse de él, que a sí mismo se despreciaría, y de Faverolles, a quien escarnecería, y también de otra persona, de aquella joven cuyo corazón desgarró con tan cruel alegría con ocasión de su entrevista. ¡Peor para ella! ¿Por qué se interpuso en su camino?

Pero ¿vendría él? Si había de venir, en aquellos momentos allí se encaminaba.

Oía, en tanto, cómo en torno del inmenso hotel rugía el mistral airadamente aunado con el rumor de las olas, de allí tan próximas; y respondiendo, sin saberlo, a la pregunta que su ama se formulaba, la doncella insinuó:

— Ha hecho muy bien la señora en volver tan pronto. En la obscuridad y con este viento no se debe poder andar y además debe de ser peligroso.

— Para un coche de caballos, quizá — dijo Teresa —, ¡pero para un automóvil!

— Si es como el de la señora, sin duda; pero no me fiaría yo de uno de esos pequeños que por aquí se estilan. Como que con semejante mistral se niegan a circular por temor a volcar.

— ¿Los tranvías funcionan, sin embargo? — preguntó Teresa.

— Sí, pero no deprisa, y hasta los trenes... La portera del hotel me refería...

Y empezó el relato de un suceso: el de un expreso detenido por el huracán en la Crau, o sea en la vasta planicie pedregosa y árida que precede a Marsella.

— ¡Bueno! — pensaba Teresa —, si a causa de la tempestad no puede venir esta noche, vendrá mañana. La carta le interesa demasiado para no hacerlo así. Pero, mañana, en pleno día, ya no será lo mismo...

Decíase estas palabras sola, ante el servicio de la cena, servida por un jefe de comedor, a quien también hizo hablar del mistral. Abrigaba, sin embargo, una certidumbre: la convicción de que influencia alguna había podido desterrarla por completo de los sentidos de Graffeteau: ninguna; ni su justa indignación contra ella, ni el austero endurecimiento de la guerra, ni el nuevo amor por aquella joven, que no era para él más

que un sueño... ¡En tanto que ella!... Tendida sobre un diván después de la breve refacción, y a la vez que seguía con los ojos el movimiento de las manecillas de un pequeño reloj de viaje, seguía pensando:

«Cree amarla. Ese será el pretexto ante sus propios ojos para acudir a esta cita, pero en realidad vendrá por mí. Cuantos más sean los obstáculos, más seguramente vendrá. ¡Y de qué inefable hora dispondremos aquí, solos en el mundo y arrullados por la tempestad! Si, desde luego, me pide la carta para esa muchacha, cumpliré mi palabra, y la escribiré. Pero, no la querrá. ¿Verdad, Toti?»

Para engañar su impaciencia, jugueteaba con el pekinés, lo mismo que una niña. Pasado un rato, encendió una pipa de opio y otra luego, y la actividad del veneno aumentó más aún aquel estado de absoluta confianza en que venían a resolverse las agitaciones todas de la pasada tarde. Cuando estuvo próxima la hora de la cita, se puso sencillamente su larga capa de nutria encima del peinador. Envolvió su cabeza en un velo de encaje. De la copa de un joyero extrajo una sortija que envolvió en un papel de seda. Abrió el cajón de la mesilla de noche para buscar una llave, colocó sobre el tablero un *browning* que tenía siempre a mano, por precaución. «¿Si lo llevara?» pensó. Pero encogiéndose de hombros asió la sortija y dejó el arma en donde se hallaba. Instaló luego a Toti en su cestillo, en el gabinete, y le dijo: «Los principitos asiáticos no salen de paseo cuando hay mistral». Pronunció estas palabras con pueril alegría, como si no se encaminara hacia una entrevista quizá tan tempestuosa como aquella terrible noche. Agil, atrevidamente, después de haberse vuelto a correr el cerrojo de la alcoba, se deslizó por la puerta del gabinete a un corredor que conducía por la izquierda al interior del hotel y por

la derecha a una puerta que abrió con la llave de que se había provisto. Se encontró sobre un puentecillo de hierro que terminaba en una escalera. Aquella salida, reservada para algunos privilegiados, comunicaba con el vasto jardín de que recibía su denominación el *Eden-Hotel*. Aquel oasis de palmeras, de eucaliptos, de pinos marítimos, de todos los aromas de aquella tierra bendita, gritaba ahora, gemía por todas sus plantas, por todos sus arbustos, por todo su ramaje. Espantoso suspiro de una naturalezaa convulsa, de cuya trágica consonancia con la hora que vivía, no se daba cuenta Teresa. Aquella decoración y aquel lamento de catástrofe concertábanse bien con la cita clandestina de dos esposos que seis años escasos antes, bellos y felices, se postraban ante el altar uno junto al otro. ¿Qué quedaba de aquella unión de dos juventudes, jurada ante la ley y consagrada por un sacerdote? Quedaba en ella el apetito de una sensación única y malsana, y en él un odio insaciable. Pero si Teresa hubiese tenido conciencia de su común vilipendio, ¿hubiera acaso sido la viciosa criatura cuyos diminutos pies, calzados de elegantes zapatitos y de medias caladas de seda, corrían hacia aquella cita, como hacia una aventura inédita? Las almas de esta ralea — y éste es su castigo —, sedientas únicamente de sensaciones y que a través de los más culpables experimentos van buscando un espasmo más y más agudo, se empobrecen en tales andanzas en vez de enriquecerse. Se anemian, se atrofian por agotamiento de la savia interior. Tal encarnizada carrera en pos de la impresión conduce a una atonía lindante con el abatimiento. La poesía del mal — porque el mal tiene una, la de las ruinas que produce en nuestros corazones — ni siquiera es paladeada por esos espíritus. Al destruir cuanto las circunda, esas almas a sí mismas se destruyen: no conociendo ya por

su propia cuenta las angustias y las luchas de la conciencia, no las reconocen en los demás. Ni un solo momento durante aquella tarde de febril meditación en torno de la posible venida de Graffeteau, se preguntó Teresa si tenía derecho a trastornar de nuevo la existencia de aquel hombre. Ni durante un solo momento, tampoco, había simpatizado — siquiera hubiera de reaccionar después — con el heroísmo que revelaban las dos citaciones leídas ante ella en el *Monte de los Pájaros*, ni con el tierno y doloroso idilio que allí mismo sorprendiera. Evolucionaba en el drama, sin darse cuenta de su verdadera realidad. Tampoco comprendía el amenazador misterio del azar — ¿era realmente el azar? — que les colocaba frente a frente, a ella y a Roberto, reos ambos de un crimen contra la fe conyugal: ella por el perjurio de su traición, él por una falta de moralidad más íntima y profunda. La Biblia lo ha dicho con una de esas frases que iluminan, con un rasgo osado y purificador, las interioridades animales de la vida humana: «Considerar en el matrimonio, no un acto que Dios preside, sino una ocasión de satisfacer la propia bestialidad, es dar al demonio poder sobre uno mismo». Y asimismo el Apóstol: «Maridos, amad a vuestras esposas como Cristo amó a su Iglesia». Estos luminosos y sublimes versículos no necesitan comentarios. Si Graffeteau, menos ajeno a las cosas religiosas de lo que era, los hubiera conocido, hubiese comprendido que su culpabilidad respecto de su hogar, radicaba ahí, mucho más que en la falta de dignidad social de que su padre abominara. Su vida con su mujer no fué otra cosa que libertinaje legal. Ni el espíritu ni el corazón participaron en las flaquezas que le hicieron cómplice mudo de las faltas de Teresa, sino la carne y la sangre solamente, a la vez que la desesperación de perder voluptuosidades puramente

físicas. *Había profanado su matrimonio* e iba a purgar su delito oyendo hablar como una antigua querida, a la mujer que seguía ligada a él por la indestructible eficacia del Sacramento. Y él había de observar, aterrado, que tales palabras podían impresionar aún en él al voluptuoso degradado que fué en tiempos, que ya jamás existiría, puesto que—¡tardíamente!—conocía ya lo que era verdadero amor.

Vino, en efecto, como lo previó Teresa. Cuando ésta, llegada que fué a la verja del parque del *Eden-Hotel* que linda con la carretera de Seyne, adelantó la cabeza fuera de la sombra para explorar el camino con la mirada, le vió encaminarse hacia ella en plena luz. Su rostro marcial y entero se mostraba no menos duro y resuelto que cuando tres horas antes se separaron. Había contado con que acudiría a su reclamo conmovido por los recuerdos. Lo estaba, realmente, pero contra ella. La hembra falaz se le había imaginado, vacilante, caviloso, y consideró como una primera abdicación su ida a Tamaris. Por el contrario, el joven adoptó una línea de conducta, desde el instante en que vió desaparecer entre la muchedumbre la esbelta figura de la tentadora. Se dijo: «Iré y no volveré sin mi carta». En tal manera estaba seguro de sí mismo, tan lleno de Lazarina estaba su corazón, hasta tal punto le repugnó el impudor de Teresa, que aquella cita no le inspiraba temor alguno. Sosteníale además el orgullo que sentía al comprobar la total indiferencia que tal mujer le inspiraba. Este sentimiento era la prueba de su pasión hacia la otra, hacia la adorable y casta niña, cuya estimación precisaba recobrar a toda costa. «Quiero una explicación» había dicho Teresa. ¿Qué mentiras se preparaba a proferir? ¿Qué comedia iría a representar? Todo le importaba poco, con tal de poseer la carta. Y la tendría. Sabía que su ex esposa era

capaz de mantener su palabra cuando en ello se complicaba su vanidad. ¿Tendría apostada alguna amiga a quien mostrarle, como testimonio de que le reconquistaría cuando quisiese? ¿Qué le importaba tampoco? Quizá también aquel pretexto no era más que una celada, y quizá contara con aquella cita para reconquistarle efectivamente... Allá ella... Lo importante, lo necesario era hacerse con la carta de retractación. Se le presentaba una probabilidad de lograrlo. ¿Cómo no aprovecharla? Pensarlo así y ponerse en movimiento fué una misma cosa. Al volver al garaje, se encontró con una negativa terminante. Los vehículos del alquilador no habían regresado aún. Ningún cochero de alquiler quiso salir con semejante tempestad. No había tren alguno en varias horas. Pasaba un tranvía en cuyo rótulo leyó «Seyne». Subió a él. Llegado que hubo a su destino, preguntó por el camino de Tamaris y recorrió a pie los escasos kilómetros que le faltaban, azotado por el viento hasta el punto de creerse derribado por él sin que se le importara de ello, y sin pensar tampoco en que no había comido ni bebido desde por la mañana. Impulsado por su pasión, volvía a hallar la energía de acción del soldado en plena guerra. Sentado sobre un banco y en tanto que aguardaba delante de la verja del hotel, había recordado las largas vigilias en la Argonne, en los comienzos de la campaña. ¿Acaso no era también una batalla la que iba a dar por su amor? Sentía en su interior la misma fría violencia, la misma decisión rápida e implacable,—como la que sintió poco antes ante el escaparate del armero de Tolón, — de no retroceder ante ningún extremo.

— ¿Me trae usted la carta, señora? — dijo a Teresa al aproximarse a ella. — Me la prometió usted a cambio de una explicación. Pronto estoy a dársela, pero hágase usted cargo de que no se burlará de mí.

— ¡La misma dureza de siempre! — respondió la joven con su voz ardiente y fascinadora. — ¡La misma desconfianza! ¿Para qué? Pero, sí, es muy natural. Sí, tendrá usted la carta. No me adelanté a escribirla por querer que usted mismo me la dictara. ¿Es esto o no una garantía de que no le miento?

— Pues bien, — respondió él, — vamos.

— No antes de que yo haya dado a usted otra garantía...— interrumpió ella.— Aquella de que yo hablaba en la pobre esquela que tan mal acogió usted. Parecía afectada en lo referente a los hechos. Era muy sincera en la emoción que me la inspiró...

En tanto que hablaba sacó del bolsillo interior de su abrigo un papel de seda, que desplegó. Brillaron diamantes. Graffeteau hubo de reconocer la sortija de esponsales de su madre — ¡y de los suyos!

— Puede usted aceptarla, — continuó Teresa. — Se la negué en tiempos por malevolencia. Ya se lo escribí a usted. No la he vuelto a usar desde...

Ella le tendió la alhaja. Al iniciar él el ademán de cogerla, la dama, con movimiento muy suave, muy tímido, le asió con una mano de la muñeca. Con la otra, y sin decir palabra, colocó en su meñique la sortija. Recordaba así uno de los usuales coqueteos en sus primeros días de matrimonio, cuando bromeaba con Roberto sobre la finura de sus manos, y se gozaba en probarle sus propios anillos. El no se había retirado. La presión de aquellos dedos de mujer era casi suplicante, y el primer contacto con aquella carne, después de tantos años, le dejó como paralizado. Los admirables brazos de Teresa emergían desnudos de las amplias mangas de piel. Al acercarse, envolvió a Roberto en un aroma que reconoció éste en el acto, el mismo que usaba ella cuando su sola presencia le fascinaba hasta esclavizarle. Aquel perfume, que siempre fué unido a

los frenéticos besos de otros tiempos, penetró en él, a modo del veneno que instantáneamente circula hasta la más íntima de las venas. Un súbito arrebato y al mismo tiempo un movimiento de horror, recorrieron todo su ser ante el monstruoso deseo despertado. Desasió bruscamente su mano, y con voz sorda que permitía adivinar el interior sobresalto, dijo:

— Vamos por la carta.

— Vamos — dijo ella. — Y después, un tanto irónica en medio de su zalamería, pues acababa de ver cómo en la sombra se arrancaba él del dedo la sortija y la arrojaba entre la maleza, objetó: — El camino no es cómodo. No quiero ir por el paseo central porque hace demasiado viento. Además no quiero que me vean. El otro camino tiene el inconveniente de haber una porción de escalerillas y de rodeos que recorrer... Preciso será que guíe a usted y que le lleve de la mano por los sitios intrincados. ¿Es que no quiere usted?

— ¿Por qué no? — respondió él. Su sobresalto habíase desvanecido. Moraba de nuevo en las regiones elevadas de su alma. Había pensado en Lazarina con un remordimiento que le volvió todo su valor. La entonación de Teresa al hablar, le bastó para adivinar que había percibido su turbación. Entonces experimentó un arrebato de rebelión y de vergüenza. Quiso probarla que estaba engañada y que no la temía. El fué quien, a su vez, la cogió de la mano, diciendo:

— Guíeme usted.

La dama no le había engañado: el parque del *Eden-Hotel*, situado sobre un vasto declive de terreno, arrancaba efectivamente del camino de Seyne con un gran paseo de coches, iluminado a la sazón por la luna y azotado furiosamente por el mistral. Un sendero, más estrecho, pero más abrigado serpenteaba paralelamente a él a través de los macizos de árboles. Teresa

se encaminó por el sendero, seguida por su compañero cuya mano no soltaba. Incesantemente se volvía hacia atrás para avisarle: — Tenga usted cuidado. Hay escalones... Cuidado, ahora... Una zanja. — Sus dedos, en tanto, oprimían los del joven con presión lenta y continua. El permanecía inerte y no correspondía a ésta. En la contracción de su rostro, que ella observaba al descuido, sorprendía en él una lucha. ¿Con quién luchaba, a no ser con ella, con el sortilegio embriagador de su persona? Era cierto que al verla moverse, al escucharla hablar, al respirarla, al percibir la tibieza embalsamada de su mano, una oleada de sensualidad volvía a trastornarle. La infame tentación le asaltaba. No la aceptaba, no. Pero no por eso era menos cierto que la tentación estaba allí, mordiéndole, en tanto que él se defendía del mordisco. «¡No quiero!» se repetía. «¡No quiero!» Se le ocurría la idea de apartar de sí, a la vez que aquella mano de mujer, el impuro influjo que emanaba de aquel contacto, y huir. Mas esto equivalía a renunciar a la prueba que estaba seguro de afrontar si se quedaba. Era preciso quedarse, y resistir, conservarse fiel. Reunía todas sus energías para refugiarse, en pensamiento al menos, en la cara morada donde Lazarina, desvelada por aquella misma horrísona tormenta, pensaba quizás en él. Al mismo tiempo y mediante una irresistible y dolorosa coexistencia de los más contradictorios sentimientos, el enamorado de hoy volvía a ver la mirada ideal de su *Madonna*, y el libertino de antes se despertaba ciego, furioso, bestial. El regenerado sufría la espantosa atracción de su pasado con una clarividencia impotente que le horrorizaba.

Habían llegado ante el hotel, que rodearon, siempre envueltos en la sombra. Aquel cuidadoso esmero, confesado por Teresa, de ocultarse y ocultarle, acrecía

más las amarguras de aquel degradante conflicto. Era la amante ajena que se dispone a entregarse — ya no se le ocultaba a él el motivo cierto de la cita — de igual manera que cuando se espía, que cuando se roba clandestina, innoblemente. Franquearon el puentecillo, y al llegar ante la puerta, soltó ella su mano para buscar la llave y abrir, como lo hizo, diciendo:

— Esta es mi entrada particular. Mi gabinete está inmediato; la primera puerta a la izquierda.

Precedíale ella y él la seguía, presa de un vértigo de la voluntad que le producía la impresión de estar soñando despierto. Cuando entraron en el gabinete, se despojó ella de la capa de nutria que colocó sobre una consola, a la vez que la llave de la puerta exterior que acababa de volver a cerrar con dos vueltas. Signo era éste de que en tal instante, todo era en ella cálculo y sangre fría. Giró el conmutador de la luz eléctrica y apareció delicada, flexible bajo la seda de su peinador chinesco. Divinamente hermosa con el ornato del color rosa marchita que la envolvía, avanzó hacia Graffeteau y le habló tuteándole como en otros tiempos:

— ¡Ah! Te recobré. Tus ojos me dicen que me desean. ¡Los conozco tan bien!

Le sujetó la cabeza para besarle. El se esquivó, pero no tan pronto que no sintiera en su boca la quemadura de aquellos rojos labios. Se desplomó sobre una silla y ella continuó diciendo:

— Pero ¿por qué luchas? ¿Por qué? Si te encontraras con una muchacha guapa que se encaprichara de ti, te aprovecharías de la ocasión. Yo soy esa muchacha, ni más ni menos. Concédeme una noche, y luego déjame y vete. Será como si nunca hubiera pasado nada. No me contestes. — Posó una mano sobre su boca. — Pasa a la otra habitación. Necesito despedir a mi doncella.

Obedeció, y dejándose guiar, pasó a la alcoba, cuya luz encendió también ella. Después le dejó. Oyó cómo llamaba a un camarero y ordenaba: — Diga usted a María que venga. — Oyó venir a María y recibir órdenes de Teresa. No necesitaba de nadie aquella noche. Encargaba que la dejaran dormir hasta que llamara por la mañana. Llegaban estas frases hasta Graffeteau, quien, en tanto, contemplaba con indecible repugnancia cuanto le rodeaba, aquel voluptuoso decorado, las flores, el lecho abierto, las chinelas, la bisutería del tocador... Otra vez logró dominarse, libre ya del magnetismo de la presencia, como la fiera a la que el domador no mira. Una idea evidente le fortalecía ahora: «Si recaigo en esta cloaca, todo ha terminado». En aquel momento, vió la pistola colocada sobre la mesilla de noche. La empuñó y comprobó que estaba cargada. Sus ojos se cerraron como para retener las visiones que ante él surgían. Veía de nuevo al soldado alemán y su cabeza de bestia maléfica tendida hacia el médico. Entretanto, Teresa regresaba. Escondió tras de sí el arma y dijo:

— Va usted a escribir la carta que me tiene prometida.

— Mañana por la mañana — respondió ella extrañada por el cambio, pero segura ahora de su predominio.

— No — dijo él —, inmediatamente.

Y con ademán amenazador, la apuntó con la pistola.

— No me das miedo, — dijo ella sonriendo aunque un tanto trémula, pues las pupilas de aquel hombre rebosaban de ferocidad.

— ¿Quiere usted escribir la carta, sí o no?

— Mañana por la mañana — repitió ella.

Al desafiar aquel peligro, en el cual sólo a medias creía ¿experimentaba aquella alma hastiada algo así

como el placer de correr una aventura? Se adelantó hacia Graffeteau, quien, a pesar suyo, se hizo atrás. Le dijo: — Atrévete — y con ademán a la vez impúdico y osado, desabrochó la parte alta del peinador y descubrió el seno. Después, con el orgullo que siempre le inspiró su cuerpo y desafiando a la rival que aquel hombre se obstinaba en anteponerla, exclamó:

— Bien tranquila estoy. No es tan hermosa como yo.

El final de esta frase se ahogó en su garganta. Graffeteau adelantaba el brazo y oprimía el gatillo. El arma disparó. Teresa no tuvo tiempo para lanzar un grito. Se desplomó. La bala disparada a boca de jarro, al entrar por debajo del pecho izquierdo, debió de atravesar el corazón. La «bestia maléfica», como la otra, había muerto en el acto.

IX

Los actos de extrema violencia, aun premeditados, dejan siempre, al que los ha ejecutado, estupefacto ante su realización. Improvisados y cuando sólo el frenesí de un arrebato ha disparado el pistoletazo o asestado la cuchillada, una verdadera atonía embarga, por un momento, al criminal. El carácter irreparable del hecho se impone súbitamente a su imaginación, y al contacto con una realidad que le horroriza y de la que es autor, sobreviene un total derrumbamiento de su ser. Graffeteau, en pie, empuñando el arma, contemplaba a su víctima, tendida en el suelo, inmóvil y con la boca y los ojos entreabiertos. Las facciones del cadáver empezaban a serenarse. Afectaban una de esas expresiones que frecuentemente revelan en los muertos reconditeces de alma que no sospechábamos. El sobresalto de terror sufrido por Teresa en el momento de

ser herida, se leía en su rostro, a la vez que una tristeza infinita, la de la miseria moral de sus últimos años. Contemplábala Graffeteau, como si no la reconociera. Al mismo tiempo, el instinto animal de conservación que se despierta en nosotros involuntariamente en los momentos de peligro, le hacía aguzar el oído. Escuchaba para saber si se percibía rumor de pasos atraídos por el estrépito de la detonación. Pero el pistoletazo — chasquido más bien que estampido — se había perdido entre el rugido formidable del mistral que zumbaba en torno del hotel, azotando vidrieras y paredes y golpeando con estruendo los postigos bruscamente desencajados. Nadie acudía. De repente, ante aquel cuerpo medio desnudo que las lámparas eléctricas iluminaban siniestramente en la actitud desordenada de la caída, el pánico se apoderó del asesino. Se volvió con el arma apercibida a la defensa. En el espejo de la mesilla del tocador se vió a sí mismo, con tal susto, que sus dedos se aflojaron por sí solos, dejando caer el arma sobre la alfombra. Trató de huir. Yacía la difunta entre la puerta y él. La esquivó apretándose contra la pared y cerrando los ojos. Al fin se encontraba fuera de la alcoba, en el gabinete. Un ruido le hizo estremecerse. Era el producido por el tranquilo roncar de Toti, el diminuto perrillo, enroscado bajo su manta, en el cestillo, y que no se había despertado. ¡Si ladrara! De puntillas anduvo Graffeteau hasta la consola donde Teresa había colocado la llave de la puerta exterior. La tomó. La gran capa de nutria continuaba allí, mostrando su forro de color verde pálido, y en aquella parte de la estancia flotaba aún el mismo penetrante perfume que tanto le turbara momentos antes. El recuerdo de aquella impresión redobló en él el espanto de su crimen. Se escapó del gabinete, como lo hiciera de la habitación trágica. Nadie había tam-

poco en el corredor, terriblemente iluminado. En escasos segundos abrió la puerta que comunicaba con el puentecillo. Tiró de ella hacia sí, dejando de tal suerte puesta la llave por dentro. La demencia de su terror le hacía proceder con la habilidad de un profesional del delito. Aquella llave puesta por dentro, y supuesto que la cerradura no tenía tirador, era un indicio que, en el curso de la inevitable indagatoria, demostraría que el criminal no había venido de afuera. Era preciso ahora cruzar el parque. Para ello prefirió utilizar el paseo principal en lugar del apartado sendero por donde Teresa le guiara. Temía, sobre todo, extraviarse. Tuvo la suficiente presencia de ánimo para no acelerar el paso. Hubo de cruzarse con dos huéspedes del hotel, que pasaron a su lado sin fijarse en él. Una vez en la carretera, no pudo contenerse y se lanzó a la carrera. Así y de un tirón llegó a Seyne con el tiempo tasado para alcanzar el último tranvía. En Tolón logró también coger el de Hyeres. A las once y cuarto se apeaba en el pueblo de La Garde. Poco después de las doce y por caminos extraviados, muy frecuentados por él, llegaba al *Monte de los Pájaros*. Dió la vuelta al edificio, con la firme determinación de no entrar por la puerta principal, donde hubiera podido ser notado su tardío regreso. Detrás del depósito de carbón, acabó por encontrar una puerta de servicio, que un empleado negligente dejó tan sólo entornada. Quiso su suerte que tampoco se tropezara con ningún testigo, ni en la escalera, por de pronto, ni luego en la galería que hubo de recorrer, presa siempre de las mismas angustias. Al fin se encontró en su cuarto. Se encerró en él, corriendo el cerrojo en virtud de una fobia de perseguido que se defiende de un enemigo imaginario. Estaba salvado.

¿Por cuánto tiempo? No se lo preguntó. Después de tal derroche de energía nerviosa había necesariamente,

en el primer momento de respiro, de ceder animalmente a la necesidad de dormir con sueño de postración, de aniquilamiento, de bestia rendida de cansancio. Análogo a éste es el sueño del soldado, en vísperas y después de un combate. Más de una vez conoció ese sueño Graffeteau durante los últimos diez y ocho meses. Era entonces una heroica languidez, el descanso entre dos nobles actos, en tanto que ahora se había arrojado sobre el lecho, sin desnudarse, como el facineroso acosado que encuentra un refugio donde pasar la noche. Sin embargo, dormía. Descansaba, aquistando energía para soportar la prueba que habría de sufrir, cuando al recobrar la conciencia, volviera a abrumarle la pesadumbre de su crimen. Despertóse al amanecer. Miró su uniforme, y el polvo y el barro de sus borceguíes. ¿Dónde había estado la víspera? ¿Qué había hecho?... Abrió la ventana. Contempló las palmeras y las sensitivas del jardín, verdes y trémulas bajo el rocío, y el manso ondular de las copas de los pinos bajo el cielo despejado por el mistral. La tempestad había cesado. El mar, a lo lejos, se despertaba, aun orlado de espuma, pero ya más tranquilo. En la depresión del valle un sombrío repliegue indicaba el sitio en que se escondía la *Casa-Verde*. La plena conciencia de la vida, de su vida, renacía en Graffeteau, a la vez que la memoria, y la realidad del acto cometido se le revelaba de nuevo en todo su horror. Durante la tumultuosa tarde de la víspera, había atravesado una crisis de lúcido delirio, como las que crea el amor en que el porvenir se anula con sus plazos ineluctables, en que no vemos otra cosa que la hora, que el minuto presente, y nuestra pasión que nos oculta el universo. Para él nada ni nadie habían existido, aparte de tres seres: él, Lazarina y Teresa, ésta interpuesta entre Lazarina y él, profanando su nuevo amor con las re-

miniscencias impuras de un horrible pasado. La frase que la viciosa hembra pronunciara, aquella invitación a comparar su envilecida hermosura con la imagen que atesoraba en el ferviente santuario de su amor, había sido para Graffeteau una mengua intolerable. Cierto es que cuando asió el arma sobre la mesilla de noche, la idea del asesinato rondaba ya por su cerebro, pero aun vaga, indecisa, vacilante. La alusión a Lazarina le causó tal dolor, que hizo fuego.

¡Asesino! ¡Asesino! ¡Asesino! Si una voz real hubiera articulado en su oído estas sílabas acusadoras, no las hubiese percibido con mayor claridad. Ese era el nombre que ahora iba a ostentar: ¡Graffeteau, el asesino! sería el grito de la muchedumbre a su paso, cuando le detuvieran. Porque era indudable que dentro de uno, dos, tres, ocho días — ¿qué importaba el número?— sería detenido. Quizá le estuvieran ya buscando. Posible era que aquella misma noche algún dependiente del hotel, extrañado al ver la luz que se escapaba por debajo de las puertas, hubiera llamado a alguna de ellas. Tal vez había entrado y hallado el cadáver. Quizá en aquel mismo instante la doncella lo descubría. De todas suertes el hallazgo era inevitable. Dentro de un lapso de tiempo que no excedería de algunas horas, la policía se pondría en movimiento. Se sabría que la señora Alidiere se apellidó antes la señora Graffeteau. Entonces pensarían en él. Se averiguaría su visita al garaje de Tolón para encargar un servicio de automóvil, y su presencia en el tranvía de Seynes. Le interrogarían. Pero ¿y si las sospechas recaían en otro? ¿Sobre un vecino de cuarto, sobre el camarero del piso, sobre la doncella, sobre el mismo Faverolles? ¿Consentiría él, Graffeteau, en semejante substitución? ¡Nunca! Se denunciaría. Y ¿por qué no en el acto? Ya era pleno día. Poco a poco iba llenándose el hospital

de un zumbido, rumor confuso de una colmena humana que se despierta. Se abrían puertas. Corríanse persianas. Resonaban campanillas. Graffeteau sentía pasos sobre su cabeza. Reanudábase la vida. De improviso, la comparación de un criminal, como él lo era, con el horizonte sereno que entreviera desde la ventana, con los rostros familiares y cordiales con que se encontraría, se le antojó más inaceptable aún que la cárcel, que el Consejo de guerra y que todo lo demás. Una sola determinación, lógica y digna, debía adoptar: regresar a Tolón, presentarse al general comandante de la plaza y entregarse. Eso sería la deuda satisfecha, el acto viril que expiaría el otro. Aquel arranque de salir al encuentro del castigo, lo estimarían altamente, tanto los más severos como los más puros, hasta Lazarina y Brissonnet.

¿Lazarina? Desde que empezó a amarla, o sea desde el día en que la vió, no recordaba Graffeteau de una sola hora en que no hubiese intervenido en sus pensamientos. Por vez primera, acababa de ser ajena a ellos. Desde que despertó, no había evocado su imagen. Experimentó la súbita sensación de hallarse como desterrado de ella por su crimen, y la de que la libre expansión de su corazón en aquel afecto ya no le era lícita. Sin embargo, continuaba amándola y le torturaba pensar en el momento en que ella conocería su delito. ¡Haber amado a un asesino! La vió abriendo un periódico y recibiendo en pleno corazón la atroz herida. «Por mí es por quien debe saberlo todo» gimió. A la vez que voy a denunciarme, la escribiré una carta en que se lo diré. Por lo menos no dudará de mi cariño. Sabrá que maté a esa mujer por amor a ella. ¿Decírselo todo, insensato? Pero ¿cómo? ¿En qué términos? ¿Cómo explicar a aquella criatura dotada de tan cabal inocencia el obscuro arrebato de menguada sensuali-

dad en medio del cual actuó? Y ahí radicaba el verdadero móvil del crimen: de ello se daba cuenta a medias. ¿Podía tampoco, imponerle a ella, tan dulce, tan tierna, el espantoso remordimiento de deducir: «Algo de esa sangre llevo en mis manos puesto que sin mí no se hubiese derramado»? No. No se denunciaría. Era preciso, a toda costa, aprovechar todas las probabilidades de que Lazarina lo ignorase todo. Además, ¿no le quedaba acaso otro medio de redención? Si no le detenían, volvería al frente, y entonces... ¿Entonces? Al llegar a este recodo de sus pensamientos un frío glacial se extendió por sus venas. ¿Volver al frente? Mandar él, un asesino, a padres de familia que se sacrificaban por sus hijos, a hijos que luchaban por sus padres, a jóvenes intachables que ofrendaban a la patria sus amores, sus ambiciones, sus alegrías, el tesoro intacto de su porvenir? Tampoco eso era soportable. Miró su manga y los tres galones de oro de que tan orgulloso estuvo. Crispóse su mano sobre ellos, para arrancarlos, y la absoluta avilantez de su crimen acabó de patentizarse ante su conciencia. No era un asesino tan sólo. Era el oficial asesino. Había deshonrado su uniforme, su cruz de guerra, y la otra cruz. Al hacerlo, no solamente se había desterrado de su amor. Se había expulsado a sí mismo del ejército. Había perdido el derecho a *servir*. Recordó una conversación mantenida precisamente a la mesa de Brissonnet. Se hablaba de un estafador notorio, alistado bajo nombre supuesto, «para redimirse», según decía. El general dijo estas palabras: «Cuando se es un ladrón, se redime uno cumpliendo la condena...» ¿Y cuándo se es asesino?

Un golpe asestado a la puerta le distrajo bruscamente de sus reflexiones. Con voz ahogada preguntó: — ¿Quién es? — ¿Venían ya a detenerle? ¡Qué consuelo experimentó cuando oyó: — Soy Duchatel —

pronunciado tan natural, tan amigablemente! Abrió la puerta. Por primera vez después de su acto, se encontraba en presencia de uno de sus amigos de antes. La impresión que sintió, fué muy diferente de la que esperaba sentir, de defensa, y por ello mismo más de lucha que de desconcierto. El ciego, en tanto, le preguntaba:

— Estaba inquieto por usted, querido Roberto. Estuve buscándole ayer, después del almuerzo. Me dijeron que había usted salido. Más tarde, tampoco supieron decirme si había regresado. Vine a llamarle antes y después de la cena. La puerta estaba cerrada con llave. Nadie me contestó. Me temí que estuviese usted enfermo.

— Efectivamente — respondió Graffeteau —, oí que usted llamaba. No tuve ánimos para contestar. Estaba, no enfermo precisamente, pero muy molesto con una espantosa jaqueca. Me atiborré de cloral para dormirme.

Se oía mentir y enrojecía de vergüenza. Su crimen se enseñoreaba de él y le reducía a aquella miserable trapacería. Se aseguraba una coartada, reconociendo desde luego su puerilidad. Se ruborizó más todavía al ver la confianza de Duchatel, que continuó diciendo familiarmente:

— Y en este momento, ¿qué tal marcha usted?

— Bastante bien, gracias. Lo que más me fastidiaba era pensar que Mauriel quisiera retenerme más tiempo. Estoy ansioso de verme lejos de aquí. Perdóneme, querido amigo. Esto que digo parece poco cortés. Pero de veras es necesario que me aleje de aquí. Es necesario.

Habló con tan singular entonación, que el ciego, mostrando en la voz una vacilación semejante a la de la mano que palpa un cuerpo dolorido, le preguntó:

— ¿Tiene usted algún disgusto, querido Roberto, alguna pena?

— Nada de particular — contestó Graffeteau evasivamente.

— Si fuese una verdadera pena — insistió Duchatel —, ¿por qué no decírmela? Quizá pudiera yo auxiliar a usted.

Este movimiento de simpatía del inválido, y en aquel momento, conmovió al desgraciado hasta arrancarle lágrimas.

— No, Duchatel, no puede usted ayudarme — respondió con tan profundo acento que el otro cesó de interrogarle, no pudiendo imaginar que en la vida de su camarada existiera un drama de hecho a la vez que el drama de emociones que sospechaba. En la rectitud de su corazón se inspiraba para creer que Graffeteau, enamorado de Lazarina, había pedido su mano y que la joven se la había negado por la falta de prácticas religiosas del pretendiente.

— Podría compadecer a usted — dijo con dulzura— y quizá también aconsejarle. A veces nos atormentamos mucho por sencillas equivocaciones. No pregunto a usted nada. No vine con la intención de conversar con usted, sino con la de enterarme de cómo se encontraba. Le dejo. Me voy a los oficios.

— ¿A los oficios? Pues ¿en qué día estamos?

— ¿En qué día? — repitió Duchatel admirado. En Viernes Santo, la fiesta del dolor, si cabe poner juntas estas dos palabras... Es mi día — señaló sus ojos sin luz —, el de usted, quizá, el de todos...

Salió. Graffeteau, que le condujo hasta la galería, vió cómo se alejaba solo, con paso incierto, orientándose con el auxilio de la pared. Miró cómo desaparecía, con el mismo sentimiento que a menudo le inspirara, mixto de admiración y envidia. Sí; a pesar de la espantosa desgracia de su ceguera, le envidiaba por su serenidad, por su sumisión casi sin esfuerzo, por aquella

fe absoluta que le daba una interpretación de la vida, única y constante. En los primeros días de su estancia en el *Monte de los Pájaros* y cuando se abandonaba ante la invasión de su amor hacia Lazarina, obstinándose en no prever las temerosas amenazas del porvenir, y tratando de darse a sí mismo razones, para pensar y sentir en todo como su amada, se dijo muchas veces: «¡Cuánto la embellece su piedad! ¡Cuán útil le es a él esa piedad misma. Preciso es que en ella se encierre una verdad, porque después de todo, ¿cuál es la medida de la verdad, sino nuestra identificación con lo real?» ¡Extraña contradicción! En aquel instante en que, abrumado por su crimen, tan necesitado se hallaba de apoyo, no pensaba en aquel auxilio, el único que pudiera recibir. La crisis presente era demasiado aguda. Aquel Viernes Santo, para él, no era el día de Viernes Santo, el día misterioso en que la Iglesia conmemora a la víctima de que el ciego le hablara el domingo precedente, cuando se hallaban sentados en el banco donde Lazarina le declaró su amor, «el Salvador ofrendando su sangre por la *mayoría de la humanidad*, por mí, por usted». Aquel día era brutalmente, sencillamente, una serie de horas durante las cuales se descubriría el asesinato de Teresa. De aquella visita del ciego no retenía más que una frase, la última:

— ¡Su dolor! se repetía. — El puede vivir con su dolor. Yo no puedo vivir con el mío.

Por primera vez, la idea de acabar aparecía en el horizonte de su entendimiento. ¡Medio más fácil para huir de todos los peligros de fuera y de todas las complicaciones de dentro! Una presión del dedo sobre un gatillo bastaba; el mismo movimiento insignificante que, menos de doce horas antes, había suprimido en algunos segundos aquel universo viviente de ideas, sensaciones, recuerdos y voluntades que le miraba a

través de los ojos de Teresa, que le hablaba en su voz, que iba hacia él por sus movimientos. Y luego, nada más que aquella masa, muda, exangüe, desplomada sobre el suelo, inerte, pero ¡con qué inercia! Posible es que en el acto hubiese cedido a tal impulso hacia la muerte voluntaria, si la visión de aquel cadáver, bruscamente recordada, no le hubiera vuelto de nuevo al pensamiento que le sobrevino al despertarse. A la hora presente habían indudablemente entrado en la estancia. Los magistrados habían sido avisados. Indagaban. Una casualidad podía complicar a un inocente. Desaparecido Graffeteau, ¿quién sería el que interviniese? Él mismo. No tenía que hacer más que escribir una carta antes de suicidarse. ¡Pero, entonces Lazarina se enteraría de todo, cuando tan fácil era ocultárselo! El desventurado volvía a perderse en el mismo inextricable laberinto por el que vagaba desde el amanecer su incertidumbre. ¿Cómo adoptar una resolución, justificada y definitiva, sin saber a qué atenerse de modo positivo sobre un extremo esencial: las condiciones en que fué descubierto el crimen? Aquella misma tarde lo sabría. Un periódico local se ponía a la venta en Tolón a eso de las cuatro, y vendedores ciclistas lo difundían en el acto por la localidad. Seguramente, el «suceso» sensacional aparecería en él. Aquella perspectiva impuso un compás de espera en el ánimo de Graffeteau en medio de tal tumulto de ideas contradictorias. No tenía que transcurrir más que una mañana y parte de una tarde. En aquel respiro halló la energía suficiente para representar el papel que precisaba aparentar para rehuir la observación de los que le rodeaban. Ni los dependientes que le encontraron en los pasillos al salir de su cuarto, ni los compañeros que se sentaron con él a la mesa para el desayuno o a continuación, en el fumadero, sorprendieron en él el más leve indicio

del horrible secreto. Desde las tres, estuvo al acecho más allá de Carqueiranne, en el camino de La Garde que con tanto terror recorriera la noche antes. Aún se estremecía al recordarlo. En aquel momento pasó un ciclista llevando en el sillín de la máquina un cargamento de paquetes de periódicos, y no atendió su llamamiento. Apresuradamente se trasladó al pueblo inmediato. Al llegar a él oyó que en la plaza un vendedor pregonaba a voz en cuello: «Gran victoria en Verdun. — Un suicidio en Tamaris». ¿La simultaneidad de ambos sucesos encerraba acaso una siniestra ironía? El vendedor de periódicos, un jovial golfillo de quince años, pintorescamente cubierto con un gorro tricolor de cuartel, no parecía advertirlo, como tampoco los ancianos, mujeres y niños, ociosos todos, que se agrupaban en torno suyo. Todos ellos se echaron a reír al oír el comentario que dijo un bromista con el acento jovial y característico de la tierra:

— ¡Uno que se mata durante la guerra! ¡Por vida de...! Seguramente el tal no era muy curioso.

Pero ya Graffeteau tenía en la mano la hoja, húmeda aún la tinta de imprenta, y leía el suelto siguiente, bajo este título sensacional: *El fin trágico de una opiómana. — ¿Cuándo intervienen las autoridades?*

«Un penoso accidente acaba de contristar a la colonia de invernantes de nuestra linda estación de Tamaris, porque a pesar de las horas de pesadilla que vivimos, la Costa Azul sigue siendo la Costa Azul y conserva su constante clientela. Una distinguida parisién, cuya belleza despertó en Tolón la atención pública, la señora Alidiere, ha sido hallada muerta esta mañana en la elegante habitación que ocupaba en el *Eden-Hotel*, esa perla de nuestros *Palaces*.

»La muerta tenía una herida en el pecho izquierdo. Llevaba puestas todas sus alhajas, entre otras un collar de perlas de valor inestimable. Este detalle, el orden perfecto que reinaba en la habitación, la posición del cuerpo caído, sin vestigio alguno de lucha, el *browning* caído al lado, con una sola cápsula disparada, todo sugería la hipótesis de un suicidio. Tal hipótesis se ha confirmado mediante los siguientes hechos:

»Se ha averiguado y comprobado que ayer tarde y en un establecimiento público de nuestra ciudad, la señora Alidiere dió indicios evidentes de perturbación mental.

»En su gabinete se han encontrado todos los artefactos usuales para fumar opio, lo cual demuestra que la desventurada señora había contraído tan funesto vicio. Tal indicio ha sido confirmado mediante el testimonio de su amigo, un señor de F...., movilizado, cuya desesperación causa lástima. A él correspondió el papel de víctima en la escena de locura a que antes hemos aludido. Ese mismo episodio determinó en él una violenta crisis nerviosa que exigió su traslado al hospital militar, en donde uno de nuestros redactores pudo conferenciar con él.

»Los indicios suministrados por el personal del hotel han robustecido del todo las primeras impresiones del Comisario y de los médicos. Por absoluta unanimidad han reconocido que la señora Alidiere ofrecía, desde días atrás, visibles alteraciones de carácter. Su doncella, particularmente, no deja de insistir en lo extraña que le pareció la actitud de su señora ayer noche, y, singularmente, su empeño en que la dejaran sola.

»Nos encontramos, sin duda alguna, en presencia de un suicidio impulsivo, de esos que la toxicomanía nos ofrece harto frecuentemente. Los verdaderos culpa-

bles son los que trafican con la temible droga. ¿A qué se espera para perseguirlos?

»Detalle conmovedor: los vecinos no habían oído la detonación, sin duda por impedírselo la tormenta que se ha desencadenado durante la noche última. Lo que despertó su atención fueron los aullidos de un perrito tonkinés que se lamentaba junto al cadáver de su ama. ¿No opina el lector, pensando en los tiempos que atravesamos, que las bestias dan algunas veces lecciones de humanidad a los hombres?»

Este relato tendencioso, evidentemente inspirado en las indicaciones policíacas, indicaba claramente que el misterio de la sangrienta tragedia jamás se descifraría. Graffeteau leía y releía las más insignificantes palabras con una extraordinaria sensación de tranquilidad. En su cerebro se verificaba un análisis instantáneo de ciertos detalles que podrían suscitar alguna duda sobre aquella primera y plausible explicación de lo ocurrido. Todos ellos le parecían ineficaces. Los enumeraba. ¿La esquela escrita contestando a la carta de Teresa? Aun suponiendo que ésta la hubiera conservado, ¿qué demostraba? Que ella había intentado una aproximación hacia él y que él se había negado a verla. ¿Su ausencia del *Monte de los Pájaros* durante la víspera y aquella noche? Duchatel acababa de decírselo: nadie la había notado. ¿La sortija de Teresa arrojada en la espesura? ¿Sería hallada? Si lo era, ¿la entregarían en las oficinas del hotel? ¿Qué relación, además, podría establecerse entre una alhaja extraviada y el homicidio? ¿Su presencia — la de Graffeteau — en el tranvía de Seyne y en el de La Garde? En ninguno de ellos vió ni una sola fisonomía conocida. ¿Sus gestiones con el dueño del garaje? ¿En virtud de qué raciocinio podría éste

relacionarlas con el relato del periódico? No. No corría ya ningún peligro. Tenía la evidencia de su salvación, y a pesar suyo respiraba con más desahogo, resucitaba. Seguía siendo asesino. Durante unos minutos, lo olvidaba.

X

«¡Si fuera cierto, no obstante, ese suicidio, cuánto cambiaría todo para mí!» Aquella impresión de alivio, acababa de despertar en el malaventurado esta otra idea, y una nueva perspectiva se desplegaba de repente ante su pensamiento. Si la indagatoria declaraba — y lo declararía — que Teresa se había suicidado, aquella muerte rompía el vínculo religioso que los ligaba. Ante la Iglesia, podía volver a casarse. Estaba en libertad de unirse con la señorita Emery, si ella y su padre se prestaban a ello. ¿Y por qué no, ahora? ¿Qué tenían que reprocharle? ¡Un silencio que el amor explicaba tan cumplidamente! Amaba a Lazarina. Lazarina le amaba. ¡Esto es lo que se imponía a todo! ¡Que pudiera tan sólo hablarla! Y con la mediación de la señora Journiac lo conseguiría... ¿Hablarla? ¡Encontrarse ante ella! ¿Afrontar aquella mirada llena de confiada pureza, llevando él aquel crimen sobre su conciencia? No. No podría soportarla y menos aún si prescindía de todo, si había de vivir cerca de ella en plena mentira, a todas horas y en todo momento renovada. Otra mirada pesaría sobre él persiguiéndole implacable, la de Teresa, la última, cuando se atemorizó al ver próximo al pecho alabastrino ofrecido a su deseo, la boca del revólver. ¡Ah! ¡Qué pupilas aquellas de animal acosado que ve llegar la muerte! ¡Aquella repentina angustia de una agonía asombrada, espan-

tada, suplicante! El mismo asombro, el mismo espanto, la misma súplica, habían aparecido en los ojos del soldado alemán, cuando le mató de un pistoletazo al lado del médico amenazado. ¿Por qué evocaba este recuerdo con tanta tranquilidad y por qué sentía aquel agudo remordimiento al pensar en la otra ejecución? Las dos constituyeron, sin embargo, un solo acto de defensa y de justicia. No. En el primer caso había salvado la vida de un hombre. Había castigado en el acto una traición abominable. Fué, a la vez, juez y verdugo, pero juez que condenaba en nombre del derecho militar, y verdugo que obraba en acto del servicio. ¿Qué fué lo que defendió contra Teresa? Su propia debilidad... Si hubiera estado seguro de no sucumbir, no se le hubiese ocurrido la idea de coger el arma colocada sobre el tablero de mármol. No tenía más que una disculpa: el escarnio que infirió a Lazarina al asociar la imagen de la noble niña a su impúdico ademán. ¿De quién fué la culpa, sino de él, de Graffeteau? No habiendo mantenido nunca con aquella mujer, — su esposa, no obstante, — más que relaciones degradantes, no merecía ser respetado por ella en ninguno de sus sentimientos. Y además, ¿en nombre de qué o de quién se erigía en juez, cuando tan poco respetaba su propio amor? ¿Acaso no acababa de concebir como posible un proyecto más afrentoso aún que la frase de Teresa; el de dar por marido un asesino a la virgen a quien pretendía amar? Desapareció totalmente el consuelo que le produjo la lectura del periódico. Ahora lo comprendía Graffeteau: todas las ignorancias de la justicia humana eran impotentes contra el hecho escueto conocido por él; su crimen. Los magistrados autorizarían la inhumación. El acta de defunción encabezada con el rótulo: «Suicidio» garantizaría la impunidad al asesino. El espectro de la asesinada estaría siempre allí, ante él, en

torno de él, dentro de él, sin separarse jamás de su lado. Allí estaba, en aquella carretera provenzal, sinuosa y blanca, al borde del golfo azul, torturando al culpable con su espantosa presencia, helándole de horror bajo la brisa tibia y perfumada y paralizándole durante aquel suave morir de la tarde luminosa. Releía el artículo del periódico, y la frase que el cronista escribiera, alardeando de sensiblería, sobre los aullidos del perrillo aferrado al cuerpo de su ama, adquiría para el criminal un aspecto de pesadilla. Oía el quejido animal, más humano, en efecto, que su propia crueldad. La Teresa a quien llamaba «la bestia maléfica», no era más que una desdichada, una pobre mujer que, ciertamente, le había hecho mucho daño. No menos cierto era que a ambos había unido la cadena vivaz de la voluptuosidad compartida. ¡Qué misterio! Tales recuerdos le obligaban, a pesar suyo, a compadecer a la hembra que matara. Esa lástima, puramente física, se mezclaba con sus remordimientos y era un principio de contrición. Se representaba a la muerta en las horas inocentes que convivieron. Volvía a verla en el baile, mucho antes de su matrimonio, muy joven, casi adolescente, bailando, y rebosando de la felicidad de vivir y de ser hermosa. Volvía a verla en el jardín de la quinta que su padre, el gran comercianie en sederías de la calle del Sendero, poseía en Ville-d'-Avray, jugando al *tennis*, ligera, graciosa y lanzando jubilosas carcajadas. Oía distintamente su risa. Tales reminiscencias le abrumaban, patentizándole la ferocidad de su venganza. Sus pasos rápidos, casi precipitados, desde que un momento antes se creyera liberado para siempre se espaciaban poco a poco, se detenían. Su cabeza se doblegaba como bajo el peso de un yugo invisible. No miraba ya a lo alto, ni en torno suyo, sino a sus pies, medio alucinado. La angustia le aniquilaba.

Llegó un momento en que se sentó sobre un montón de piedras, a la orilla de la carretera, con la expresión abatida del vagabundo, cansado de caminar y sin asilo a que acogerse. Salió de la opresora atonía en que se abismaba al oír pronunciar su apellido. Un testigo suspicaz hubiese adivinado su secreto al observar su estremecimiento.

Los criminales son así, aun cuando tienen conciencia de estar a salvo. Van y vienen en un estado de ansiosa obsesión. La menor sorpresa provoca un sobresalto de sus nervios excitados. Felizmente para Graffeteau, quien le interpelaba, era ni más ni menos que el excelente doctor Mauriel, que estaba realizando su visita. Había detenido su automóvil. Aquel cochecillo de dos asientos, que él mismo guiaba, era el que utilizaba para la clientela demasiado distante.

— ¿Es usted, capitán Graffeteau? — gritaba. — Parece usted cansado ¿eh? ¿Quiere usted montar a mi lado? Me vuelvo a Hyeres. Seguiré el camino del *Monte de los Pájaros* en lugar del de Almanarre. Es un rodeo de diez minutos.

El desgraciado inició un ademán de duda. ¡Le era tan necesaria la soledad! De repente, cambió de parecer y aceptó el ofrecimiento, que le suministraba ocasión de suscitar un diálogo que le era indispensable. No bien estuvo sentado al lado del médico, comenzó:

— En efecto, doctor, no me encuentro bien. Creo que este clima no me conviene ya, ni poco ni mucho. Me había usted hecho esperar que me daría el alta pasado mañana, domingo de Pascua. Si aun no me cree usted lo bastante repuesto para volver a campaña, le pediré con insistencia que me envíe a otro hospital, sea el que quiera, pero no a orillas del mar, ni en el Mediodía.

Mauriel, a la vez que manejaba su artefacto con la

destreza de un *chauffeur* de oficio, envolvió a su compañero en una ojeada singular.

— No veo inconveniente, — repuso, — en enviarle a su depósito, si usted cree que su permanencia aquí no le favorece. ¿Está usted seguro de ello? Sería usted el primero a quien este admirable ambiente no haya curado... Hoy mismo le auscultaré, si tiene empeño...

— No me atrevía a pedírselo a usted, — dijo Graffeteau, — pero en realidad lo deseo muy de veras.

— ¿Hace mucho que no ve usted a los Emery? — continuó Mauriel después de un instante de silencio.

— Ayer mismo, yendo de paseo, me encontré con la señora Journiac y con la señorita Lazarina, — contestó Graffeteau.

— Hablaba usted de climas, — dijo el médico sin insistir en su pregunta. — Los hay, ciertamente, extremados que los europeos toleran mal. Ahí está el Africa. Ahí está Madagascar. Ahí está la Indo-China. Precisamente tiene usted un ejemplo en el padre de esas señoras, el coronel. No puede usted figurarse lo bonachón y tratable que era antes de su estancia en ultramar. Regresó achacoso e irascible. ¿Le ha observado usted? Es el hígado el que se resintió, pero el fondo sigue siendo el mismo. Ocurre a veces que disputamos. No le hago caso. Sé perfectamente que le he de volver a encontrar tal y como es en realidad, a pesar de sus salidas de tono: bondadoso, cariñoso y excelente persona.

Otro silencio. ¿A qué venía aquella inesperada apología, a no ser por haber olfateado Mauriel durante una visita a la *Casa Verde* una desavenencia entre Graffeteau y el padre de Lazarina? Se recordará que el doctor se interesaba cordialmente por el amor que entre ambos jóvenes adivinara. Era Emery, efectivamente, harto buena persona para haber manifestado

al médico la verdadera causa de su ojeriza contra el oficial, y el médico, a su vez, era también harto buen hombre para interrogar a sus clientes sobre sus asuntos íntimos. El *nec dicta, nec visa, nec intellecta*, del antiguo juramento hipocrático, seguía siendo para él norma inflexible de conducta, como lo es para cuantos practican noblemente su noble profesión. Tenía tacto. Conoció que acababa de molestar a Graffeteau. La evidente turbación de éste, acabó por turbarle a él. Variando el tema, aludió al periódico que el joven maquinalmente continuaba llevando en la mano y le dijo:

— ¿Se ha enterado usted del suceso? Me refiero al suicidio, en Tamaris, de una mujerzuela opiómana.

El instinto de defensa surgió en el asesino. Con expresión que se esforzaba en hacer indiferente, contestó:

— No. Sólo me he enterado del *Parte oficial*.

— Pues lea usted lo del suicidio — insistió el doctor —, que es instructivo. ¡Ah, si fuese yo quien mandara! Pronto acabaría con los envenenadores que venden esas espantables drogas, cocaína, morfina, éter, y la peor de todas, aguardiente. Ya verá usted como echan tierra sobre el asunto. Nada de averiguaciones, o averiguaciones por fórmula, con arreglo al gran principio, que dice: ¡nada de complicaciones! Ocurre como con el alcoholismo...

Encariñado con el tema, el médico no había ya de abandonarlo hasta el momento en que el automóvil desembocó en la explanada del *Monte de los Pájaros*. Un cuarto de hora después, el motor zumbaba de nuevo, llevando hacia Hyeres al anciano, completamente solo ahora. Aquellos quince minutos le bastaron para reconocer a su enfermo y para conceder el alta solicitada.

— Quedamos conformes— le dijo — en que, puesto que usted tanto lo desea, le pondré en libertad el do-

mingo. La aritmia persiste, pero es puramente funcional. Posible es que la influencia del mar no sea del todo ajena a ella. Cuando llegue usted a su depósito, hágase auscultar detenidamente. Y nada más. No digo a usted adiós, capitán Graffeteau, sino hasta la vista. Aunque no vea a usted pasado mañana, cuando pase la visita, estoy seguro de que volverá por aquí alguna vez. Entonces hará usted más justicia a nuestra hermosa tierra...

Y en tanto que bajaba prudentemente los recodos del camino tajado en la vertiente de la maravillosa colina, meditaba:

— Si el pobre muchacho debe caer allá, quizá sea mejor, en efecto, que se marche así... ¡Qué lástima, sin embargo! ¡Dos seres encantadores, nacidos uno para otro! ¡Bah! Seamos optimistas. — Y tarareó la copla favorita que señaló a la atención de Graffeteau: *E la fé dins l'an que vèn.* — ¡No matan a todos, qué diantre! Y cuando dos jóvenes se quieren... Pero ¿qué habrá ocurrido para que Emery me haya puesto la cara que me puso el otro día, cuando le hablé de su futuro yerno? Porque lo será. ¡Otro de sus arrebatos, sin duda! Habrán discutido sobre alguna tontería. ¿No podría haber dejado que esos muchachos se quisieran y se desposaran tranquilamente? ¡Pobre Lazarina! Pero, si no me engaño, es ella a quien veo, que regresa con su hermana. Pasemos de prisa, para no detenernos y no tener que decirla que el capitán se marcha.

Lazarina era, en efecto, quien regresaba a la *Casa Verde* con la señora Journiac. Volvían de su visita, ahora cotidiana, a aquella capilla del *Consuelo* que había dominado sobre toda su vida de niñas y adolescentes, como imperaba sobre todo el paisaje, Costebelle, la llanura de Hyeres, los pantanos salinos, la península de Giens y el mar. Su amigo inglés, hoy de-

dicado a batirse en el Iser, el comandante Garfield, al señalarlas la torre coronada por la estatua de la Virgen, les recitaba siempre el verso divino de Wordsworth:

And spires whose silent finger points to heaven

Pero ni «la pobre Lazarina», como la llamaba el anciano doctor, ni Magdalena tenían en aquel momento miradas para el blanco campanario

Que con su dedo mudo les señalaba el cielo.

Era éste un fragmento de una traducción intentada, en tiempos, por su madre, un tanto poetisa, como fué también algo artista. Ninguna de las dos pensaba en recordar a la otra aquella remembranza, absortas como se hallaban en sus reflexiones sobre una carta de Brissonnet a la señora Journiac, llegada aquella misma mañana. La premura del general en contestar a vuelta de correo era muy significativa. Evidentemente, hallábase pesaroso de la extrema dureza de su esquela al coronel Emery, concebida en un primer arrebato de cólera ante la negativa opuesta por Graffeteau a su *ultimátum*. En la reciente carta, refería con más detalles la boda del joven, las ligerezas y las traiciones de su mujer, y su divorcio con sus causas verdaderas. Insistía sobre el cinismo de Teresa, «hundida después — decía — en los más degradantes hábitos». Prevenía a su corresponsal contra las probables intrigas de la señora Alidiere. Indicaba su nombre y confirmaba que pasaba el invierno en Tamaris. «Posible es — terminaba — que el mutismo de Roberto respecto a su padre de usted se explique por el sufrimiento que siempre le he visto experimentar ante la sola mención de la existencia de esa desgraciada. No es, para mí, dis-

culpa suficiente semejante flaqueza ante la verdad. Debo, sin embargo, procediendo en justicia, señalar a usted ese rasgo de su carácter.»

— Como ves — decía la señora Journiac —, no me engañó mi impresión. No estuvo ayer representando una comedia. Ya tienes la prueba que querías.

— Sí — respondía Lazarina —, todo se aclara así: sus reticencias, sus timideces, su huída consternada cuando le hablé en el *Monte de los Pájaros*. ¡Ay! ¡Cuánto he pedido allá arriba la fuerza necesaria para conllevar sin protesta la inutilidad de nuestro amor! Porque me ama; me lo ha dicho y es verdad, es verdad. Cuando pienso que ha sufrido tanto — esta carta del general lo atestigua —, que me ha encontrado, que llevo en mí, en mi corazón, cuanto necesita para remediar sus desventuras, para curarlo todo... Y luego, nada, nada, nada... Esa es la ley de Dios. No la discuto, ¡pero cuán dura es!

— Menos dura, sin embargo, que el desprecio — dijo la hermana.

— Y, además — continuó Lazarina sin parecer haber oído —, ¡cuando pienso también en que le he impulsado hacia ella, yo! — Repitió doloridamente: — ¡Yo! Porque al dejarnos, es harto cierto que se encaminó a Tamaris para exigir una retractación de la calumnia. Ha vuelto a verla...

— Querida mía — exclamó Magdalena. — ¿Estás celosa?

— ¿Celosa? — dijo Lazarina. — No. Si la creyese siempre digna de él, si viese en ella, como ayer veía, una mujer abandonada e injustamente despreciada, no me arrepentiría de habérselo devuelto. Pediría a Dios con toda mi alma, te lo juro, que me olvidara para ser dichoso... Pero, ahora, después de lo que sabemos, ¿qué sería su vida con ella?

— No volverá a vivir con ella — protestó Magdalena. — Te ama.

— ¡Es tan hermosa! — gimió Lazarina. — ¡Es tan distinta de mí!

Era la mujer, ignorándose aún a sí misma, quien hablaba por boca de la virgen. ¿Qué decirla para consolarla? De haber estado en sitio distinto de la carretera, hubiera la primogénita estrechado entre sus brazos a la desolada niña. Allí, no pudo hacer más que asir una de sus manos. La llevó a sus labios depositando en los delicados dedos un largo beso de ternura y de compasión. Así llegaron, sin volver a hablar, a la verja de su jardín.

— No enseñaremos a padre la carta del general ¿verdad? — dijo la señora Journiac.

— Muchas reservas van siendo éstas — contestó Lazarina —: la visita de esa mujer, el encuentro de ayer...

— Asumo toda la responsabilidad — interrumpió Magdalena — Esta historia no puede tener continuación ahora. ¿Para qué complicarle en agitaciones que no le ocasionarían más que motivos de disgusto? ¡Se formula ya tantos y tan amargos cargos! A ti y a mí nos lo ha dicho. Cuanto más firmemente crea terminada la aventura, tanto menos sufrirá. ¿Censuras la reserva? Es un deber, en ciertos casos. Lo es, desde luego, cuando la palabra no da otro resultado que aumentar las penas de alguien. Padre cree que amas a un hombre indigno, y que su misma indignidad te curará. ¿No comprendes acaso que es mejor que así sea?

— Y tú ¿no comprendes que es harto cruel para mí no justificar al que amo?

— En estos momentos no lograrías justificarle. Padre discutiría. Se exasperaría más aún. Más adelante podrás hablar. Ahora, no. Como dice Elisa: hay que dar tiempo al tiempo.

— Tienes razón — respondió Lazarina con abatimiento. — Callaré.

Encontraron al coronel en su fumadero-biblioteca, ocupado en cotejar los datos del *Parte oficial* con un gran plano militar, clavado en la pared. Una porción de pequeñas banderolas señalaba en él la situación de los ejércitos respectivos.

— ¡Buenas noticias! — gritó a sus hijas en el momento en que aparecieron en la puerta. — La batalla de Verdun se decide en favor nuestro. Siempre que los alemanes fracasan en sus sorpresas y nosotros reaccionamos, salimos ganando. ¡Hermosa arma es el soldado francés cuando cae en buenas manos! Y a los jefes los conozco. Les he visto empezar su carrera: Castelnau, Petain, Nivelle, Mangin. Son unos valientes, ¡vaya! Pero ¡qué guerra! Mirad en el plano. Mirad aquí.

Y con su índice arrugado y nudoso por el reuma, señalaba este fuerte, o aquella colina, a la vez que buscaba los nombres respectivos en el periódico que le servía de guía. El coronel, dedicado por entero a satisfacer sus aficiones militares, ni aun vió las sensacionales titulares que encabezaban el periódico. Terminada su demostración, dejó el diario sobre la mesa. La señora Journiac lo cogió maquinalmente y empezó a pasar por él la vista. De repente se echó a temblar. La emoción desencajó su hermoso rostro, tan tranquilo habitualmente. Su padre, sentado ahora frente a ella y que la miraba distraídamente, se alarmó al observarlo.

— ¿Estás mala, Magdalena? — dijo.

— No será nada — contestó la interpelada, esforzándose para sonreír. — Lazarina, ayúdame a subir a mi cuarto. Me echaré hasta la hora de comer. ¿Me llevo el periódico, papá? Mi hermana me leerá las noticias.

— Llévatelo — dijo el coronel. — Fuera del *Parte*,

nada trae que me interese. Voy a escribir una carta. Cúidate.

Besó a su hija en la frente con una complacencia que, sin duda, se echó en cara, puesto que en el momento en que Lazarina iba a trasponer los umbrales, la llamó y la besó también tiernamente. Ambas hermanas salieron de la habitación. Magdalena continuaba dando muestras de tan extraña turbación, que su hermana, en la escalera, le preguntó:

— ¿Qué tienes?

— Ahora mismo te lo diré, — respondió la señora Journiac en voz baja. — Luego, cuando se hallaron a solas en la estancia, prosiguió: — Cierra la puerta con llave. Así. Mira.

Entregó el periódico a Lazarina. Esta leyó el relato que dos horas antes tanto aliviara y consolara a Graffeteau.

— ¿La señora Alidiere? — dijo. — ¿En Tamaris? Pero ¡si es ella!

— Evidentemente — afirmó Magdalena... Es ella.

— ¿Y ha sido esta noche cuando se ha suicidado? — interrogó la joven. Una tras otra, ambas inclinadas sobre los fatales renglones, releían cada una de sus palabras.

— No hay duda alguna — afirmó Magdalena —: ha sido la noche pasada.

— Entonces eso ocurrió después de haberla visto él, después de haber hablado con ella, inmediatamente después. ¡Ay! Magdalena, ¿qué es lo que he hecho?

— ¿Tú? — protestó la señora Journiac. — Pero si no has intervenido para nada en ese drama.

— ¿Quién le ha aconsejado que volviera a verla? — exclamó Lazarina. — ¿Quién le refirió su venida aquí y nuestra entrevista? Por causa mía fué a visitarla. ¡Porque ha ido! Por culpa mía se habrá mostrado

implacable con ella! Y ahora, también, todo se esclarece. Era preciso que ella tuviese un motivo para hacernos esa visita, humillante y depresiva, confiésalo... — La señora Journiac protestó con el ademán: — Concedamos que mintiera sobre su divorcio y sobre su carácter y que haya querido apenarme, porque le habrán dicho algo de él y de mí. No por ello será menos cierto que ese paso que esas mismas mentiras, indican pasión, cariño... La habrá maltratado, la habrá desesperado por causa mía... Y entonces ¡claro!... — Apartó de sí el periódico con un movimiento convulsivo. — Me parece estar viendo esa sangre... — Y con las pupilas dilatadas por el espanto, parecía contemplar un terrorífico espectáculo.

— Pero eso es una insensatez, una insensatez — repetía Magdalena. Y con entonación suplicante proseguía. — Hermanita querida: no busques para ese suicidio otra explicación que la que da el periódico: el opio. Recuerda la frase de Brissonnet: *los más degradantes hábitos*. Aludía al opio. Fíjate. No sabemos siquiera si el capitán Graffeteau se ha avistado con ella. Ahí se refiere también una escena de locura ocurrida en un establecimiento público de Tolón, que prueba que esa mujer no pasó la tarde en Tamaris. ¿Se vió con ella? ¡Y qué! ¿La habló con dureza? ¡Y qué! ¿Tú, qué le pediste? Que fuera bondadoso con ella, que la perdonara. ¡Ni más ni menos! Y si se hubiera mostrado inexorable hasta el extremo de desesperarla ¡sería pura justicia! El testimonio de Brissonnet lo demuestra... Pero ¿para qué buscar razones, cuando el opio basta para explicarlo todo, te lo repito? Era una enferma mental, irresponsable. La visita de que hablas no fué obra de mujer apasionada, sino de una malvada o de una loca. No. No. Ese suicidio es lamentable. Pero eres en absoluto ajena a él. Además ¿estamos seguras de

que haya sido suicidio? Después de todo, no tenemos más que el relato de un periódico, escrito al hacerse las primeras averiguaciones, superficiales por de contado. ¿Se suicidó, siquiera?

— ¡No sigas! — imploró Lazarina con voz ahogada. Ella misma se detuvo. La idea que entre ambas acababa de surgir, era tan atroz, que permanecieron en silencio algunos instantes, hasta que la señora Journiac, encogiéndose de hombros, dijo:

— Está visto que esto es contagioso. Me vuelves tan loca como tú. — Después, y señalando su talle deformado, con la gracia doliente de madre futura, que empleaba como seguro recurso para tranquilizar a su hermana, añadió: — Como sigas por ese camino, bonito va a nacer tu sobrino. Se acabó. Y por de pronto... — Había cogido el periódico, que arrugó entre sus manos vivamente. Se encaminó hasta la chimenea, cogió las tenazas y mantuvo el papel entre las llamas. Cuando quedó del todo consumido, exclamó: — ¡Ay! ¡Si las penas inútiles pudieran convertirse en un montoncito de ceniza, como éste!

— No se puede — dijo Lazarina. — Lo sabes tan bien como yo. Me has prestado, sin embargo, un gran servicio, al impedirme hablar a nuestro padre. Los comentarios que hiciese, resultarían demasiado duros para mí en estos momentos. No podría soportarlos. Voy a buscarle.

Salió de la habitación con este pretexto, pero, en realidad, por huir de Magdalena. Harto lo comprendió ésta, así como que la infortunada niña no podía tampoco conllevar sus observaciones. Por la noche, y aunque la marcha de la viajera estaba señalada para el siguiente día, no subió Lazarina, como de costumbre, a charlar al cuarto de su hermana. Logró también esquivar toda entrevista durante las pocas horas de la

mañana del sábado que precedieron a la partida. Veinte veces se sintió tentada Magdalena de acercarse a ella para reanudar a solas la conversación de la víspera. Veinte veces se lo impidió una invencible timidez. No conseguía desechar la sospecha extraordinaria, absurda para su buen sentido, que ella misma sugirió mediante una frase casualmente pronunciada. Tan sólo en la estación y durante los minutos que su padre invirtió en facturar el equipaje, logró atraer a Lazarina al final del andén, y le dijo:

— Hermana querida: hazme una promesa, un juramento, mejor dicho.

— ¿Un juramento? — repitió Lazarina. — ¿Cuál?

— Si vuelves a ver al capitán Graffeteau, júrame por la memoria de mamá, que me lo dirás, ¿me oyes? ocurra lo que ocurra.

La joven miró a su hermana fijamente.

— ¿Qué crees tú que puede acontecer? — preguntó.

— No lo sé — contestó la primogénita. — Pero conozco que no puedo marcharme, si no me juras lo que te pido.

— Lo juro — dijo Lazarina.

— Gracias — contestó la otra.

XI

Largo rato hacía que el tren había desaparecido llevándose hacia Tolón, y luego hacia Marsella y Aviñón, a la primogénita, llena de inquietudes a pesar del juramento, cuando aun su enigmática frase torturaba la imaginación de aquella a quien acababa de arrancar la solemne promesa.

«¿Qué quiso decir Magdalena?» se preguntaba la

joven al emprender el regreso. Y repitiendo su propia pregunta, proseguía: «¿Qué creerá que puede ocurrir?» A pesar suyo hallaba contestación a esta pregunta. Una posibilidad, que hasta entonces se había prohibido hasta concebir, se imponía a su espíritu. Cierta loca esperanza se mezclaba con el terror de la responsabilidad con que la abrumaba el suicidio de Teresa. A la vez, alejaba, rechazaba de sí, la obsesión de otro terror, indeterminado, obscuro, formidable. Muerta Teresa, quedaba libre aquel a quien tan profunda y dolorosamente amaba. ¿Si a pesar de todo, quedara probado que tal suicidio era debido únicamente al desarreglo mental producido por el opio? Desaparecería el obstáculo que entre los dos se interponía. El matrimonio religioso sería lícito. Imaginábase a Roberto, hallando el medio de volver a verla, e implorando, antes de regresar al frente, aquella unión que ella le ofreció en un momento de exaltada confianza. ¿Qué respondería? Un estremecimiento recorría todo su cuerpo. Miraba al coronel, que caminaba al lado suyo. Seguían el camino que por Costebelle conduce a Saint-Pierre-des-Horts y a la *Casa Verde*. Si Roberto Graffeteau arriesgaba tal demanda y ella decía que sí, ¿cómo ocultarlo? Por otra parte, ¿cómo explicar al coronel, irreductible en achaques de lealtad, el porqué de la reserva observada por ella y por su hermana? ¡Cómo empezaba a pesarla la impostura que implicaba su mutismo! ¿Cómo interrumpirlo sin revelar la intensidad de su amor, que a ella misma espantaba? Tan sólo suponer que se abriera sobre el porvenir aquella puerta, le hacía daño; ¡tanta felicidad entreveía en su ensueño! Pero cerraba aquella puerta. Rechazaba tal ensueño. La espantosa impresión de la sangre de la suicida manchando sus manos, volvía a apoderarse de ella. Al llegar a un recodo del camino, la agrupación de

edificios del *Monte de los Pájaros* se divisó en lontananza durante algunos momentos. Los ojos de la joven se fijaron, por encima de la canosa cabeza de su acompañante, en la blanca edificación y en sus tejados rojizos. «*El* ha prometido justificarse» pensaba. «No da señales de vida. ¿Por qué?» Sentía miedo.

A esta pregunta había de recibir una respuesta harto completa aquel mismo día. A eso de las cinco y media, después de tomado el te, se encontraba sola en su habitación, leyendo y releyendo en los periódicos de la mañana y de la tarde los detalles complementarios del drama de Tamaris. Todos ellos concordaban en la hipótesis del suicidio y en sus causas, y así lo patentizaba su unanimidad en reclamar enérgicas medidas contra la venta clandestina del opio. La fiel Elisa entró llevando en la mano un sobre cerrado y sin dirección. Luego, con su expresión socarrona habitual, dijo:

— El enfermero del teniente señor Duchatel me ha entregado esto para la señorita, diciendo que esperaba contestación, y que era urgente. «¡Urgente, urgente!» le he dicho, «hay que dar tiempo a la pócima para que obre». Riéndose queda él todavía.

También se celebraba a sí misma su rústica chanza la maliciosa angevina, pero sin alegría. En los pasados días había observado la creciente tristeza de su señorita. Harto sagaz para no haber adivinado el motivo de ella, pero poco enterada para poder sospechar la cruel realidad, sentía ojeriza hacia el capitán Graffeteau, y por culpa de éste, a la colectividad en masa de oficiales del *Monte de los Pájaros*. «¿Qué será lo que le escriban?» pensaba al contemplar cómo el rostro de Lazarina, ya tan sombrío, se contraía al leer la misiva encerrada en el sobre. Constaba la esquela de algunas palabras, escritas con caracteres indecisos y por mano que no había sabido guardar la simetría de los renglo-

nes. Decía así: «*Señorita: necesito ver a usted inmediatamente*». «¡Ver a usted!» En su perturbación, el ciego usaba maquinalmente una fórmula que ningún significado ¡ay! tenía ya para él. No era necesario semejante pormenor para demostrar a Lazarina que sólo un grandísimo incidente pudo decidirle, a él tan circunspecto, a dar semejante paso. ¿Vendría a hablarla del drama de Tamaris y de Roberto Graffeteau?

— ¿Está abajo el teniente Duchatel? — preguntó.

— Sí — contestó la criada. — Está sentado en el poste kilométrico de la carretera. No ha querido entrar.

— Dile que bajo en seguida — dijo Lazarina, y hablando consigo misma, añadió: «¿No quiere entrar? A causa de mi padre, sin duda. ¡Pues bueno! Le hablaré en la carretera.»

Sin invertir más tiempo que el necesario para colocar un sombrero sobre su cabeza y un abrigo sobre los hombros, bajó la escalera con el corazón latiéndole alborotadamente.

— Si mi padre se entera — pensaba —, se lo digo todo.

Por fortuna para la pobre muchacha — o por desgracia, ¿quién sabe? — el coronel no se dejó ver. Seguida sólo por la mirada de Elisa que murmuraba: «Señor, apiadaos de nosotros y tirad las piedras a los demás», cruzó el jardín, y una vez traspuesta la verja, se encaminó hacia Duchatel. Aunque sus pisadas fuesen leves, el ciego la oyó llegar. Se levantó.

— Déjeme — dijo al enfermero que quería ayudarle. — La señorita Emery me guiará un corto trecho — y posó su mano sobre el brazo de Lazarina, con la misma delicadeza con que lo hizo durante aquel crepúsculo cuya jubilosa poesía relató en una de sus cartas a su hermana. No habían transcurrido desde entonces más

que tres semanas, y, sin embargo, ¡cuán lejana estaba ya aquella alegría!

— Señorita — empezó a decir el ciego a media voz—, me doy exacta cuenta de que acabo de conducirme con usted de un modo muy incorrecto.

— No se disculpe usted, teniente Duchatel — dijo Lazarina. — Desde el momento en que usted me ha escrito de esa manera, estoy segura de que obedece a razones imperiosas. Dígame, sencillamente, cuáles son éstas.

— Gracias por su confianza — contestó él. — ¡Estaba tan convencido de que no me engañaba respecto de usted! — Y con la mayor sencillez, en efecto, prosiguió: — Se trata, señorita, del capitán Graffeteau. Tengo entendido que siente usted amistad hacia él. Seguramente, lamentaría usted no haberle prestado auxilio, pudiendo hacerlo, en una crisis terrible de su vida. ¡Está tan raro! No sé si le ha visto usted en estos últimos días y si se ha dado cuenta de su estado. Tan inquietante me ha parecido éste, que me tiene por completo trastornado.

— Pero ¿qué es lo que tiene? — exclamó Lazarina — ¿Qué ha averiguado usted?

— Tiene, señorita — dijo Duchatel, bajando más la voz — que quiere matarse.

La joven quedó como aniquilada. Ahogó un grito que quiso escapársele. La evidencia se le imponía. La horrible sospecha, rechazada en un principio como una idea insensata, se revestía de repente de una siniestra precisión. En su espíritu se forjaba uno de esos razonamientos fulminantes, cuyo fulgor nos ilumina en los momentos trágicos. El hombre a quien amaba y de quien era amada, estaba libre. Podía casarse con ella. ¿Y pensaba en matarse? A causa del drama de Tamaris, sin duda. Y si no estaba complicado en él ¿por qué?

Y si lo estaba y no hubo más que suicidio, ¿por qué? ¿Por el remordimiento de haberse demostrado duro en demasía? Las faltas de su mujer le exculpaban de antemano. Quedaba una tercera hipótesis. Al espanto que ésta producía a Lazarina, uníase un miedo horrible; el de que su propia turbación pusiera a Duchatel en la pista del crimen. ¿Sabía éste que Graffeteau fuese casado y divorciado? ¿Sabía que su mujer se llamaba la señora Alidiere? ¿Que ésta había muerto, y dónde, y cómo? Pensó: «Yo, no diré nada. Es preciso que sea él quien hable». Esta idea le suministró fuerzas bastantes para preguntar:

— ¿Quiere matarse? ¿Se lo ha dicho a usted?

— No. Pero lo comprendo. Lo conozco. Lo sé.

— ¿Por su rareza, tal vez? ¿Cuándo ha empezado usted a notar esa rareza?

— Hace próximamente una semana.

— Antes pronunció usted la palabra «crisis».

— En efecto; sólo desde hace cuarenta y ocho horas me inspira esta zozobra.

— ¿Le ha ocurrido algo durante ese tiempo?

— Nada, que yo sepa.

— Entonces, ¿todo ello no es más que una impresión de usted?

— Sí y no. Pero, mire usted, señorita; lo mejor será que refiera a usted al detalle mis observaciones, desde ayer por la noche. Usted juzgará. Ayer no le vi en toda la tarde. Fuí a buscarle para cenar. Llamo a la puerta. Estaba. No contesta. Oí que andaba, que andaba... Le dije mi nombre. Me grita que no quiere cenar. No abre. Después de cenar vuelvo a su cuarto. Presto oído. Siempre el mismo paso de un hombre que huye de sí mismo entre cuatro paredes... Al mediar la noche, vuelvo otra vez. Siempre, siempre el mismo vaivén infatigable y febril del preso en su calabozo... Esta

mañana se presenta en mi cuarto. Me dice que quiere pedirme un consejo acerca de su testamento. «Poseo algunos bienes — me explica — y no tengo parientes próximos. Deseo legar cuanto poseo para una obra benéfica. ¿Conoce usted alguna que en su opinión sea útil y que pueda recomendarme particularmente?» Aquella muestra de amistad me conmueve. Se lo digo. La emoción le abruma y me hace una pregunta que voy, señorita, a repetir textualmente: — ¿Cree usted en otra vida, Duchatel? — Y usted también — le contesto. — ¡Oh! — continúa —, espero que no la haya; pero no estoy muy seguro de ello.

— ¡Desgraciado! — no pudo menos de gemir Lazarina.

— ¿Verdad que sí? — dijo Duchatel. — Escuche usted la continuación: — ¿Y cree usted que nuestros actos nos acompañarán a esa vida póstuma? — Naturalmente — contesto —. En eso precisamente consiste la otra vida. — Si eso fuera cierto — exclama —, ¡sería horrible! — Conviene que diga a usted señorita, que en Champagne, la víspera de la gran ofensiva, hablamos sobre la religión. Su incredulidad me afligió entonces, tanto más cuanto que era tranquila. Pensé al oírle: «Regresa al frente. Una evolución se agita en él. Duda.» Le dije: — Está usted ahora, Roberto, más cerca de Dios que lo estaba hace siete meses, puesto que empieza usted a temerle. — No contestó a estas palabras. Reanudó la conversación sobre el testamento y acerca de la obra benéfica que había de designarse. De improviso y sin transición alguna, me preguntó: — Amigo Duchatel, ¿ha tenido usted amigos que se hayan suicidado? — Sí — le contesté con extrañeza — he tenido uno. — En efecto, señorita, el suicida en cuestión fué uno de mis compañeros de colegio en Lyon, a quien quería yo mucho. Era empleado en un banco

y aficionado al lujo. En un momento de obcecación, robó. Viéndose descubierto, se pegó un tiro en la cabeza. Referí este suceso a Graffeteau. — Hizo bien — me dijo — ¿no es verdad? — No — repliqué. — Pues ¿qué hubiera debido hacer, según usted? — Arrepentirse y restituir.—¡Arrepentirse!—exclamó.—¡Cuando no se cree! ¿Restituir? Hay cosas que no pueden restituirse ni repararse... — Al llegar a este punto, salió como había entrado, con la brusquedad de las personas que sufren demasiado y que no se encuentran a gusto en ninguna parte. Tanto me alarmó este coloquio, que me decidí a hacer algo extraordinario, que demostrará a usted mi certidumbre en la posibilidad de una catástrofe. Fuí a su cuarto, sabiendo que se hallaba ausente. Busqué y hallé su revólver. A tientas quité las balas de las cápsulas y volví a colocar las vainas vacías. He vuelto a encontrarme con él esta tarde, y se ha mostrado tan excitado, de nuevo, que mis terrores han aumentado aún. Mi precaución me ha parecido pueril. ¡Si quiere suicidarse tiene tantas maneras de lograrlo! Entonces pensé en usted...

Se detuvo y guardó silencio. Parecía esperar una respuesta que fuese como el eco de su confidencia. Al observar que la joven callaba, aterrada, balbució:

— Perdóneme usted, señorita, si la he ofendido.

— No hay motivo para ello — respondió Lazarina; y llamando al enfermero, dijo: — Es preciso que vuelva a mi casa, teniente Duchatel. Reflexionaré.

— Si no me engaño, piense usted en que se trata de la salvación o la pérdida de esa alma — murmuró el ciego con voz en que palpitaba una súplica. — Yo, no puedo hacer nada. No me atrevo ya a llamar a su puerta. Y quizá en estos momentos...

No terminó. Lazarina vió cómo emprendía el camino del *Monte de los Pájaros*, apoyándose con un brazo en

su lazarillo y reconociendo el suelo con el bastón. Su paso era todo lo rápido que su invalidez le permitía.

—¡Quizá en estos momentos!... — se repetía la joven encaminándose hacia la *Casa Verde*. Al cabo de un momento, volvióse hacia atrás bruscamente. El uniforme azul de Duchatel desaparecía tras de un recodo del camino. Un poco antes del recodo, desembocaba en la carretera un aspérrimo sendero, que el ciego dejó a su izquierda y que acortaba la distancia para ir al *Monte de los Pájaros*. Súbita, impetuosamente, la joven se dirigió hacia ese atajo, del cual conocía al detalle todas las revueltas, los árboles y hasta las piedras. Enderezó por él sus pasos sin preocuparse ya de lo tardío de la hora, de las alarmas de su padre, ni de la extraordinaria audacia de su proyecto. «¡Con tal de que llegue a tiempo!». Este era su único pensamiento. Un impulso irresistible la arrastraba hacia Graffeteau. ¿Qué le diría? Lo ignoraba. Acababa de escuchar por medio de Duchatel su lamento desolado y acudía en socorro de su agonía. Desde que el ciego pronunció las primeras palabras, un sentimiento de piedad se sobrepuso a todo. Conservando como conservaba intacto el austero pudor de sus íntimos sentimientos, escuchó, empero, hasta el final aquella confidencia que implicaba la adivinación de su secreto más querido. Pedirla que salvara a Graffeteau, ¿no equivalía, acaso, a decirla: «La ama a usted y usted le ama?» ¿Qué le importaba? Análoga indiferencia sentía respecto de la novela que el oficial pudiera haberse forjado acerca de la desesperación de su amigo: una desavenencia, sin duda con el coronel, una petición de mano desairada. Corría, volaba la joven por entre los madroños y los lentiscos, los mirtos y los enebros, enzarzándose a cada paso en los matojos y en los espinos, y arrancándose a ellos para proseguir su carrera. Por fin, llegó

a la carretera. En ella se iniciaba otro atajo que conducía directamente al parque del Sanatorio, y que se transformaba en escalinata mediante una acertada serie de amplios peldaños de cemento que afectaban la forma de tablas y de troncos de árboles. En dos minutos los subió. Encontrábase ahora ante la fachada del edificio. Sin ruborizarse ante la mirada de extrañeza del portero que la conocía y salía a su encuentro, preguntó por el número del cuarto del capitán Graffeteau.

— ¿Está de seguro el capitán? — insistió.

— No le he visto salir, — dijo el portero. — Si la señorita lo desea, enviaré a alguien...

— No hace falta, — respondió la joven, y se internó en el hospital sin más vacilaciones que si hubiese sido hermana o esposa de aquel a quien, a toda costa, quería salvar. ¿Llegaría a tiempo?

¡Qué elevados le parecieron aquellos dos pisos, qué numerosos los escalones, qué larga la galería! El presentimiento de que llegaba demasiado tarde la paralizó ante la puerta, y creyó desmayarse al percibir el rumor de pisadas que se aproximaba a ella. Las dos vueltas de la llave que descorrió el ocupante de la estancia y el ruido de sillas cambiadas de lugar, daban testimonio de que se había atrincherado intencionadamente. ¡Harto bien concordaba tal precaución con el funesto proyecto cuya realización trataba de impedir la joven! Pero la puerta se había abierto. Roberto Graffeteau había visto a la señorita Emery. La sorpresa le hizo retroceder en silencio. Fué ella quien empujó la puerta para cerrarla, y quien avanzando hacia él, y sin preparación, sin explicación, con voz que no preguntaba, que no acusaba, pero que se imponía, que exigía la verdad, dijo:

— ¿La ha matado usted?

— Sí, — respondió él.

— ¿Y quiere usted matarse?

— Sí, — volvió a afirmar el joven.

Apartó Lazarina sus ojos de él, como si en aquel momento no pudiese soportar su vista, y cayó de rodillas.

Allí había una butaca. Posó los codos en ella, escondió el rostro entre las manos y permaneció rezando largo espacio de tiempo. Cuando se incorporó, su rostro, tan diáfano habitualmente, mostraba una expresión opaca y convulsa. Los estragos producidos por la tortura interior, al desfigurar sus delicadas facciones, casi la hubiesen afeado, sin la profundidad de sus ojos, sublimes de pasión y de dolor. Con los brazos oprimidos contra el pecho y los puños crispados uno contra otro, gimió:

— ¿Si usted se mata, qué quiere usted que sea de mí? ¿No se contenta usted con haberme asociado a un primer crimen? ¡Porque al separarse de mí y por causa mía fué usted a matar a esa mujer! Eso es lo que fuí para usted. Por culpa mía ha asesinado usted y ahora quiere suicidarse. De suerte, que durante mi vida entera, habré de decirme: «Si no me hubiera conocido, sería un hombre honrado.» ¡Pues bien! Por mí misma ¿me oye usted? no tiene usted derecho a matarse. Me debe usted el no desesperarme. Si me ama usted, como ha dicho, no me condene a ese remordimiento. Bastante tengo con el otro.

— ¡Ah! ¡Debí callarme, debí no confesar nada! — respondió él. — ¿Remordimiento usted, usted, usted? Pero si usted para mí no ha sido más que bondad, luz y consuelo... Pero, si anteayer, algunas horas antes, me rogaba usted que fuese indulgente, que perdonase. Llevo aún las palabras de usted en el corazón y en el entendimiento. Me arrebató un furor que aun ahora no me explico. Aquella mujer era mi pasado, con sus

penas, sus rencores, sus vergüenzas, con las cuales no quiero complicar a usted ni aun con el pensamiento. Cuando me vi ante ella, todas aquellas miserias refluyeron en mí... Me horroricé y me asusté. Sí; sentí miedo, miedo de mí mismo, miedo de aquella mujer. Experimenté la sensación del monstruo, de una maldad, de una perversidad, de nuevo encarnizadas contra mí. Me acometió un vértigo y me liberé. Como usted ve, para nada interviene usted en este crimen. Si alguna influencia hubiera podido contenerme, hubiera sido la de usted, su recuerdo, el pensamiento del sér en que usted me transformó. Porque usted no sabe lo que es para mí desde el momento de conocerla... Lo que era usted... Porque todo acabó. Soy yo quien puede preguntarla: «¿Qué quiere usted de mí?» Maté. Mi crimen me abruma. También de esto es preciso que me libere. ¿Cómo? Habría de ser descubierto, preso, encarcelado, habría de verme en vísperas de ser sentenciado, y quizá en tanta abyección encontraría algún alivio, una impresión de deuda satisfecha. Ha conocido usted esa muerte por los periódicos. Sabe usted, por lo tanto, que no se me acusará... ¿Denunciarme a mí mismo? Lo pensé. No lo haré, a causa de estos galones, de esta condecoración, de mis compañeros, de cuanto representa todo esto, y que me es odioso asociar a mi deshonra... ¿Volver al frente? ¿Hacerme matar? Sí, si fuese como simple soldado. Pero esto es imposible, y como oficial, como jefe, no soy digno de ello.

Calló. Ella le había escuchado, con los párpados caídos y sin que movimiento alguno de su rostro ni de su cuerpo revelara los sentimientos que la horrible confesión despertaba en su alma. Como si aquel silencio equivaliese al asentimiento, el joven continuó:

— Nada puede usted contestarme y nada tiene que

decirme. Sólo me queda desaparecer... Me lo figuro: ha sido el buen Duchatel quien la avisó. Me había adivinado. Mi última flaqueza fué la de hablarle. Bien la he pagado. Pero, ¡me ahogaba! También entonces debí callar. Habría usted leído cualquier día en un periódico que el capitán Graffeteau había sido víctima de un accidente ferroviario. ¡Es tan sencillo ponerse en la vía cuando pasa el tren! Adopté esta determinación para hacer dudar a usted. Ahora ya no puede dudar. Esto es para mí un nuevo dolor. Pero, — y movió la cabeza — me he condenado a muerte y ejecutaré la sentencia. Me haré justicia. Pagaré mi deuda...

— ¿A quién? — preguntó ella. Mirábale fijamente con esa mezcla de súplica y de imperio que se muestra en la mirada cuando apasionadamente se desea infiltrar en otro la convicción de que uno mismo se halla poseído. — A la sociedad, no, puesto que la muerte de usted no será ejemplar para nadie. Tampoco a esa alma infeliz a quien ha arrojado usted, cargada con sus pecados, ante las plantas de su Juez. A Dios tampoco, porque prohibe toda clase de homicidios. Ni pagará usted nada, ni habrá borrado nada. Se habrá usted liberado de la vida, como dice, y liberarse no es rehabilitarse, es desertar... ¿Qué quiero que sea de usted? Quiero que sea usted un hombre que se arrepiente, un hombre que expía. Recuerde usted su niñez. Cuando había usted incurrido en una falta que pesaba sobre su conciencia ¿adónde iba usted a pedir perdón? Y se lo concedían y le decían a usted por qué; porque hay *Uno* que dió su sangre por usted, por mí, por todos nosotros, por todas nuestras flaquezas, por las faltas de los niños, por los pecados de los hombres. Existe un Redentor y existe una Redención. El alma de usted ostenta siniestras manchas. Aunque usted se hiciera justicia, como dice, su suicidio no le devolvería

su inocencia. Esas huellas, esas manchas no puede usted borrarlas. Otro es quien puede hacerlo, si usted se arroja al fondo de su corazón. Aun manchado, aun abominable, le ama a usted, le compadece, le desea. ¡Ah, Dios mío! ¡Dios mío! — y cruzó sus manos suplicante: — ¡Si yo puedira comunicarle esta certidumbre de que existe un medio, un solo medio, para ser lavado, para ser curado! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

— Pero es que ese medio — dijo Graffeteau — no puedo emplearlo yo. Es preciso creer, y yo no creo.

— Lo sé — exclamó ella con creciente exaltación — pero creerá usted. Le obligaré a creer. ¡Rogaré a Dios con tanto ardor, que me concederá esa gracia! No se niegue usted a ello cerrando para siempre los caminos de su misericordia. Me doy cuenta de ello; para el que no cree, un remordimiento como el de usted, es carga harto pesada. Yo le ayudaré a llevarla. En tanto no habló usted a nadie, estaba solo para soportar su pesadumbre. Usted solo no podía, pero ahora somos dos. No. No se arrepienta usted de habérmelo confesado todo, así, sin vacilaciones. ¡Es tan noble ese proceder! ¡Es tan recto! ¡Se lo agradezco a usted tanto! ¡Es tan grande la prueba de amor que me da usted al no poder engañarme! ¡Le amo a usted tanto por ella!... Sí — repitió con expresión de éxtasis y desesperación a un tiempo. — Nos amamos. Nos amamos. ¡Ah, Roberto! — suplicó con desgarrador acento, denominándole así por vez primera. — Júreme usted que no se suicidará y yo le prometo ser su esposa.

Graffeteau, densamente pálido, se sentó. Largas y lentas lágrimas empezaron a correr por sus mejillas. Las mostró con el ademán a la joven, y cediendo a la emoción que entrecortaba cada una de sus palabras, dijo:

— Señorita... — ¿Cómo se hubiera atrevido a pro-

nunciar su nombre? ¡Y cuán doloroso resultaba ese contraste! — No creí poder conocer aún un momento de felicidad. Usted acaba de pronunciármelo. Estas lágrimas son las primeras que acuden a mis ojos desde el horrible suceso. ¡Cuánto me consuelan! ¡Cuánta dulzura, cuánta generosidad emanan de usted! ¡Cuán grande, cuán altiva es esa alma que presentí y que ahora veo! Sí, nos amamos. Sólo que en mí es adoración hacia un ser que está tan por encima de mí, que es tan único! ¡Y qué piedad la de usted hacia un menguado! ¡Y al verme ahora tan desventurado, se muestra usted tan buena, tan caritativa y me hace además ese ofrecimiento! No. No puedo, no debo aceptarlo... Cuando usted se separe de mí, si no hoy, mañana, pasado mañana, no seré ya para usted lo que soy en estos momentos, un dolor que agoniza ante sus ojos y a quien usted conforta a todo trance. Volveré a ser para usted el asesino — insistió —, el asesino, el que está condenado a eterna soledad por haber cometido un acto inexpiable, lo repito, inexpiable... Si yo consintiera en ese pacto, sé que usted, siendo como es, leal y fiel, lo cumpliría. Pero en el fondo de su conciencia, ¿qué pensaría usted? Que es usted la mujer de un asesino. Y yo leería en usted ese pensamiento. ¿Y habría yo de imponer a usted esa vergüenza? Me despreciaría por ello más aún que por mi crimen. Este sería otro, aun peor. No. No. No. Déjeme usted. No me tiente usted.

— ¡Ah! — exclamó ella. — ¡Cuán poco me comprende usted! Es natural. No cree usted y no ve, por lo tanto. Se engaña usted: no es la compasión la que me ha hecho hablarle como le he hablado. Es el amor, pura y simplemente, no el amor de quien ama a una criatura por su atractivo y por sus encantos, ese amor que cambia, que decae con los años, con la vejez, con

la muerte. Quizá en un principio haya yo amado a usted de esa manera. Lo que la hora presente, lo que el momento actual me han enseñado, es que amo a usted con amor más alto, más puro, más verdadero. Es que amo su alma y que quiero, ¿me oye usted? quiero salvarla... Sin eso, cierto es que ese crimen me hubiera apartado de usted. ¿Cómo es que me ha aproximado? Porque mis sentimientos hacia usted son cosa diferente de los que yo conocía. Es como mi fe en Dios y en Nuestro Señor. Sólo ahora comprendo cuán completa, cuán absoluta es. Sólo ahora comprendo que la vida presente no es más que una etapa de la jornada, un paso hacia la Eternidad, y yo quiero compartir mi Eternidad con usted. Quiero que se salve usted... Al ofrecerle ser su mujer, después de ese asesinato, hago mío su pasado. Lo expiaremos juntos. Todo lo mío es de usted: mi vida, mi corazón, mi Redentor. Todo lo de usted es mío: sus dudas, sus angustias, su delito, sus tentaciones de desesperación. Otro, antes que yo, los hizo suyos, y es Nuestro Señor. Yo haré que crea usted en él por mi propio destino... Pero necesito tiempo. No me lo negará usted. No se lo negará usted a sí mismo... Dijo usted a Duchatel que dudaba usted de la otra vida, que no sabía usted si existía o no. Luego usted no está seguro de que no exista. No puede usted abismarse voluntariamente en esas tinieblas, sin haber buscado un punto de luz, sobre todo cuando de usted mismo depende ser útil aún, servir a la patria. No diga usted que no es digno ya de ser oficial, de ejercer un mando. Eso no es arrepentimiento, es orgullo. Cuando se quiere cumplir con el deber, no se escoge la categoría. Se sirve en la que se tiene, y si se cree uno colocado demasiado alto, se encuentra en la propia secreta indignidad una ocasión para humillarse interiormente... ¡Pero, diga usted que tengo razón, que ese

segundo vértigo ha pasado ya, que vivirá usted, que no se suicidará! ¡Ah, verdugo, verdugo! Me ama usted. ¡Con una sola palabra puede hacer cesar mi martirio, porque martirizada estoy, y usted que lo ve, no quiere pronunciar esa palabra!..

La joven se dejó caer en la butaca, con los párpados nuevamente caídos, trémulos los labios, cruzadas las manos, lívida y desfallecida como si fuese a desvanecerse.

— Señorita..., señorita... — balbuceaba Graffeteau, vencido al fin por tanto amor, tanta caridad, tanta magnanimidad, tanta desolación —. Vuelva usted en sí. Cálmese usted. Haré cuanto usted quiera. Me pongo en sus manos.

Abrió la joven los abrasados ojos, y jadeando de emoción, preguntó:

— ¿Me promete usted no suicidarse? ¿Cuento con su palabra?

— Se lo prometo. Tiene usted mi palabra.

— ¡Qué instante de ventura acaba usted de darme, también! — dijo Lazarina. Faltábale la voz. Permanecía sentada, inmóvil ahora y silenciosa. Caía el crepúsculo, ese brusco escalofrío nocturno, que tan rápidamente sigue en el Mediodía a la puesta del sol. Graffeteau contempló a su amada, ¡tan pálida, tan delicada, tan conmovida! Ante él estaba, semejante a un fantasma de bendición, como la imagen de su puro amor, evocado para lavar todas las manchas, para sanar todas las llagas. En aquel momento se acercó a ella, cayó de rodillas, y piadosamente rozó con los labios el borde de su falda.

— ¿Cuándo se marcha usted?

— Mañana domingo.

— ¿A qué hora?

— Por la mañana.

— Entonces, no volveremos a vernos. Al alejarse, mire usted hacia el *Consuelo* y piense en que habré comulgado por usted. Adios, tenga usted fe en mí, como yo la tengo en usted.

Encaminóse la joven hacia la puerta, sin que él tratara de detenerla, ni aun de estrechar su mano. Desde el umbral, se volvió para mirarle con sus profundas pupilas, y le dijo:

— Adiós, prometido mío.

III

EL DESENLACE

I

El general Brissonnet al coronel Emery

«En el frente, miércoles, a 19 julio 1916.

»Querido coronel: Al hacerme partícipe de la pena que hace tres meses ocasionaron a usted los esponsales secretos de Lazarina con Roberto Graffeteau, me dió usted tan señalada muestra de confianza, que considero como un deber el de aportar ante usted un testimonio postrimero acerca de ese valiente mozo, que acaba de perecer en circunstancias verdaderamente heroicas. Esa muerte me confirma definitivamente en la opinión que mi última carta le expresaba: mi severidad con él, cuando usted me pidió informes suyos, no fué justa. Cierto es que su silencio acerca de su divorcio, por lo que a usted hace, es indiscutiblemente culpable. También lo fué su resistencia a mi excitación para que hablara a usted, en las condiciones en que yo se la dirigía. Pero hay hombres que valen más que algunos de sus actos. Ese era su caso. En él existían realmente dos seres diferentes. No me hace mucha gracia esa teoría de los *desdoblamientos* que los intelectuales de ahora han discurrido para justificar las flaquezas de la voluntad. Sin embargo, ¿cómo explicar de otra suerte tan desconcertantes contrastes? Lo que

resulta cierto es que desde que volvió del *Monte de los Pájaros*, quiso conseguir y logró que prevaleciera lo mejor que en sí tenía. No servía ya en mi cuerpo de ejército, pero hallé manera de vigilarle, poco menos que día por día, en su depósito, primero, y después en su puesto en la segunda línea de combate, donde aun hace dos semanas tenía su mando. Parecía que la desaparición de su mujer le había libertado de una obsesión diabólica. Quizá ignore usted que aquella desgraciada acabó sus días suicidándose en la habitación de un hotel, convertida en fumadero de opio, y después de haber promovido un escándalo en un local público. Aquel lamentable suceso ofreció por lo menos la ventaja de permitir que el pobre muchacho tuviera posibilidad de rehacer su vida. La perfección de su servicio, durante estos tres últimos meses, el implacable rigor de sus procederes, sus cualidades de mando, cada vez más señaladas, me habían decidido a ayudarle. Quería hacerlo y también otorgarle mi perdón, a la vez que hacer cuanto pudiese por lograr el de usted. Sólo me es dable ya solicitar de usted ese perdón en el interior de su pensamiento y ante una sepultura. Un soldado como usted no se lo negará a otro soldado. Fué el viernes, 14, cuando le mataron. Su compañía ocupaba en el Somme una trinchera situada detrás de un arroyuelo, cerca de ***. Ese riachuelo corre por el fondo de un barranco. La trinchera enemiga estaba al otro lado de éste. El espacio intermedio, plantado de sauces, era considerado por los alemanes como cosa suya, por haber estado ocupada nuestra trinchera durante bastante tiempo por reservistas que no salían de sus agujeros. Precisamente, para cambiar tal situación enviaban allí a un oficial de valor y competencia reconocidos. Roberto llegó el miércoles, 12. Pasó el jueves efectuando un detenido reconocimiento

del terreno. El viernes, al amanecer, observando que una espesa niebla envolvía el barranco, juzgó oportuna la ocasión para hacer recomponer las alambradas de vanguardia. El día antes tuvo ocasión de comprobar su deficiente estado. Dedica a ese trabajo una cuadrilla de soldados, y para protegerla y para avizorar el barranco envía un cabo y tres hombres. Iba adelantado el trabajo, cuando estalló una descarga. Graffeteau grita a los trabajadores: «¡A vuestras trincheras!» Dos hombres de la patrulla regresan corriendo. Refieren que han sido acribillados por los alemanes escondidos entre los sauces. El cabo resultó muerto, y un soldado quedaba herido, con una pierna destrozada, al otro lado del arroyo. «Venga un fusil» dijo Graffeteau, «voy allá». Se lo dan y sale de la trinchera para ir a recoger a su soldado herido. Varios «peludos» quieren seguir a su capitán. «No necesito más que uno. Quedaos los demás.» Ordena y echa a andar, sin encorvarse siquiera, seguido por un soldado. Su presencia es notada por el enemigo. Primera descarga. Resultan ilesos. Cruzan el arroyo, encuentran al herido desmayado, lo cargan sobre sus hombros y emprenden el regreso. Nueva descarga. Ahora, Graffeteau resulta con el brazo izquierdo atravesado. Continúa andando. Cinco metros antes de llegar a la trinchera otra bala, disparada sin duda por un «tirador de oficiales» le hiere en la cabeza. Cae. Sus soldados acuden y le recogen muerto. Su acompañante resultó indemne. Otro tanto ocurrió con el herido, que yacía, aun desmayado, al lado del cadáver de su capitán.

»¿Qué añadiré, mi coronel, a este sencillo relato, que transcribo tal y como me ha sido comunicado por su general, que conocía mi interés por Roberto? Trasmítalo usted a Lazarina, si cree usted deber hacerlo. Tiene usted la demostración de que la exaltación ro-

mántica que tanto le inquietó en su noble hija, fué más clarividente que usted y, sobre todo, que yo. Condené a Roberto por un mutismo en que no quise reconocer más que doblez y debilidad. Ella concedió a ese corazón perturbado un crédito, que ha resultado ser justo. Es cruel para mí, lo confieso a usted, pensar que el hijo de mi mejor amigo desapareció para siempre, sin haber estrechado su mano. No hallo más atenuación para ese íntimo remordimiento, que la unánime admiración que rodea su memoria. Esa admiración perdurará. Al pensar en el magnífico resurgimiento moral que esa muerte representa y en ese rasgo de un oficial dando su vida por salvar a uno de sus soldados, recuerdo nuestras remotas conversaciones en el Tonkín, cuando tenía yo la satisfacción de servir a las órdenes de usted. Ambos sentíamos el orgullo de nuestra profesión militar. Escrutábamos en ella su parte mística, como decía Ernesto Psichari, aquel teniente a quien tanto quise y que perdí en Charleroi. Insistíamos, sin cesar, en discutir juntos acerca de la guerra. Coincidíamos en que es, para los pueblos y los individuos, un terrible azote. Convenímos en que arrastra un espantable séquito de horrorosas calamidades, en que se patentizan en ella muchos siniestros egoísmos, muchas brutalidades pavorosas. Pero también decíamos que es la grande y necesaria reparadora, y que descubre y exalta nuestras más altas y más humanas energías. No tan sólo proporciona a los descarriados en la vida ocasión de regenerarse ante los demás, y lo que es más esencial, ante sí mismos, sino que amplifica, desarrolla los ímpetus de abnegación, que demuestran la existencia del alma y la de Dios. Como usted sabe, he dudado a menudo de la otra Revelación, y a causa de esas dudas me he abstenido, por escrúpulo, de practicar. De esta nueva revelación, la de la sangre voluntа-

riamente ofrendada, nunca dudé. Me dirá usted, como en otras ocasiones, que las dos se confunden supuesto que ambas se basan en un mismo dogma: la virtud del sacrificio total. Sepa usted que estoy muy próximo a opinar como usted sobre este extremo. Y a propósito, no me perdonaría el no referir a usted este último detalle: sé por conducto fidedigno que Roberto Graffeteau se confesó y comulgó pocos días antes de ese fatal viernes, día 14. ¿Experimentará algún consuelo, con esta conversión, el dolor de Lazarina? ¿No hallará usted mismo en ella un motivo para conservar de ese valiente y desgraciado joven un recuerdo sin amargura?

»Quedo a las órdenes de usted, mi coronel, para el caso de que deseara obtener noticias más completas. Me despido de usted con la esperanza de que la ofen siva iniciada señala la victoria. Si la mala suerte impusiera otro resultado, volveremos a empezar. Ni más ni menos.

»Soy siempre su afectísimo

Brissonnet.»

II

Roberto Graffeteau a la señora Journiac

«En el frente, 1.º julio 1916.

«Señora: Si recibe usted esta esquela, será señal de que ya no existo. Atacamos mañana y formamos parte de la primera oleada. Hay muchas probabilidades de que no salga vivo de la embestida, y si eso ocurre ahora, quiere decirse, que será sólo asunto aplazado. He dado

con un medio seguro de que llegue a manos de usted este pliego, que además encierra otro. Lo encomiendo al señor Cura Lartigue, un enfermero, que está con licencia y en quien confío como en mí mismo. Durante nuestro último encuentro en la hondonada de Saint-Pierre-des-Horts y en el curso de aquella dolorosísima explicación, leí en el fondo de los ojos de usted una compasión a la cual hoy me atrevo a apelar. No; la mujer que me miró de esa manera no rechazará la súplica de un muerto. Lo que de usted solicito es que haga llegar la carta adjunta a poder de su hermana. ¿Necesito dar a usted mi palabra de que no contiene una sola que yo no tenga derecho a decir y ella a escuchar? Que Dios — ese Dios en quien ella me ha hecho creer y a quien al fin me acerqué —, que Dios proteja a usted y a los suyos, y la premie la obra de caridad que realizará al atender el ruego de un hombre cuya suprema felicidad hubiera sido llamarse su hermano... y que no la mereció.

Roberto Graffeteau.»

III

Magdalena Journiac a Lazarina Emery

«*Alquería Journiac. Sábado, 22 julio 1916.*

»Amada hermana mía: Al rezar esperabas el sufrimiento. Helo aquí, sin que me sea dable estar a tu lado para consolarte, ya que por mi mediación te hiere el golpe. He recibido una carta para ti, que te remito con la esquela que la acompañaba. Lazarina, hija que-

rida que nuestra madre me legó: aquel a quien entregaste tu corazón y que por medio de mí te envía su último adiós, ha entrado en la Eternidad. Salió de este mundo, en que tanto habéis luchado, cada uno a causa del otro. Pero puedes decirte terminantemente, que *a ti* debe no estar vagando entre tinieblas. *Por ti* volvió a Dios: ha querido participármelo. ¿Por qué? Sin duda para que yo tenga, al darte noticia de su muerte, el derecho a decirte: que la paz sea contigo, adorada hermanita mía, la paz de los que en su desolación saben que son oídos. Tu corazón ha sido más fuerte y más sabio que la sabiduría del mundo. Acertó a *salvar* a aquel a quien amaba. No puede el amor ir más lejos.

»Quizá debiera detenerme aquí, y esperar, antes de acercarme a ti de nuevo, a que pasen las primeras horas, esas horas en que es la crisis tan aguda que todo consuelo resulta ineficaz y todo consejo inoportuno. Si estuviéramos ahora en tu cuarto de la *Casa Verde*, te sentaría en tu silla baja de cuando eras niña. Colocaría mi butaca a tu lado. Posarías tu cabeza sobre mi regazo y juntas lloraríamos. Yo sería quien te pidiera que me hablases, que me refirieses vuestra última entrevista, que tan en secreto guardas, y que te decidió a contraer aquellos esponsales. A Padre le inquietaba mucho; no a mí, desde el encuentro a que alude tu muerto querido. Te lo dije allí mismo: ¡leí en él por vez primera y vi en él tanta sinceridad! Me asociaría también a todas tus esperanzas fallidas, a tus penas todas. ¿Qué me es dable hacer a distancia?... Si estuvieses aquí te llevaría ante la cuna que tengo frente a mis ojos al escribirte, y en la que duerme la otra Lazarina. No cuenta más que dos meses ¡y cuánto se te parece ya! Es muy natural. ¡Pensaba yo en ti con tan constante ansiedad, cuando la llevaba en el seno! Te diría: «Bésala, pero sin despertarla.» Luego te recordaría la

promesa que me hiciste cuando al anunciarme tus esponsales, me escribías: «Está segura de que mi futura ahijada no por ello deja de ocupar su lugar entero en mi corazón.» Entonces encontraría en mí la fuerza necesaria para confesarte la ansiedad que se mezcla a la profunda compasión que tus penas me inspiran.

»Acabo de interrumpirme para mirar dormir a nuestra pequeñita, y viene a mí esa fuerza. Ante el rostro diminuto, ante los ojitos cerrados, ante la boca entreabierta, ante aquella expresión de enternecedora confianza en la vida a que entra — ¡en medio de qué tempestad! — pienso en que creceráLa. veré tan niña como a ti te he visto, ensayar sus primeros pasos, y después andar, correr y crecer más aún. Cumplirá diez, quince, veinte años... ¿La vivirá su madre para entonces? Perdimos la nuestra cuando casi no eras adolescente. ¿Y si su tía y madrina llegaran también a faltarla? No es la muerte lo único que separa. Es también... Como ves, vacilo. Es el convento. Siempre recelé algo de él, por lo que a ti toca; lo sabes, como sabes también cómo opino en este punto. Comprendo y admiro la abnegación, el ascetismo, la nobleza de las religiosas, de todas las religiosas, desde las Carmelitas hasta las Hermanitas de los Pobres. Pero considero que son tipos de vida excepcional, a la cual no debe aspirarse sino teniendo la plena seguridad de que no se está sencilla y humildemente predestinada a las sencillas y humildes tareas familiares. Mi temor presente consiste en que desgarrada, como lo estás, por un dolor excepcional, puedas interpretar la pena que va a abrumarte como una indicación, como una vocación real y verdadera. Hoy por hoy, no, no abrigo temor alguno. Sé que no querrías abandonarnos en tanto que nuestro Santiago y mi marido estén en peligro. No dejarías a nuestro padre solo, en medio de

tantas inquietudes. Pero si formulases el voto de entrar en un convento, no bien tus deberes filiales te lo permitiesen, sé perfectamente, porque te conozco, que cumplirías el compromiso de esos esponsales, como hubieras cumplido el de los otros, si aquel con quien los contrajiste hubiese vuelto.

»Querida, queridita mía: esta carta va encaminada a suplicarte en nombre de tu ahijadita, por el cariño que siempre nos unió tan tiernamente, por el recuerdo de mamá que al morir te encomendó a los desvelos de su primogénita, que no adoptes ninguna resolución inmediata a impulsos de la desesperación. No te arrebates. El alma necesita meditar largamente sobre sus dolores. No sabes adónde te llevará la tuya. Déjala en libertad de acción, y, sobre todo, no me ocultes nada de tus más íntimos sentimientos. Te das exacta cuenta ¿verdad? de que en estas páginas no hay otra cosa que cariño hacia ti, que desinterés y solicitud. Desde el día en que me dijiste: «Me he prometido al capitán Graffeteau», empecé a pensar en él como en un hermano, y cuando recibí la terrible noticia, vertí muchas y muy sinceras lágrimas. Perdóname que te necesite tanto ahora y en el porvenir, y que no haya podido reprimir el grito de :«¡No te nos vayas!» Te beso como te quiero, pobre hermanita mía, muy triste y tiernamente.

Magdalena.»

IV

Roberto Geaffeteau a Lazarina Emery

«*En el frente, 1.º julio 1916.*

»¿Cuándo recibirá usted esta carta, señorita? ¿Dentro de algunos días o de varias semanas? Lo ignoro. Sé solamente, por uno de esos presentimientos que no engañan, que la recibirá usted. Cuando sus ojos recorran estos renglones, los míos que tanto la amaron, estarán cerrados para siempre. Sólo a usted echarán de menos de ese mundo en el que ya no tengo derecho a ser feliz, ni aun mediante usted. Fuí demasiado culpable. El crimen que cometí, tiene la espantosa singularidad entre otros de no permitir la reparación del daño causado. El que roba, puede restituir; el que miente, retractarse; el que agravia, humillarse, dar explicaciones. A mí no me es dable más que expiar, pero de manera cruelmente ineficaz. Habría de derramar toda mi sangre, y no se reanimaría por eso aquella a quien siempre tengo ante mí, yacente e inmóvil. ¡Sí! ¡Mientras escribo a usted, está aquí, en esta habitación! ¡Símbolo cruel es éste de los destinos que nos aguardarían, si volviese vivo de la ofensiva que mañana emprendemos! Mi razón me dice que lo mejor es que me quede en ella. Desaparecer, ¡ay! sin haberla vuelto a ver a usted, sin haberme extasiado una vez más con el magnetismo de su presencia, sin haberla oído hablarme con esa voz cuya armonía resonaba tan pro-

fundamente en mi corazón. Pero preciso es que así sea y que al «Adiós, prometido mío», que murmuró usted en el umbral de mi puerta, en el *Monte de los Pájaros*, con tan dulce mirada de esperanza, haya yo de contestar de tan lejos y en tan honda soledad, con un «Adiós, prometida mía», que lleva consigo un suspiro de suprema renunciación. ¡Ay! ¡Es muy amargo!

»Perdone usted esta queja, la última, a un corazón que la ama y al que martiriza este adiós. Pero harto comprendo que ese lamento es a la vez una ingratitud. De mí hacia usted no deberían pronunciarse más que palabras de piadoso agradecimiento. Al decir a usted que ya no tengo derecho a ser feliz, blasfemo del sagrado vínculo con que usted unió a entrambos. Exista una felicidad, casi sobrenatural, que usted me dió a conocer y que me acompaña aun en medio de mi inmensa desolación: la felicidad de haberme sentido amado por la más exquisita, la más ferviente, la más tierna, la más hermosa de las almas nacidas, ¡la de usted! Me queda un éxtasis, que nada alcanza a disipar, de aquella hora, que fué verdaderamente la hora de mi vida. ¡Instante sublime, por cuya concesión daré, al morir, gracias a Dios! ¡Me lo concedió misericordiosamente cuando más indigno era de recibirle, cuando acababa de desmerecer a usted y a El de tan horrenda manera! Quiso El que en aquel mismo momento fuese yo el objeto de un milagro de amor. Se sirvió del ángel de luz que es usted, para mostrar el camino al ser de perdición en que yo me había convertido. ¡Con qué expresión me dijo usted, cuando me iba a despeñar en el abismo: «Le obligaré a creer»! Sepa usted, por lo menos, que el admirable arrebato de su corazón no ha sido perdido, — que el que escribe estas líneas, fué a solicitar el alivio del peso que le abruma, adonde usted le envió.

»No me queda espacio — y, sin embargo, era el objeto de esta carta — para referir a usted las etapas por donde he debido de pasar desde aquella hora, *nuestra hora*, hasta llegar a la tarde de ayer, en que en una pobre iglesia campesina, y oyendo el cañoneo próximo, me arrodillé ante el confesonario. He reflexionado y leído mucho durante los tres últimos meses. Así se desvanecieron muchas objeciones que había admitido como irrefutables. Pero lo que ha prevalecido sobre todo, ha sido el recuerdo de usted, el del impulso del alma que la llevó a inclinarse hasta mí, sumido en la degradación y en el infortunio. ¿De dónde procedía aquel ardiente manantial de caridad? De las profundidades de una fe «que no puede ser otra cosa que vida» — me decía —, «puesto que así produce vida». — «¿Y si tratara de participar de esa vida? — me dije otro día, y empecé a rezar — ¡oh, muy humildemente! — a recitar de rodillas algunos fragmentos del *Padrenuestro* que conservaba en el fondo de la memoria. Empecé de nuevo, volví a empezar, y poco a poco, en lo más hondo de mi pensamiento, se desarrolló una evidencia. Conocí que una energía consoladora se me entraba en el alma. Las contingencias del servicio me habían puesto, durante estas tres semanas, en relación con un sacerdote enfermero, vicario en Clermont-Ferrand, un tal señor Lartigue, hombre de admirable abnegación y de bondad inagotable. No le fué difícil adivinar cuánto espacio iba ocupando en mi espíritu la preocupación de las cosas religiosas — ¡gracias a usted, y sea bendita por ello! — Días pasados hubo de hablarme. En su compañía me encontré con dos de mis soldados, cuyas manos estrechaba al despedirlos, y que le miraban mostrando en sus rudos rostros una franca e infantil sonrisa. «Estos buenos mozos acaban de hacer las paces con Dios. ¿Ha visto usted lo satisfechos que se

van? ¿No le entran a usted ganas de imitarlos?», me preguntó. «No llevan sobre la conciencia el mismo peso que yo» le contesté. «Razón de más» dijo con una mirada en que volví a ver la bondad de la de usted al entrar en mi cuarto. Usted entonces todo lo adivinó. El sólo podía sospechar la existencia de un gran remordimiento. El acento con que agregó: «¡Pobre hijo mío!» acabó de quebrantarme. Dios era quien por su mediación me compadecía, como se compadeció de mí por mediación de usted; y entonces me entregué. El señor Lartigue me dió ayer la absolución y esta mañana la comunión en la humilde iglesia, medio arruinada por el bombardeo. ¡Otro significativo símbolo! Tenía usted razón: el bálsamo para la herida, estaba allí, sólo allí.

»Sigue aquélla sangrando, sin embargo. Prueba de ello es esta carta de despedida, tan conturbada, cuando yo deseaba que estuviese rebosando sosiego. Sé que la condición de mi rescate es que yo acepte el sacrificio, todo el sacrificio. Estoy decidido, al entrar en el combate próximo a empezar, a entregarme sin reserva, absolutamente, locamente; a pagar mi deuda, con inmensa gratitud hacia Dios que me permite pagarla con honor y no con ignominia. Por la vida que quité, debo dar la mía. No puedo hacer que la muerta salga de su sepultura. Puedo contribuir en ínfima proporción, pero en alguna, sin embargo, a la preservación de la Patria, de esa suma de millones y millones de existencias; y para esa inmolación, el cristiano regenerado por el Sacramento, está preparado. No marcharé al combate con la indiferencia casi alborozada de hace dos años. Llevaré a él un corazón diferente. Pero antes de lanzarme a la hoguera, ¿cómo me condenaría el Juez por volver los ojos hacia mi pasado más querido y por llorar ante la idea de lo que pudo haber sido

y no fué? En este instante, Costebelle, el *Monte de los Pájaros*, la *Casa Verde* y el alto campanario blanco del *Consuelo*, se me representan, ennobleciendo, santificando ese paisaje; así como también los pinos de Alepo en las laderas, y los caminos escondidos entre los olivares, y los verdes robles, las sensitivas, las madreselvas; y usted, llevando del brazo al pobre y bondadoso Duchatel, a quien, después de usted, deberé no haberme evadido del mundo del modo que siniestramente proyectaba, cometiendo un nuevo crimen. Veo también la rosaleda de su jardín, y a usted entre las rosas, destacando su purísimo perfil sobre el limpio azul del cielo, y el lejano mar, ¡tan azul, tan tranquilo! ¡Abandonarlo todo, darlo todo! ¡Todo hay que darlo, hasta esto! Hágase la voluntad de Dios y que El guarde a usted, salvación mía, redención mía, mi prometida en Nuestro Señor, para la vida eterna en que me hizo usted creer.

R. G.»

V

Lazarina Emery a Magdalena Journiac

«*Lunes, 24 julio 1916.*

»Querida Magdalena: Conocía ya, por una conmovedora carta del general Brissonnet a nuestro padre, la muerte de mi prometido, cuando me ha sobrevenido el consuelo de recibir por tu mediación su despedida. Sabes cuánto le amaba. Tengo destrozado el corazón pero trato de estar tranquila. Nunca como ahora co-

nocí con mayor certidumbre la divina misericordia. Roberto ha muerto con arrepentimiento, con esperanza y con humildad. Más adelante, cuando pueda contártelo todo, comprenderás que ha debido ser feliz al morir. Si hubiera vuelto, su vida hubiese tenido siempre un seno recóndito de sombra y de dolor — ¡a pesar mío! — ¡Ay! Lo reconocía yo así y, sin embargo, ése era mi ensueño. ¡Le amaba tanto! Hubiese querido prolongar, día por día, hasta el final de mi existencia, la donación que de mí le tenía hecha. ¡Cuánto hubiera sufrido! Lo sabía yo, pero ¡era tan grande mi sed de consolarle! Dios es mejor. Ahora renuncio a mi propia voluntad. Me abandono, como él en el momento de morir, debió de abandonarse. Con él estoy en la paz y en la gratitud. Sé que su nombre está escrito con la sangre de Jesucristo en el libro de los vivos. Mi nombre aparece al lado del suyo, siquiera no esté aún del todo escrito. Es necesario que mi dolor acabe de trazarlo. ¡Séame dado colaborar a ello cada día! No ignoro que el mañana será peor que el día presente. Empero, aunque hubiese de derramar todas las lágrimas de mi cuerpo, aunque hubiese de agonizar de pena, repetiré constantemente, con la feliz certidumbre de su salvación: «Doy a Dios el que amo.» Cuando pienso en que está viendo a Dios, tengo la fugitiva intuición de su bienaventuranza. Queda en mi alma como una ráfaga de luz. Entonces me siento capaz de una tranquilidad mucho más profunda que antes de mi desgracia. Y, sin embargo, — ¡oh, contradicciones del corazón! — cuando recuerdo lo que yo era para él, me pregunto qué felicidad puede disfrutar allá arriba sin mí, y cómo puede existir para él una plenitud más allá de la muerte. En tales momentos, mi dolor es espantoso. Me veo próxima a la desesperación. Lo merezco. Semejante duda es desconocer a Dios y nuestro amor que está

en Dios. Con este pensamiento recobro la calma. Pero te confieso que luchar contra la ilusión de la muerte me cuesta toda la sangre de mi pobre naturaleza. ¡Los que no han atravesado estos angustiosos desfiladeros dicen que la fe nos consuela! A mí no me consolaría la fe, si el que amo pudiera ser arrancado al abrazo de lo que en mí hay de inmortal. Me consuela la fe, porque me permite comprender lo que siento. Me certifica que más allá de este mundo en que me hallo, existe otro al cual no pertenezco más que por el deseo y la esperanza. Así se explica del todo este combate que se efectúa dentro de mi alma. ¿Recuerdas aquella hermosísima frase de San Pablo, que mamá se complacía en recitarnos durante sus últimos días? «Ahora vemos como por un espejo y como en enigma. Pero entonces veremos cara a cara. Entonces conoceré como soy conocido.» Cuanto más me la repito, más espíritu de confianza y de resignación me infunde. Me convenzo más y más también de que existe una intención, cuyo total sentido conoceremos algún día, en esos encuentros, como el de Roberto Graffeteau conmigo, que nuestra vista deficiente atribuye a la mera casualidad. Ya lo creía yo así, lo recordarás seguramente, cuando di mis primeros pasos con tanta despreocupación por el camino del amor, que aparecía ante mis ojos tan llano y tan florido. ¡Cuánto más y mejor lo creo hoy, cuando mi corazón ensangrentado no es más que un conjunto de llagas y dolores!

»Magdalena querida: no temas respecto de mí el consolador atractivo del claustro. Sí, algunas veces, antes de conocer a Roberto, creí que mi vocación me llamaba a él. Ahora, ya no lo creo. Jamás concebí que bajo el velo pudiera ocultarse una pena, una decepción, el sacrificio de un amor humano. He tratado a religiosas lo bastante para saber que su vida es una

vida particular y completa, una armonía plena y perfecta, y que los claustros no son hospitales para sensibilidades heridas. Si Dios me hubiera querido para religiosa y del todo consagrada a él, no creo que hubiese amado yo a ser alguno como he amado a Roberto, como le amo, tan entera y ardientemente. No, créeme; eso no puede borrarse. Qué será de mi vida, no lo sé; pero aun antes de recibir tu carta, había adoptado la resolución que me aconsejas: dejarme llevar por mi dolor, por mi amor. Ellos me designarán el camino que haya de seguir. Por el momento, veo que mi deber es el que me señalas. Nuestro padre está ahí. Le veo triste y abatido. Se ha mostrado conmigo cordialmente generoso desde el día de Pascua, en que, después de comulgar, le anuncié mis esponsales. Comprendo que se ha esforzado en ocultarme el tormento que le ocasionaba. ¡Padre querido! ¡No te ocasionaré ninguno más! Me parece notar — me duele escribirlo — que ha envejecido súbitamente. Le veo demacrado, rígido, encorvado. Guarda largos y sombríos silencios. ¡Y decir que en este cambio tengo yo tanta parte! Justo sería que los hijos diesen a sus padres un renacimiento de alegría, con la suya propia. Y yo, al llegar a la edad en que se cifraban las esperanzas de nuestra pobre mamá y de nuestro padre, me veo destinada a sufrir. ¿No debe, acaso, acrecerse en proporción mi deuda de amor y gratitud?

»Además, existe la otra Lazarina, ese nuevo florecimiento de nuestra vida familiar, esa continuación de nuestro hogar. De nuevo me encontré con la delicadeza de tu corazón en esa tierna ocurrencia que tuviste de mostrarme de lejos esa niña, para que la sonriera a través de mis lágrimas. No necesitas pedirme que me conserve para ella. Jamás la hubiera abandonado, ni aun en el caso de que algún día hubiese aca-

riciado en su cuna a otra Magdalena de quien hubiera sido madre felicísima. No será ahora, en mi aislamiento y en plena viudez solitaria, cuando abdique de ese caro deber. Nació nuestra niña, como dices, en lo más recio de la tempestad, en medio del azote universal, del cual mi humilde luto no es más que un episodio, entre tantos otros, innumerables y trágicos. Dios no sería Dios; la creación no tendría un sentido de amor y de justicia; no existiría en la vida espiritual la gran ley de reversibilidad de unas almas en otras, de la cual es mi historia una evidente manifestación, si las pruebas por que atraviesa la Francia de hoy, sus calamidades, sus sacrificios y sus arrepentimientos, no se le tuvieran en cuenta a la Francia de mañana. Besa en mi nombre, sin despertarla, a tu pequeña francesa. Al dar su vida por la patria, Roberto la dió por ella. Dítelo así, Magdalena. Necesito muy de veras yo también que con el pensamiento ames, siquiera sea un poco, al que *tan de veras* amó — no lo olvides tampoco — a tu pobre hermana

Lazarina.»

GUSTAVO GILI, Editor - Universidad, 45 - BARCELONA

COLECCION SELECTA INTERNACIONAL

VOLÚMENES PUBLICADOS

PABLO BOURGET. — *El sentido de la muerte.* Novela.

» » *Lazarina.* Novela.

JEROME K. JEROME. — *Las divagaciones de un haragán.* Libro para los días de asueto y de pereza.

RAMÓN D. PERÉS. — *La madre tierra.* Poema.

ENRIQUE BORDEAUX. — *El ídolo roto. La casa maldita. La muchacha de los pájaros. La visionaria.* Novelas.

A. DE CHATEAUBRIANT. — *El Señor de Lourdines.* — Novela.

A. RUIZ PABLO. — *Las metamorfosis de un erudito.* Novela.

J. ORTEGA MUNILLA. — *La señorita de la Cisniega.* Novela. — *Doro en el monte. El encantamento. La espuela y la rueca. El viejo del Botánico. El faro.* Cuentos.

RENATO BAZIN. — *El ánade azul.* Novela.

» » *La alquería de Champdolent.* Novela.

H. G. WELLS. — *Bealby. Aventuras veraniegas.* Novela.

ETHEL HUESTON. — *Prudencia la madrecita.* Novela.

» » *Eso dice Prudencia.* Novela.

TH. HARDY. — *Unos ojos azules.* Novela. 2 vols.

Biblioteca Emporium

VOLÚMENES PUBLICADOS

R. H. BENSON. — *El amo del mundo.* Novela.
» » » *La tragedia de la reina.* Novela.
» » » *Alba triunfante.* Novela.
ENRIQUE BORDEAUX. — *El miedo de vivir.* Novela.
» » *Noviazgo de prueba.* Novela.
PABLO BOURGET. — *Un santo. Antígona. Un jugador. Otro jugador. Alina. El antepasado.* Cuentos.
JUAN DE LA BRÈTE. — *Mi párroco y mi tío.* Novela.
FRANCISCO COPPÉE. — *Frutos del dolor.*
EUGENIO DE GUERIN. — *Diario y fragmentos.*
REYNÉS MONLAUR. — *El rayo de luz.* Escenas evangélicas.
REYNÉS MONLAUR. — *Después de la hora nona.* Narración de los tiempos apostólicos.
REYNÉS MONLAUR. — *Mirarán hacia El.* Episodios evangélicos.
REYNÉS MONLAUR. — *Almas celtas.* Novela.
» » *Alain y Vanna.* Novela histórica.
A. B. ROUTHIER. — *El Centurión.* Novela de los tiempos mesiánicos.
FERMÍN SACRISTÁN. — *Regalo de boda.* Libreto del matrimonio con los cantares y refranes que tiene la obra.
CONDESA DE SAINT MARTIAL. — *¡Sursum Corda!* Cartas de una Hermana de la Caridad.
ENRIQUE SIENKIEWICZ. — *A través del desierto.* Novela.
R. DEL VALLE RUIZ. — *Mis canciones.* Obras poéticas.
CARLOS DE VITIS. — *La novela de la obrera.*

ENRIQUE TOMASICH

AGUA PASADA

Narraciones

Bajo un título sin pretensiones esta obra señala la aparición de un gran escritor que ha vivido voluntariamente inédito, aunque tiene derecho a ocupar un lugar eminente en la república de las letras. No hay en el arte de Enrique Tomasich musicalidades modernistas, vacías de sentido, ni flores de trapo de una adolescencia precoz, ni galas y oropeles de poesía de guardarropía; todo en él es legítimo: el sentimiento que fluye como caudal grueso de aguas manantiales; el estilo que gallardea en todas las páginas con las preseas de un lenguaje rico, noble, sosegado, sobrio; la dicción que no sólo se recata de barbarismos extranjeros, sino que con honestidad de doncella, aun por dentro de casa se mesura y reporta, evitando extravagancias culteranas, menos dignas de su gravedad.

Júntase a tan excelsas virtudes y cualidades literarias un gracejo y galanía que alegra cada uno de los momentos del libro, como si el autor pusiera una sonrisa apacible y dulce, muy cristiana, muy señora, muy de hidalgo aun en los pasajes más trágicos y conmovedores de sus narraciones. Por esta cualidad, aparte de otras, reviven en Tomasich aquellos grandes novelistas nuestros que se llamaron Navarro Villoslada, Trueba, Alarcón y Fernán Caballero; pero con nueva personalidad y vida nueva.

Una abundante vena de ternura hace palpitar cada una de las páginas del libro, y muchas veces emociona hondamente la nobleza del idealismo que las inspira y la patética fuerza de los momentos. Los amantes de las letras no pueden mirar con indiferencia la aparición de esta obra.

L 1ª